

## QUINTA PARTE

### **Que ocurrió después que salí de la cárcel. La poderosa cadena "Constelación". Por fin me casé: cinco años de constantes rupturas**

Cuando salí de la cárcel me tomé unos días de respiro. Algo así como una rehabilitación, para superar el trauma que me ocasionó tanto ajetreo, en lo físico y en lo moral, pero que no tocó el aspecto espiritual, porque yo creo que el espíritu se vigoriza y se entona con el sufrimiento y el dolor. Y después de todo esto, necesariamente yo tenía que hacer un alto en el camino. Una recapitulación en el campo de batalla. Viabilizar un proyecto factible para re orientar y reorganizar mi vida. Un chequeo médico se imponía como prioridad, porque aún sentía agudos dolores principalmente en la espalda, pero el diagnóstico me fue favorable y gozaba de buena salud. No podía prescindir entonces de hacer viaje a Quetzaltenango, para entregar mi cargo y hablar con Any. Sacarla de aquel ambiente que se había tornado borrascoso no solamente para mí, si no también para ella, que había expuesto valientemente su vida en mi defensa.

Pocos días después, tomé camino para Quetzaltenango con mi papá y Jorge. Me aferré al timón del automóvil, y lo conduje por la sinuosa carretera del occidente. Contemplar las hermosas siluetas de sus montañas azules, sus legendarios poblados con olor a historia, gozar de sus rumorosos ríos, de sus apacibles lagos y sus tranquilas campiñas y serranías, sus rebaños de ovejas negras en la blanca cumbre de la altiplanicie del elevado Alaska, pues todo este mundo de la naturaleza, ajeno a la maldad humana, me transmitió relajamiento moral y remanso espiritual, que tanto necesitaba para la superación de la crisis psicológica sufrida en pasados días.

Por asuntos profesionales de mi padre, nos detuvimos a medio camino en la cabecera del Quiché. Al día siguiente a la salida del sol, partimos para Quetzaltenango, y como primera providencia llegamos a la casa de Any, y para felicidad mía, ya tenía todo preparado para regresar con nosotros, y establecerse en la capital, quedando mi papá como garante de la seguridad de ella a solicitud de su mamá.

El hospedaje en la capital se había resuelto fácilmente, ya que doña Mina telefónicamente se había comunicado con doña Clotilde de Prem, familiar suya, quien accedió gustosamente a recibirla en su casa por el tiempo que fuera necesario.

A las once hice entrega de mi puesto de locutor. Me despedí de mis compañeros Luis Puig y Julio González, técnico y operador de la emisora. De don Chico López, ecónomo del Teatro, de Domingo Betancourt y demás integrantes de la Marimba "Ideal". De mis amigos Polo de León Ovalle y Enrique Mejía, y de otros amigos y amigas y conocidos que llegaron a despedirme con un hasta pronto. Sin pérdida de tiempo, salimos de la ciudad rumbo a la capital por la carretera de la costa sur occidental, dentro del marco de una travesía inolvidable y pletórica de felicidad para Any y para mí, que no se desprendió ni un solo momento del asiento delantero del carro, muy cerca de mí. Nos detuvimos en Mazatenango. Gozamos de un delicioso refrigerio y de su ambiente cálido pero inmensamente placentero. Recuerdo con bastante pena que un estúpido arrebato de celos se apoderó de mí. Estuve a punto de echar todo por la borda, sino hubiera sido por la intervención de Jorge mi hermano, que una vez más ponía de manifiesto su lúcido discernimiento. El incidente ocurrió cuando un "Trío" con sus vibrantes voces y guitarras, que se encontraba amenizando musicalmente el ambiente del bonito comedor, dedicó a Any una melodía muy de boga en ese

entonces, cuya letra decía "Que vuelvas, que vuelvas tan solo una vez pero que vuelvas", y ella les correspondía a los tres apuestos guitarristas, con esa coquetería femenina que al hombre celoso lo hace montar en cólera. Pero cosa extraña. Jamás supe en mi vida lo que eran los celos amorosos, porque nunca me vi afectado por ese complejo de inseguridad. Tan es así que en las fiestas cuando íbamos juntos nunca le prohibí que bailara, sino al contrario, en algunas ocasiones yo tomaba la iniciativa para que ella bailara con sus amigos. Y en honor a la verdad, yo nunca fui víctima de un desamor, de un desaire o de una traición amorosa, ni con ella ni con ninguna otra novia, porque el destino nunca me golpeó en ese sentido. Y talvez a eso se debe mi admiración, defensa, comprensión y respeto por la mujer. Pero confieso que en ese momento no se que me pasó. Perdí los estribos. No se que vibración negativa pasó por mí, pero lo cierto es que hubiera querido regresar a Any a Quetzaltenango, y que todo terminara entre ella y yo. Por eso me alejé del comedor en busca de serenidad. Coco me siguió y le conté lo que me pasaba, y su reacción fue contraria a mi modo de ver las cosas. Me dijo que Any me amaba entrañablemente, y que para ella la única razón de su vida era yo, y que con ese proceder mío tan equivocado, estaba poniendo de manifiesto no solo mi inmadurez, sino me estaba colocando en una posición que no solo era ridícula, sino a todas luces injusta. Regresamos junto a Any, que no se enteró de mis absurdas suposiciones, ni en ese momento, ni jamás en su vida lo supo.

Durante los meses que siguieron al traslado, mantuve con ella una comunicación continua. Inundada de alegría. Pasaba por ella a la casa de la familia Prem, ubicada en la décima avenida norte final, en la entrada de lo que se llamó "Potrero de Corona", donde fue edificado el Barrio Moderno. A las seis de la tarde detenía el carro en la puerta de calle, y casi siempre la invitaba al cine, a

cenar y a veces al Ciro a bailar un buen rato. En ese entonces el Ciro era el "centro nocturno" más elegante y de moda de la capital. En los años de la guerra se mantenía inundado de soldados "gringos", por la base militar de los Estados Unidos acantonada en La Aurora. Como detalle interesante recuerdo, que hasta de la provincia llegaban a la capital, mujeres de todas las edades y condición social, para entablar relaciones con ellos, y por eso fueron bautizadas con el gracioso mote de "gringueras". Muy pocas damas consiguieron su propósito de casarse. La mayoría sufrieron un fiasco completo, al abandonarlas los soldados cuando salieron del país al final de la guerra.

No habían pasado muchos días, cuando Any consiguió empleo de secretaria en la Contraloría de cuentas, que funcionaba en el edificio Nottebon, en la quinta avenida y décima calle. Esa firma comercial fue expropiada por el gobierno de Ubico, como lo fueron todas las valiosas propiedades y productivas fincas de los alemanes, como drástica medida del gobierno para congraciarse con las naciones que formaban "el bloque de los aliados", y principalmente con los Estados Unidos de América. La situación sumamente precaria en que quedaron numerosas familias alemanas, fue verdaderamente lamentable. Su laboriosidad y tesonero trabajo, sobretodo en el campo, dio al país un gran impulso en la agricultura y desarrollo industrial como no lo había tenido antes.

Meses antes de finalizar el año, Any se mudó al apartamento que ocupaba su tía Clementina y su hija Estelita, en la novena calle y novena avenida. En los altos del apartamento funcionaba la abarrotería "La Mallorquina", de don Mariano Vadillo, un buen amigo nuestro, de pura cepa española. Pues bien, Any no solo cambió de casa, sino de empleo. Optó por un puesto en la sección de divulgación de la Embajada Británica, donde

trabajaba su simpática prima Estelita Drago, con quien mantuve muy afectuosa relación.

El año de 1947, fue un año de muy gratas satisfacciones para Any y para mí. Metiéndome a un chorro de deudas y otros compromisos, formé una sociedad colectiva con Chepe Monteros y Pepe Vargas, autorizada por el notario don Carlos H. de León. El objeto de la sociedad fue para la instalación y explotación comercial de una radiodifusora que denominamos "Radio Atlántida", con dos transmisores en onda larga y corta con las siglas TGHB y TGHC. Fue la tercera radioemisora autorizada por el primer gobierno después de la revolución del 20 de octubre, al tenor de los nuevos preceptos establecidos en la constitución, que garantizaban la libre empresa y la libertad de emisión del pensamiento. Durante la dictadura de Ubico, no se permitió el funcionamiento de estas empresas, en manos de personas particulares, por razones muy fáciles de comprender. Ubico no podía tolerar que un medio informativo no fuera privativo del estado, por su apasionada aversión contra las libertades públicas. Y mas que a la prensa escrita - que no permitió la circulación de periódicos independientes -, le tenía pánico a este medio divulgativo, innovador, novedoso y de fácil penetración.

La sociedad colectiva me designó director gerente de la empresa. Me hice cargo de la planificación, con miras a impulsar programas sugestivos y novedosos, y abrir, por así decirlo, las puertas de la emisora a toda manifestación artística y cultural. Y el principal objetivo perseguía naturalmente, brindar a nuestros valores nacionales el respaldo y el estímulo en la promoción y difusión de sus inquietudes artísticas. En ese sentido ni oportunidad más excelente que un medio de comunicación social como la radio, en manos de la iniciativa privada, que comenzaba a perfilarse como un vehículo divulgativo ágil y novedoso, de indiscutible sustentación popular.

Los estudios fueron acondicionados en el segundo piso del edificio Sharp, en la séptima avenida sur prolongación, a inmediaciones de la plazuela 11 de marzo. Como es usual, suscribí con el propietario de la industria, don Adolfo Ríos, un contrato de arrendamiento, y convenimos en que las amortizaciones se harían por canje publicitario de los productos alimenticios de la empresa, principalmente de los "helados Sharp", los helados de mayor venta en aquellos días. Para el forro de paredes y techos, se utilizó el material conocido como celotex, con el fin de darle la mejor calidad acústica a las audiciones. Se construyó un escenario en medio de las cabinas de locución y controles, para la actuación de los artistas y conjuntos musicales, y enfrente se colocaron butacas para el público. A los lados del escenario instalé dos rótulos luminosos e intermitentes: En el aire y Silencio.

El montaje de la planta y los controles lo hizo el radio técnico, que consiguió dotar al equipo de un



El Arzobispo Monseñor Rossel en la bendición de TGHB

excelente sonido, que despertó favorables comentarios del público, y que superó en ese sentido a las otras emisoras particulares que habían salido al aire, antes que Radio Atlántida.

La ceremonia de la Bendición de la emisora, la hizo el Arzobispo Monseñor Rossel y Arellano, que accedió gustosamente en honor a la vieja amistad que nos unía, desde aquellas remotas épocas en que presidía el Corpus de San Sebastián, que ingresaba a la recordada casa del Callejón de Corona. Para darle mayor realce al acto de la bendición, invité a un grupo de personas amigas y familiares, y a distinguidas señoras que figuraron como madrinas, siendo ellas doña Graciela Saravia de Monteros, esposa de Chepe mi socio, doña Maruca Rossel de Montenegro, esposa de don Emilio Montenegro Wolters, y mamá de Bibi y Gracielita muy buenas amigas mías. Asimismo formó parte de esa comisión, mi estimable amiga Helen Deyet de Gálvez, esposa de Carlos R. Gálvez, ya conocidos por mis lectores por su relación con estas memorias. No podían faltar como invitadas, mi mamá, mi tía Rebe, mis hermanas, hermanos y primos que hicieron acto de presencia. Ana María se encontraba en Quetzaltenango, "esperando familia", razón por la cual no pudo asistir, pero se comunicó conmigo telefónicamente, congratulándose de la noticia.

Pocos días después se efectuó la inauguración de TGHB, que fue un memorable acontecimiento social. Quiero destacar la participación de personalidades del mundo artístico nacional, que brillaban en ese entonces como luminarias de primera magnitud. Obligadamente tuve a mi cargo las palabras de presentación del acto. Luego Mario Ribas Montes se refirió en un breve mensaje a los fines informativos, culturales, artísticos y sociales que conformaban los objetivos fundamentales de la empresa. Y enseguida el maestro de ceremonias, José Luis González, luciendo smoking, presentó al público el desa-



El Coro Guatemala en la inauguración de TGHB

rollo del programa, y que por cierto por los apuros en que se vio por su inexperiencia en esa disciplina, provocó alegres risas de los invitados, que llenaban el espacioso y elegante estudio, que por el contraste de sus matices fue denominado "azul celeste". Por supuesto que además de mis papás y toda mi familia y compañeros estudiantes de la facultad de derecho de mi hermano Jorge, también asistió Ana María mi esposa, con su hermana Paquita y su prima Virginia. Había llegado de Quetzaltenango.

Por la lejanía del tiempo, no recuerdo los números que formaron el programa, pero lo que no se me olvida fue la brillante participación del "Coro Guatemala", dirigido por el ilustre maestro Oscar Vargas Romero, que interpretó música coral que mereció la aprobación emocionada del público. La marimba "Maderas de mi Tierra", tuvo asimismo una destacada participación, ejecutando las mejores composiciones de su selecto repertorio.

Conservo las innumerables fotografías captadas por la cámara, de los aspectos más sobresalientes de la inauguración, y guardo con especial complacencia una

foto donde aparecen los personajes más prominentes de la radiodifusión de aquéllos días, entre ellos, Jaime Paniagua, Antonio Almorza, Roberto Castillo, Manuel González, Pepe Flamenco, Paco Cabarrús, Germán Bayer, Roberto Vizcaíno, y varios más que no alcanzo a identificar. Al fondo de la foto se observa un medio círculo, con las banderitas en colores de todos los países de la América Latina.

Los ingresos provenientes de los anuncios comerciales, permitió después de los primeros meses de pérdida, equilibrar el presupuesto de gastos. El presupuesto comprendía el pago de locutores, que eran tres con un salario de treinta quetzales, dos operadores que devengaban veinticinco quetzales, una secretaria con veinticinco, y una programadora discotecaria que ganaba también veinticinco. El ecónomo ganaba veinte, porque disponía de hospedaje. Cuando se disolvió la Sociedad



Empresarios de la radiodifusión, en la inauguración de TGHB

que ocurrió pronto, el radio técnico no tenía sueldo fijo, sino se le cancelaban sus honorarios cuando se requerían sus servicios por desperfectos en los transmisores. El consumo de energía eléctrica estaba supeditado al horario de las transmisiones, que abarcaba de las siete de la mañana a las diez de la noche, y a la potencia de los transmisores, pero no excedía, incluso con la iluminación del estudio y el rótulo de gas neón frente al edificio con las siglas "TGHB", de 150 quetzales mensualmente.

El renglón de gastos más alto fue siempre el de la marimba, que ofrecía un concierto de lunes a sábado de las doce a las dos de la tarde, programas musicales de numeroso auditorio a cargo de la marimba "Ideal Club", de mi dilecto amigo don Gabino Juárez. Pero esas audiciones las patrocinaban casas comerciales, de suerte que de las correas salían los zapatos.

En lo que respecta a la competencia con las otras emisoras, en realidad no existía, o bien casi insensible, porque las tarifas comerciales las manteníamos las tres emisoras particulares al mismo nivel. La TGW y Radio Morse no eran estaciones comerciales. Además con sus propietarios Roberto Castillo Sinibaldi y Manuel González Ubeda, de las emisoras Radio Ciros y La Voz de las Américas, respectivamente, manteníamos muy buenas relaciones amistosas, comprensivas y cordiales.

Las tres emisoras privadas, únicas que operaban en ese entonces en el país, constituimos lo que denominamos "Cadena Constelación", para la difusión simultánea de programas especiales que fueran de trascendencia nacional. Como es de suponerse, la "Cadena", cubría un inmenso público de radio oyentes en todo el territorio, no solo por ser las únicas estaciones particulares del cuadrante, sino por la estratégica distribución de las frecuencias de las emisoras. En efecto, Radio Ciros operaba en 800 kilociclos, La Voz de las Américas en 1180, y Radio Atlántida en 1420.

Días antes del 15 de enero de 1948, el gobierno del presidente Arévalo ordenó el cierre de la estación de la Iglesia Católica denominada "Radio Pax, La Voz de la Colina", que operaba desde el Cerrito del Carmen, y tenía listos sus equipos de control remoto para transmitir la Misa solemne de las diez de la mañana. Debido a ese contratiempo, en horas de la tarde del día 14, despachamos por vía aérea a Esquipulas, el equipo de grabación, que recogió íntegramente el acto litúrgico del día siguiente. A las nueve de la noche del 15, se reprodujo por la Cadena Constelación la misa mayor, los coros del Seminario y la Homilía del Arzobispo, que agradeció el servicio de radiodifusión de "buenos amigos de la Iglesia" y condenó enérgicamente el cierre arbitrario de la emisora de la Iglesia Católica.

Como la grabación adolecía de algunos defectos técnicos y de locución, esa misma noche procedimos a corregirla con Roberto. Uno de estos defectos consistía en que Manuel leyó en el texto que le entregué, pese a mi advertencia, que la misa contaba con la presencia de la "Schola Cantorum de la Capilla Sixtina del Vaticano", en vez de los "Coros del Seminario Conciliar de Guatemala, como obviamente así era. Pero por las precisiones en que nos vimos envueltos, no tuve tiempo de corregir el texto, que efectivamente me había servido para una ceremonia anterior grabada desde el Vaticano. Aunque el lapsus no tuvo mayores repercusiones entre el público, al Arzobispo si le tomó por sorpresa, pero al final le provocó risa, la ingenua, o mejor dicho la ignorante equivocación del locutor. Para darle más solemnidad a la grabación, le agregamos el repique de las campanas de la Basílica de San Pedro de Roma, y fue exitosamente reproducida el domingo a las nueve de la mañana, ante el disgusto del gobierno, y el beneplácito del pueblo católico.

Cuando el gobierno decretaba la suspensión de las garantías, cosa muy frecuente, nombraba un censor para

cada una de las emisoras particulares, con la obligación de incluirlos dentro del presupuesto con un salario de ciento cincuenta quetzales mensualmente. Pero una vez cansados de la abusiva disposición, presentamos con Roberto un recurso ante el juzgado de trabajo, a cargo de José García Bauer. Y lo ganamos. Resolviendo el juzgado que siendo un nombramiento oficial, el patrono era el Estado, y a él correspondía asumir el pago del salario de sus empleados, y no a los propietarios de las radiodifusoras. Con esta disposición judicial, nos sacudimos a los indeseables individuos, que se mantenían de holgazanes en nuestras oficinas. En los siguientes estados de sitio, ya no hubo censores.

Vienen a mi memoria nombres de algunos integrantes del personal técnico y de locución, que hacían posible las audiciones. Entre ellos, Mario Piedrasanta, Herber Walter, Alejandro Castro Mariscal, Mario Abularach, Oscar Trujillo, Daniel Contreras y Mario Arturo López. Las eficientes secretarías, mis recordadas amigas las Chiquis Layle y Villacorta y Alicia Trujillo. Gracias a la competencia del personal, se hizo posible el éxito alcanzado por la emisora, en los distintos círculos comerciales, artísticos y sociales de aquel tiempo.

La sociedad colectiva se disolvió al poco tiempo. Compré las acciones de los otros socios, y entonces me quedé solo, sin el consejo y la asesoría oportuna de mis ex socios, pero disponiendo con mayor libertad la conducción de la empresa. Los espacios en tiempo pagado se formalizaban al suscribirse un formulario. En ese documento se especificaban las características del programa, es decir si su contenido consistía en noticias o comentarios y de que índole, o bien si enfocaría temas políticos, literarios, artísticos o culturales. Se aplicaban dos clases de tarifas. Una correspondía al tiempo "A", que comprendía de las doce a las dos de la tarde, y de las siete a las nueve de la noche. Y la tarifa "B" al resto de las

horas que duraba la transmisión. El tiempo preferencial se cotizaba entre 25 y 30 centavos el minuto, y el otro alrededor de 18 centavos.

Todavía no se me han olvidado algunos de los programas y sus protagonistas, que desfilaron en los estudios de TGHB, haciendo gala de su entusiasmo y de su esfuerzo por complacer a sus oyentes, y a las casas comerciales que patrocinaban sus anuncios para mantener vigentes sus contratos. Naturalmente que los avisos comerciales, proveían de los medios económicos para la subsistencia de los contratistas, que en la mayoría de los casos era su única fuente de ingreso.

Me acuerdo muy particularmente de la excelsa poetisa doña Romelia Alarcón de Folgar, y sus dos hijas en su audición de las ocho de la noche, en un recital de música selecta y de hermosa poesía. Tampoco me olvido del simpático publicista don José Marcelino López, que usaba el seudónimo "Jómalo" con sus programas "Variedades Chapinas" de las dos de la tarde en adelante. También vienen a mi memoria, los graciosos programas de un humorista español que se hacía llamar "El Licenciado Vidrieras". Un hombre gordo, de mediana estatura, de regular edad, que se presentaba a las dos de la tarde, bajo el intenso calor de los meses de marzo y abril, fatigado y sudoroso, refunfuñando y protestando al bregar costosamente en la búsqueda de anuncios. Tanto yo, como mis subalternos, nos moríamos de la risa, al escuchar su rutinaria expresión: "Esto está de la patada". El mentado "Licenciado Vidrieras", desapareció repentinamente. No dejó deudas a la emisora, porque estaba al día en sus pagos. Pero tiempo después se supo, que le había pegado al mero gordo de la lotería, y el mismo día que cobró el billete entero salió corriendo para México. Cuando me enteré, me recordé de la graciosa comedia del gran Guillermo Andréu; "Un loteriazó en plena crisis". Y

precisamente eso fue lo ocurrido, en el caso del recordado personaje.

Pepe Torón y sus juveniles amigos, ofrecían a las nueve de la noche el programa "Ritmo y Charla", con música moderna norte americana que hacía vibrar los corazones de las jovencitas y los jovencitos que literalmente llenaban todas las noches los estudios azul celeste de Radio Atlántida. Pepe tuvo la genial idea de traer de México a la famosa orquesta de Luis Arcaraz, que la presentó en su programa dentro del bullicio y estruendo del público, que llenó los locales de la emisora, los pasillos y la séptima avenida frente al edificio Sharp. Las ovaciones y la gritería se acrecentaron cuando Arcaraz cantó sus propias canciones "Bonita", "Viajera" y "Quinto Patio" de resonante popularidad en esos momentos. Nunca supe el porque, de las letras de sus gustadas canciones, que reflejaban un reproche sutil al bello sexo, por ejemplo, "Bonita, haz pedazos tu espejo", o en otras se dibujaba un mensaje filosófico: "El dinero no es la vida, es tan solo vanidad".

Es digno de mencionar el programa de complacencias telefónicas denominado "4 2 3 1", que correspondía al teléfono de la emisora, a cargo de Mario Piedrasanta. Y por fin los conciertos a medio día de la marimba Ideal Club, a cargo del popular locutor mexicano Castro Mariscal, que por su estilo y graciosa manera de conducir las audiciones, gozaba de múltiples simpatías entre los radio oyentes, manifestadas por las numerosas llamadas telefónicas, que virtualmente congestionaban la única línea telefónica de la emisora.

No quiero cerrar estas líneas, sin antes recordar la presentación en los micrófonos de la TGHB, de una de las mas cotizadas cantantes mexicanas de aquellos días, como lo fue "María Alma", con sus inspiradas canciones entre ellas "Tuya soy" y "Compréndeme", que por su

sensibilidad artística y por su simpatía, se mantuvo por muchos años en los primeros peldaños de popularidad.

Regresando al noviazgo con Any, las cosas no iban del todo bien. Mas bien las trampas del destino, seguían interponiéndose entre los dos, tratando de separarnos. Pero cuando teníamos algunas semanas de no vernos, una tarde en que soplaban los vientos frescos de la canícula, la llamé por teléfono a la Legación Británica. Le dije imperativamente, que sin excusa ni pretexto, aceptara mi invitación para cenar esa noche en "Los Arcos". A las seis pasé por ella, y emprendimos rumbo al restaurante, que ostentaba ese nombre, por su cercanía al histórico Acueducto colonial, no lejos del aeropuerto La Aurora.

Nunca se me olvida que yo atravesaba por un tremendo resfrío, y no bajamos del carro sino la cena nos fue servida en el sillón de atrás. Cenamos y bebimos unas copas de buen vino, y brindamos por nuestra futura boda. Y ahora todo iba en serio y por muy buen camino, porque esa misma noche fijamos la fecha de nuestro matrimonio civil, que se realizó el 3 de septiembre de aquel año de 1947, en la municipalidad capitalina, que ya se ubicaba en el Centro Cívico. Se cumplían cinco años de un noviazgo de constante ruptura, pero apasionante y novelesco. Tal vez aquí podría aplicarse aquel adagio latino que dice: "Casi siempre, los grandes amores, se ven azotados por el vendaval de los obstáculos".

El casamiento religioso tuvo lugar a principios de la primavera del año siguiente, en la Catedral de Quetzaltenango. Y asimismo, como el enlace civil, se caracterizó por su sencillez e intimidad. Se cerraba así la página final de nuestro noviazgo, que se prolongaría en un matrimonio que rebasó los cuarenta años. Largo camino, que no siempre estuvo bordeado de rosas, sino también de espinas, y posiblemente mas espinas que rosas...pero de profundo amor...



## **México: 1948. Conferencia mundial de altas frecuencias. Los tres magnates de la radiodifusión.**

Una tarde lluviosa a principios del mes de octubre de 1948, me visitó Roberto Castillo en mi oficina de Radio Atlántida, para comunicarme que el gobierno del presidente Arévalo, había designado una delegación para representar a Guatemala en la "Primera Conferencia mundial de altas frecuencias", que se efectuaría en la ciudad de México a principios de noviembre de ese año, integrada por dos delegados oficiales y los tres propietarios de las emisoras particulares. Tres o cuatro días después fuimos notificados oficialmente de nuestro nombramiento, y con pasaportes oficiales y nuestras respectivas libretas de "travel checks" por un valor de mil quinientos quetzales, abordamos un avión de cuatro motores de la compañía nacional Aerovías de Guatemala. Por parte del gobierno se nombró como jefe de la delegación, al radio telegrafista don Félix Monteagudo, encargado de la oficina de radio de la dirección general de comunicaciones, y al ingeniero Eduardo Minondo. Como delegados del sector privado a Roberto Castillo, Manuel González y yo. Al día siguiente de nuestra llegada a la hermosa capital, se procedió al chequeo de las credenciales de las delegaciones en el Teatro de Bellas Artes, donde se verificó la inauguración oficial, con la presencia del presidente de la república licenciado Miguel Alemán, quien tuvo a su cargo el discurso de la inauguración oficial. Al presidente lo acompañaban varios secretarios de estado de su gabinete, entre ellos el de fomento, de relaciones exteriores y turismo, así como funcionarios de las radio comunicaciones mexicanas, y miembros del cuerpo diplomático y consular. Ya para finalizar la ceremonia a eso de la una de la tarde, uno de los miembros del servicio de seguridad, asignado por el gobierno mexicano a nuestra delegación, se acercó a mí y

casi al oído me dijo que una persona que se encontraba en el vestíbulo del teatro, deseaba hablar conmigo. Yo le contesté que seguramente se trataba de una equivocación, porque yo no conocía a ninguna persona en México. Pero él insistió en que el desconocido deseaba verme a como diera lugar, y mi sorpresa fue mayúscula porque no se trataba de ningún desconocido, sino al contrario, muy conocido por mí, era Roberto mi hermano "el Chito" que por ese entonces estaba radicado en México, y como ya conocía a Roberto y a Manuel, se incorporó a nuestra delegación, no como delegado, sino en calidad de convidado, para las comidas, las cenas, los cines, y muy de vez en cuando, que incursionábamos en los alegres cabarets de la gran urbe.

El importante evento se desarrolló en el auditorio de la Escuela Normal, a la vecindad de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), cuando se levantaba el complejo de la Ciudad Universitaria. Moderna construcción, que sería una de las instalaciones universitarias mas grandes y completas de la América Latina. Por el carácter mundial de la conferencia, habían acudido delegaciones de la mayoría de países del mundo, que por la diversidad de idiomas, un grupo de traductoras y traductores, convenientemente instalados en cabinas de vidrio, traducían a los delegados en sus respectivos idiomas, el desarrollo de las sesiones, para lo cual los delegados disponíamos de un receptor con audífonos.

Me sentí impresionado cuando después de la primera sesión ordinaria, donde se designaron las comisiones de trabajo, el Edecán nombrado por la secretaría de relaciones exteriores, para atender a un grupo de delegados de la América Latina, (este grupo lo formábamos los países de Centroamérica, Argentina, Venezuela y Uruguay), nos llevó a visitar los lugares más turísticos de la capital. Recuerdo en particular las instalaciones del Instituto Politécnico, el Conservatorio

nacional de música, el Instituto de Bellas Artes, y el Instituto de Historia y de Antropología. Nos explicaba el Edecán que gran parte de la ciudad, sobretodo el México viejo, conserva la línea arquitectónica colonial, que es el de mayor atracción turística, como el Palacio Nacional, la Catedral Metropolitana, y la Iglesia de El Sagrario, que bordean la Plaza de la Constitución. Y no lejos del Distrito Federal, el Bosque y el Castillo de Chapultepec y la Basílica de la Virgen de Guadalupe. Al día siguiente estuvimos en el Museo Nacional de Antropología, así como en la Ciudad Universitaria en construcción, y en la Zona arqueológica de Teotihuacán al norte de la ciudad de México.

El Distrito Federal tenía en ese entonces una población de un millón quinientos mil habitantes, y todo el país contaba con veinte millones, por eso uno de los comerciales de la XEW rezaba en tiempo de la guerra mundial este "slogan", "beber cerveza Victoria, o no beber, porque la victoria es nuestra, y veinte millones de mexicanos no pueden estar equivocados".

Como Ana María me había dado la dirección de la casa de don Carlos Mérida, una mañana tibia y despejada de principios de noviembre, abordé un ruletero que me llevó por la avenida Alvaro Obregón, hasta la residencia del matrimonio Mérida Gálvez parientes de mi esposa. Que alegría me dio abrazar a don Carlos y a doña Dalila, que los había conocido hacia pocos meses en Quetzaltenango. Ellos también me correspondieron con frases y expresiones de simpatía y cariño. Me manifestaron su complacencia por el casamiento con Any, y después del improvisado protocolo, nos enfrascamos en una charla amena y sabrosa, sobre temas de su trabajo y los proyectos que tenía en mente, entre ellos la pintura de los murales de varios edificios que se construirían en Guatemala, como el del Seguro Social y el Crédito Hipotecario Nacional. Haciendo gala de gentil anfitriona,

doña Dalila, obsequió una deliciosa tasa de espumoso chocolate de San Juan Ostuncalco, oportunidad que aproveché para platicar del insigne don Jesús Castillo, oriundo de ese municipio quetzalteco. Les conté que con frecuencia me visitaba en la TGQ, y que con su carácter irascible, siempre me hacía un reclamo de alguna cosa que según él, no caminaba del todo bien. Pero nuestro tratamiento fue en todo momento, afectuoso y cordial. Esta ligera semblanza dio lugar a tocar otros aspectos en relación con muchos valores quetzaltecos, en las ciencias y en las artes, que han puesto muy en alto el nombre de la patria mas allá de sus fronteras.

Con don Carlos y doña Dalila celebramos mi boda con Any, porque después del rico chocolate, nos empinamos unas copas de vino, legítimo añejo de las bodegas norteñas mexicanas. Les pregunté por sus estimables hijas Alma y Ana. Me contaron que Anita formaba parte del Ballet Nacional de México, como primera bailarina, a raíz de estudios académicos en París, bajo el patrocinio del célebre Ballet de aquella gran nación, protectora de las bellas artes. Quedé en regresar para almorzar con ellos, pero el día convenido se me atravesó un compromiso imprevisto. Me excusé telefónicamente. Ya no me dio tiempo de despedirme de ellos, al finalizar la conferencia, lo cual lamenté bastante.

Cuando llegué al hotel donde me hospedaba con los otros delegados, muy cerca de la populosa arteria San Juan de Letrán, me encontré con la novedad de que al jefe de la delegación don Félix, lo habían asaltado, y había llegado al hotel en paños menores. Resulta que se había sentido indispuerto del estómago, y se dirigió a una farmacia cercana, pero situada en un callejón silencioso, y tres individuos portando filosos cuchillos que le pusieron en el pecho y en la espalda, lo obligaron a firmar el talonario entero de "travel checks" por más de mil doscientos dólares. No contentos con esto, le dieron una

tremenda golpiza y lo despojaron de sus pertenencias, hasta de un reloj incrustado con su nombre, que el personal de su oficina le había obsequiado el día de su cumpleaños. Medio desnudo, tomó un taxi que lo llevó al hotel, y Roberto se hizo cargo de cancelar los pocos pesos que cobró el taxi, ya que ni para eso le habían dejado los ladrones.

Esa noche tuvimos que prestarle los primeros auxilios al pobre de don Félix, porque el temblor de cuerpo y su estado de nervios, no se le quitaba con ningún analgésico. Tuvimos que recurrir a un estudiante de medicina que se hospedaba en el hotel, para que lo inyectara, y así logró por fin tranquilizarse, y dormir hasta bien entrado el día siguiente. Don Félix era un señor modesto, sencillo, de pueblo, de cuerpo menudito, trabajador infatigable, que no estaba acostumbrado a la ostentación de un hotel, aunque este fuera de segunda categoría, y menos a los platos tan condimentados y de abundante chile de la cocina mexicana. Y sin duda el cambio de su alimentación sencilla, fue causante de su indisposición estomacal. Su situación económica se resolvió fácilmente, porque sin perder tiempo pidió dinero a su familia en Guatemala, que le fue remitido en pocos días.

Un agradable y recreativo fin de semana nos aguardaba después de las prolongadas y fatigosas sesiones de las comisiones de trabajo, de las que don Félix y el ingeniero Minondo eran duchos en la materia. Yo pescaba algo por un curso de radio comunicaciones que tuve en mis estudios de ingeniería, pero los otros delegados no entendían ni un pepino del asunto. Pues bien, las delegaciones americanas fuimos convidados a un almuerzo en los estudios cinematográficos "Churubusco Azteca" en las afueras del distrito federal. Era propietario de ese complejo de la industria del cine, el visionario de don Emilio Azcárraga, y gentilmente fuimos atendidos por

el gerente general un joven ejecutivo canadiense cuyo nombre no recuerdo, que fue nuestro anfitrión. No menos de media docena de productoras de películas, conformaban el complejo de los estudios "Churubusco" que salían de sus estudios para convertirse en las películas más taquilleras de ese tiempo, que se le conoció como la época de oro de la cinematografía mexicana

En los locales destinados a los "trucos" de las productoras, observamos los ambientes artificiales en miniatura, en perfecta escala y con una increíble precisión y creatividad, donde se rodaban las escenas que no se filmaban en ambientes naturales. Vimos completo el procedimiento al rodaje de una cinta: micrófonos con "jirafa", director de fotografía, cámaras con operadores designados uno y dos, el director de escena o sea la figura central de la filmación, una máquina llamada "anotadora", el fotógrafo de plato con las manos en el potente proyector, y muy cerca la maquilladora, pero más cerca de la escena los portadores de micrófonos y los maquinistas. La cinta procedente de la cámara pasaba inmediatamente al equipo del revelado del negativo original, mientras el aparato del control de sonido, controlaba los sonidos procedentes de los micrófonos. Simultáneamente funcionaba el equipo de producción de ruidos especiales y efectos de sonido, los de la música y fondos, seleccionados para las diferentes escenas de las creaciones fílmicas.

En el estudio todos los aparatos y equipos desempeñaban un papel muy importante. Pero habían dos de los que no podía prescindirse: el seleccionador de las escenas filmadas, y la copiadora de las escenas seleccionadas. En la fase final se procesaba la fotografía del sonido y la fotografía de la imagen, luego el revelado positivo donde se obtiene la primera copia, que de aprobarla el productor, se imprimen las copias siguientes en serie, destinadas a las salas de espectáculos. La

traducción de las películas en español, a otros idiomas, requería un procedimiento muy distinto, pero también muy minucioso y profesional.

En la entrada de los estudios nos topamos con el gran actor Arturo de Córdova y la bella artista Magda López, que salían charlando y riéndose de un tema que me llamó la atención. Hacían un análisis de la psicosis caracterizada por la vanidad, la desconfianza y la inquietud conocida como "paranoia", y De Córdova hablaba de los miles de paranoicos que abundaban en el mundo, no solo en la farándula, sino en todos los niveles de la vida humana, principalmente entre los grandes empresarios y los políticos. Y es que Arturo de Córdova pese a su gran popularidad y su prestigio de talentoso actor, fue un artista dotado de modestia y sencillez, que conversó amablemente por algunos minutos, con los delegados de los países americanos, que asistíamos al almuerzo que se serviría en pocos instantes.

Vimos de cerca o de lejos a bastantes de los famosos artistas, que brillaban en el firmamento de la industria del celuloide de ese entonces. Caminando despacio o presurosos, en los pasillos, patios y corredores, no fue ninguna sorpresa ver a la lindísima María Félix, a Pedro Armendariz, a la ex reina de la belleza americana, Elsa Aguirre, a los hermanos Fernando y Julián Soler, al humorista del siglo Mario Moreno (Cantinflas), a don Joaquín Pardavé y a Libertad Lamarque. A lo lejos vimos también al "Indio" Fernández, Dolores Del Río, a Pedro Infante, Jorge Negrete, Tintan, al cómico Resortes, a la atractivísima Carmen Montejo, a Marta Roth, Guillermina Grin, y un interminable desfile de compositores, directores de orquestas, directores de escenas, guionistas, camarógrafos y productores, que entraban o salían de los estudios a filmar o después de filmar.

El menú del suculento almuerzo consistió en platos típicos de la cocina mexicana, sin faltar naturalmente el

famoso "mole" que es elaborado con una especie de salsa, chile, tomates, cacahuets, chocolate, almendras, cebolla, ajo y especias; tampoco faltaron los tacos de tortilla con pollo, chile, legumbres o queso. En vez de whisky, e indudablemente haciendo honor a su acendrado nacionalismo, el "chef" responsable del típico almuerzo, sirvió tequila Cuervo especial, y a los postres un plus de los viñedos del norte.

El banquete estuvo amenizado por la espléndida orquesta del maestro Miguel Lerdo de Tejada, y el tenor Juan Arbizu, que incluyó en el programa, si mal no recuerdo, los siguientes números musicales: "Lamento Borincano, Murcia, Un viejo amor, Valencia, Yo vendo unos ojos negros, y La Paloma". Para finalizar el ágape, del compositor Juventino Rosas, el maestro Lerdo de Tejada dirigió el siempre gustado vals "Sobre las olas".

La Secretaría de Turismo también brindó múltiples atenciones al resto de las delegaciones de otros continentes, pero creo sin temor a equivocarme que los delegados del hemisferio americano, ocupamos un primer lugar en el derroche de atenciones. Ese mismo día al anochecer, partimos en dos buses al puerto de Acapulco del estado de Guerrero, en la bahía de Acapulco. Imponente centro turístico, famoso por sus hermosas playas. Allí disfrutamos de un ambiente paradisiaco, refrescados con la suave brisa del mar, en compañía de muy lindas y risueñas damas, a manera de edecanes, asignadas por la Secretaría de Turismo. La música de los mejores mariachis, en las entradas de los suntuosos hoteles, ponía el marco musical de la recordada excursión, que se prolongó hasta el día siguiente con las primeras luces de la noche, cuando emprendimos el retorno al Distrito Federal.

En la siguiente semana visitamos los estudios de la XEW en Ayuntamiento 54, una callejuela incrustada cerca de San Juan de Letrán, y allí conocimos a los populares

locutores Pedro de Lile, Ignacio Santibáñez, el bachiller Alvaro Gálvez Cifuentes, y al legendario Manuel Bernal, catalogado como el primer declamador del continente. En la cafetería de la gran emisora, Roberto y yo, conversamos un buen rato con Manuel Bernal, que entre otras cosas nos dijo, que acababa de estar en Guatemala, que vivía enamorado de nuestro país, y que pronto lo visitaría, avisándonos previamente.

Don Emilio Azcárraga, propietario de la XEW, nos explicaba que la emisora la había iniciado con un modesto transmisor de 100 kilovatios. Y con Roberto Castillo nos divertíamos de la ingenuidad del acaudalado magnate de la radiodifusión y del cine mexicano. Ya que nuestras emisoras chapinas, escasamente alcanzaban el medio kilovatio de potencia, y las nuestras si eran en realidad muy modestas y sencillas. Sin embargo si la XEW cubría con su potencia todo el continente, nosotros cubríamos orgullosamente con la poca potencia de nuestros transmisores, todo el territorio y las fronteras de los países vecinos. En esos días se fundó en México la Asociación Interamericana de Radiodifusión (AIR), que comandaban los tres grandes de la radiodifusión, don Emilio Azcárraga de México, don Goar Maestre de Cuba y don Jaime Yankelevich de Argentina, y de hecho mas de cien emisoras particulares del continente, estaban incorporadas a la Asociación. Su principal misión se concretaba a la defensa de los intereses gremiales, y al mantenimiento de la libertad de expresión del pensamiento como bases fundamentales de su creación. A los delegados guatemaltecos de las emisoras privadas, se nos invitó para asistir a la inauguración de AIR en Buenos Aires. En la víspera de la inauguración, los delegados fueron recibidos por doña Eva Perón, que virtualmente era la presidenta del país. La Casa Rosada, que así se llamaba la casa presidencial, se encontraba en esos momentos abarrotada de obreros de la industria, que ella designaba con el nombre de "mis des-

camisados". No se quien de los delegados, reparó en que la conversación con la presidente, estaba siendo grabada por medio de micrófonos ocultos en los sillones de su despacho. Esto dio lugar a una airada protesta de los delegados. Y como consecuencia, fueron expulsados del territorio argentino, trasladándose a Montevideo, desde donde se emitió un enérgico pronunciamiento, encadenando todas las emisoras del continente americano. En la capital de Uruguay, se suscribió el acta de fundación, de la poderosa Asociación Interamericana de Radiodifusión.

Una tarde Pepe Flamenco invitó a Roberto y a mí, para que lo acompañáramos al consultorio del doctor Alfonso Ortíz Tirado, en busca de tratamiento del defecto físico de su pierna derecha que sufrió de por vida. Nos recibió con toda cordialidad. Pasamos esa tarde, después de atender al paciente, en una amena charla que abarcó interesantes temas de su vida artística como cantante y profesional de la medicina. Me pareció un hombre extraordinario, un enamorado de la vida, de la humanidad, de la naturaleza como obra creadora de Dios, y de sus dos profesiones magníficamente cultivadas. Finalmente nos expresó su cariño por Guatemala y su deseo de visitar pronto nuestro país. Nos invitó a un excelente refrigerio, y salimos de su clínica y confortante residencia cuando se dibujaban las primeras sombras de la noche.

A estas alturas aún faltaban varios días para regresar a Guatemala, pero yo comenzaba a sentirme nostálgico por el terruño, y a extrañar a mi esposa que me hacía mucha falta. Pero todavía quedaban pendientes algunos puntos del programa, que quiero trasladar a mis lectores. Cuando regresábamos de las sesiones de trabajo de la conferencia, de tarde en tarde nos metíamos al cine con Roberto, a una carpa, al Palacio Chino o al cine Teresa que quedaban cerca del hotel. Pero una noche tomamos taxi y la emprendimos hasta un club nocturno

llamado "El Intimo", en el Paseo La Reforma, y que hacía honor a su nombre porque el local relativamente pequeño, era grande en confort y en su ambiente cálido y familiar. Desde allí transmitía a control remoto todas las noches, la emisora XEB "Del Buen Tono", en tanto la XEW lo hacía desde "El Patio" o el "Ciros". Esa noche los amigos locutores me hicieron una simpática entrevista, y entre bromas y risas les hice un ligero esbozo de mis épocas de locutor, sin olvidar algún lance amoroso. Cuando despidieron la transmisión, ampliamos la mesa y compartimos ya bien entrada el alba del siguiente día. Y cosa curiosa: la ciudad no entra en calma, sino al contrario, su intensa vida nocturna me parecía más dinámica, más jubilosa, pero también más peligrosa, que la vida a plenitud del sol. Y a propósito, uno de los locutores me preguntó: ¿No sabes lo que le dijo la luna al sol?. Mi respuesta fue: "tu sales de día... pero yo salgo de noche...".

A la siguiente noche continuamos el peregrinaje nocturno con Roberto. Esta vez para presenciar un espectáculo maravilloso en el "Folies Berger". Agustín Lara, su piano y su orquesta, con el primer trompetista "el Chino Ibarra", y sus dos grandes interpretes: Toña La Negra y Pedro Vargas, en un derroche de las más inspiradas melodías del genial compositor y músico-poeta veracruzano. ¡Que deleite espiritual mas sublime, escuchar en labios de Toña "Oración Caribe", Farolito o Noche de ronda", o en la voz del tenor continental "Palabras de mujer", "María bonita" o " Granada"!

¡Que sensación más profunda, al observar en la penumbra del recinto, los potentes reflectores, proyectando su nítida luz, sobre las mágicas manos del inspirado compositor, deslizándose con éxtasis misterioso, en el teclado de blanco marfil de su propio piano de cola!

Dejando el ambiente romántico, la función presentó al popular "Palillo", un ingenioso cómico

político, satírico, cáustico, mordaz, que sin pelos en la lengua, la emprendía sin misericordia alguna, en contra del presidente Alemán y sus funcionarios del PRI. Criticaba la conducta y actitudes de funcionarios y empleados del gobierno, censuradas por la opinión pública, y que merecían el rechazo de la población. Lo gracioso del cuento es que al finalizar la función, la policía lo esperaba en el vestíbulo del teatro, para conducirlo a una demarcación cercana que siempre era la misma. Allí pagaba la multa que le imponían cada vez que actuaba, y santos en paz. Pero como ganaba mucho dinero por su inteligente especialización, para "Palillo", la multa por alta que fuera, equivalía a una simple propina de su parte.

Como ya se acercaba el final de la conferencia, Manuel se prestó gustosamente para organizar una reunión de despedida con un grupo de delegados de Centro y Sud América, algunos españoles y el director de "Radio Vaticana", un jesuita italiano de apellido Montini, con quien en lo personal hice una cordial amistad. El festejo se celebró en el elegante centro nocturno "Río Rosa", a poca distancia del Parque Alameda que colinda en un extremo con el Teatro de Bellas Artes, y en sentido opuesto con el opulento hotel "María Isabel", de la cadena Sheraton, considerado como uno de los hoteles más lujosos del mundo.

Esa noche Manuel se portó a la altura de las circunstancias. Escogió precisamente el debut de la sensacional orquesta del chaparro "cara de foca", "Pérez Prado", con su novedoso y chispeante "Mambo", ritmo alegre y bullicioso de riquísimo sabor tropical, inspirado en el pentagrama musical de la extraordinaria orquesta de Stan Kenton. Nos divertimos de lo lindo, no hubo lágrimas de despedida, sino al contrario, lágrimas pero de sonoras risotadas, oportunas bromas, ingeniosos chistes, ambiente social y fraterno en toda su dimensión. Tequila

José Cuervo. Y baile con las lindas y cultas chicas del centro nocturno. Pero todo dentro de un marco civilizado, de altura, ponderación y sobriedad.

Al día siguiente partimos de regreso. Desde una de las ventanillas del avión, en medio de la suave bruma de la mañana, contemplé la hermosa capital. Mi vista se nubló, al recordar los inolvidables momentos que había pasado en ella...

### **Un 31 de diciembre: odisea extraordinaria y azarosa.**

El marcador del combustible de mi automóvil había tocado fondo. Escasamente tenía gasolina para llegar a la estación más cercana. Y el problema consistía en que ni Any ni yo teníamos dinero, ya que nuestras reservas del fin de año las habíamos gastado imprevisiblemente para la Nochebuena. Y ahora atravesábamos por una verdadera lipidia, sin medio centavo en el bolsillo.

Mi reloj puntualizaba las nueve y media de la noche de aquel frío 31 de diciembre de 1948. Y como no quedaba otra alternativa, entonces nos jugamos el albur de salir para el centro de la ciudad, y en el camino como dice el adagio "se arreglarían las carretas".

En ese entonces vivíamos en Ciudad Vieja en un apartamento rodeado de flores, arbustos y frondosos árboles. Enfrente del apartamento que ocupábamos, había una piscina del hermoso chalet, que mi papá arrendaba en la séptima calle y segunda avenida, a media cuadra de la iglesia. Yo había adquirido en un negocio reciente un bonito Oldsmobile, convertible y de dos puertas, color beige, que por cierto en el viajamos varias veces a Quetzaltenango en infernales carreteras. Y nunca nos dejó a medio camino. Y yo esperaba que esta vez, aún sin combustible, se portara a la altura, como así fue.

Llegamos sanos y salvos al club nocturno "El Bosque", de don Carlos Quintana en la 12 calle pegadito a la 6ª avenida. Desde allí, "Radio Atlántida" transmitía a control remoto el baile de año nuevo, contratado por don Carlos. Ocupamos una mesa muy bien ubicada, desde donde observaríamos hasta las menores incidencias de la alegrísima fiesta, que estaba siendo amenizada por dos buenas marimbas, un conjunto de trío, y la cantante quetzalteca Marta Beatriz Calderón, acompañada por el pianista Mario Paniagua. Con su melodiosa voz, Marta Beatriz, cautivaba a decenas de personas, que entre abrazos y besos, celebraban el año nuevo.

No habían transcurrido ni cinco minutos de nuestra llegada al centro nocturno, cuando de pronto nuestra mesa se vio alegrada con una botella de champaña, otra de Chibas Rigal y una más de vino tinto español. Al desfile de excelentes bebidas espirituosas, lo acompañaba una cubetilla de cristal con hielo, *boquitas* especiales por cortesía de la casa, y unas cuantas cajetillas de cigarrillos "Club" de La Altense. Y lo más alegre es que el servicio fue una galantería del fino amigo don Carlos, "chivo" de corazón, paisano y amigo de Any.

Poco antes del intenso tronar de los cohetes, bombas y repicar de campanas de las doce de la noche, nuestra mesa se vio nuevamente engalanada. Esta vez con una suculenta cena de pavo estofado, paches quetzaltecos y un exquisito postre de deliciosos manjares. Estoy seguro que ese agonizante 31 de diciembre de 1948, y los primeros albos de 1949, fue el año nuevo con Any, en que mejor cenamos, bebimos licores finos con prodigalidad, y bailamos sin tregua hasta el despuntar el alba del nuevo día, y del nuevo año.

Antes de salir don Carlos me hizo entrega de un sobre conteniendo cuatrocientos quetzales, valor del contrato de la transmisión de TGHB. Le agradecemos sus finas atenciones y su especial galantería por el obsequio

de la cena. La celebración del año nuevo continuaba en el Ciros. Y hacia allá nos dirigimos con Any para seguir la fiesta. El Ciros estaba a todo dar. Era impresionante el entusiasmo de cientos de parejas, que bailaban a los compases de la brillante orquesta del primer centro nocturno de la capital. Ocupamos la mesa especial donde estaba Roberto con su esposa Elvira, su tío el buen amigo don Jorge propietario del club, su papá don Roberto Castillo Valenzuela y algunos de sus hermanos y personas amigas. Como Radio Ciros transmitía la celebración de año nuevo desde su propio patio, ya que el estudio funcionaba en el segundo piso del salón, Roberto me dijo que para que no perdiera la vieja costumbre de la locución, me invitaba a hacer uso de los micrófonos, para que hiciera alguna reseña o síntesis de los acontecimientos más sobresalientes del año que acababa de finalizar. Así lo hice por espacio de treinta minutos. A las seis de la mañana del 1º. de enero de 1949, nos sentamos a la mesa a disfrutar de un frugal desayuno, con tamal y una taza de café caliente. Los minutos y las horas habían volado, como si tuvieran alas.

Pasé dejando a mi esposa a la casa de su tía Amanda en la 11 calle y 11 avenida, y enfilé en el carro hasta Ciudad Vieja. Ya en mi apartamento me desplomé en mi cama. Pensé que Any volvería pronto, y me sumí en un profundo sueño.

## SEXTA PARTE

### **Loa sucesos históricos de 1957. Una casa antañona, romántica y sombría, pero que respiraba incuria. Don Pancho Rodríguez y su enigmática personalidad**

Gobernaba en aquel entonces el general Miguel Ydígoras Fuentes, yo había trabajado en su campaña política en Quetzaltenango, y en asamblea fui electo secretario general departamental, dejando por un lado el negocio de una abarrotería para meterme hasta las cachas en la política. Como consecuencia de los sucesos que relataré a continuación, el general Ydígoras asumió el poder, después de una travesía sembrada de trampas y obstáculos por sus opositores. En efecto, a raíz del asesinato del presidente Carlos Castillo Armas, ocurrido en la propia casa presidencial, a las 9 de la noche del 26 de julio de 1957, fue sustituido interinamente por el primer designado licenciado Luis Arturo González López (mas bien conocido como "Toto González"), que convocó a elecciones para el mes de octubre, en las que participo Ydígoras con su partido Reconciliación Democrática Nacional (REDENCION), y el licenciado Miguel Ortíz Passarelli, apoyado por el partido oficial Movimiento Democrático Nacionalista (MDN), "triunfando" fraudulentamente en las elecciones que fueron adversadas por los grupos ydigoristas que formaban la mayoría de la población, impidiendo que Ortíz Passarelli asumiera el poder.

Un triunvirato militar de tres coroneles (Yurrita, Mendoza, López Salazar), derrocó al licenciado González López, y a su vez el triunvirato fue expulsado del poder a los pocos días, por la fuerte presión popular encabezada por Ydígoras, que todas las noches acompañado de numerosos seguidores, exigía desde las gradas del palacio nacional, la renuncia de los militares que ilegalmente se



habían apoderado del gobierno. Para volver al orden constitucional, asumió el segundo designado coronel Guillermo Flores Avendaño, que convocó a nuevas elecciones, triunfando Ydígoras, en elecciones de segundo grado, en las que el partido oficial pretendió de nuevo arrebatarse el triunfo a favor del coronel José Luis Cruz Salazar, que había quedado en segundo lugar, pero otra vez la presión popular lo impidió ante el congreso. Finalmente el general Ydígoras, tomó posesión de la presidencia de la república, el 2 de marzo de 1958.

Me veo obligado a interrumpir esta interesante narración histórica, pero hay episodios que se han quedado en el camino, y que deseo que el lector los conozca ya que forman una parte vital de la estructura de VIVENCIAS, desplegada desde 1920.

Regresemos pues las hojas del almanaque y volvamos a 1951, cuando con Ana María mi esposa, llegamos a Quetzaltenango por la repentina muerte de mi suegro don Pancho Rodríguez Rivera en los baños de Almolonga, y que por diversas razones aquí permanecemos hasta 1962, es decir durante once años.

Ese mismo día de nuestra llegada visitamos la casa de don Pancho, ubicada en la 14 avenida esquina opuesta al hotel Modelo. Una casa antañona, hasta cierto punto tétrica, sombría, que respiraba incuria, es decir descuido, abandono, pero de todas maneras con un aire de romanticismo, como eran las casonas solariegas de aquellos tiempos. De entrada tropecé con un viejo carruaje en el zaguán, que en su época habría sido un vehículo muy cómodo y elegante, grande y lujoso, de cuatro ruedas, con doble capota y forros interiores de terciopelo negro, pescante para el cochero, previsto para cuatro caballos, y por lo visto perteneció a un personaje muy importante, pero de esto nos ocuparemos mas adelante, porque antes hagamos un recorrido por la intrigante, antigua y noble propiedad.

El zaguán o cochera desembocaba en un enorme patio con piso de ladrillo, y un pequeño espacio de tierra, con algunas flores descuidadas donde se desprendía un eucalipto joven de unos quince años. Hermosos corredores circundaban el patio, y en el área que daba vista a la 14 avenida, había un ancho y largo salón con seis ventanas que jamás se abrían, a juzgar por los pesados cerrojos colocados en ellas, y este espacioso salón de seguro estuvo destinado en lejanos días a la sala de la casa, por los otrora lujosos cortinajes de finos brocados, pero ya desteñidos y raídos por las inclemencias del tiempo, que revelaban épocas de pasadas riquezas.

El gran salón me figuró un museo de arte colonial por una parte, y por la otra una inmensa bodega con una montaña de "jabas" o cajones conteniendo juegos de baño, lava manos, sanitarios, herramienta de plomería, de electricidad donde a primera vista observé una planta hidroeléctrica "Pelton" y una sirena para fábrica. No podía dar crédito a lo que mis ojos veían. Desde un juego de agujas de "crochet", hasta una legendaria pianola, que era una especie de piano mecánico con sus rollos de música antañona, un piano de cola y otro vertical, y un amueblado para sala estilo Luis XV.

En un extremo del salón, brillaban unos preciosos tremoles, de distintas formas y tamaños, así como una valiosa colección de cuadros con hermosos paisajes al pincel, algunos originales y otros copias auténticas, con marcos dorados de caprichosas incrustaciones, y otra colección de retratos familiares con modas a la usanza de mediados y finales del año 1800, cuyos cuadros de ambas colecciones, oscilaban en tamaños entre 50 por 70, o bien en preciosas miniaturas de retratos o lindos paisajes. Las sorpresas y los sobresaltos continuaban. Al forzar una alacena oculta en el tapiz de la pared, mi vista tropezó en algo sorprendente: montones de billetes del Banco de Occidente y del Banco Internacional de diferentes

denominaciones, desde 50 centavos hasta 500 pesos, conservados completamente nuevos en paquetes de cien unidades, pero sin valor alguno, ya que las series correspondían a años anteriores a la reforma monetaria de 1926, y quizás por negligencia no fueron cambiados a tiempo. Al abrir los cajones y gavetas de un escritorio de persiana, encontré unos paquetes bien gruesos con documentos, acciones bancarias, escrituras públicas, títulos de propiedades, planos, manuscritos, y entre todo este diluvio de papeles, descubrí algo que me llamó poderosamente la atención: el Acta de fundación del Sexto Estado de los Altos, con firmas y sellos originales, como testimonio histórico de un acontecimiento trascendental, que culminó en un dramático desenlace, en que sus protagonistas cayeron asesinados en Quetzaltenango, por las tropas del general Carrera, que se había opuesto a la formación de ese Estado, que cercenaba la geografía de la república.

A corta distancia abrí un cofre repleto de rollos de tapiz, en gran variedad de colores y figuras con sus guardas de remate, y el equipo para su colocación. Muy cerca vi un oratorio de antiquísimas imágenes de diferentes tamaños, colocadas en mesas y mesitas dentro de urnas de cristal, y particularmente me llamó la atención la de los arcángeles San Miguel y San Rafael, otra de la Inmaculada Concepción, un crucifijo de media talla, así como un Niño Dios de tamaño natural, y un resplandor que me pareció de legítimo oro con infinidad de brillantes, y una corona de espinas también de oro y brillantes.

El lector se preguntará, que hice con todo eso y cual fue el destino de muchas cosas valiosas y de otras que no lo eran, mas adelante lo sabrá.

Mientras tanto sigamos el peregrinaje por la extraordinaria casona, donde vivió mi suegro hasta su fallecimiento. Al fondo del primer patio había otro salón bien grande, destinado al comedor, y tanto la mesa y las

sillas, los aparadores, el trinchante y otros muebles antiguos, de severa manufactura, ponían de manifiesto, los gustos refinados de las familias de costumbres tradicionalmente conservadoras de la época. En las alacenas con puertas de vidrio encontré un maravilloso arsenal de servicios de comedor, desde manteles de fina elaboración, hasta vajillas de plata, cristalería de manufactura europea, copas, vasos, picheles, cafeteras, filtros para agua, y no me acuerdo que cúmulo de cosas más.

Al salir del comedor me dirigí al segundo patio, de menor tamaño que el primero, y en otra cochera encontré una carretela, o sea un carruaje deportivo de dos asientos y de dos ruedas, capota movable, que se movilizaba con un solo caballo, sin pescante, porque las veces del cochero las hacía uno de los pasajeros. Las carretelas se usaban especialmente para paseos al aire libre de las parejas, que vestían con ropa adecuada para disfrutar del viento libre y las bellezas del campo.

En las inmediaciones del segundo patio, entré a un cuarto de regulares dimensiones, pared de por medio con una pieza pequeña que conducía a un altillo con gradas de madera, que servía de "troj o troje", para almacenar el café que llegaba de las fincas cafetaleras. Pero cosa curiosa, allí mismo descubrí mas de una docena de "botijas" vacías que se utilizaban en esa época para depositar dinero, joyas, alhajas y otros objetos de valor, que luego las enterraban en profundas excavaciones, que solo el dueño del tesoro sabía en que sitio podría encontrarlo, porque el trabajo se hacía en persona, dentro del más absoluto secreto y misterio, y por supuesto sin ninguna clase de testigos. Casi siempre se escogía para el entierro, un lugar en el jardín, cercano a un árbol o un muro o pared, con una señal en clave, en un plano o dibujo que guardaba el dueño del tesoro y que solo él entendía o descifraba.

En ese mismo lugar para sorpresa mía, hallé veinticinco cajas de cerveza Monterrey tipo Lager de finales del año 1800, que por cierto no me atreví a probar, y me entristecí de que las cajas no fueran de vino, ron, coñac o wiski, porque hubieran sido de un excelente añejado. Lo que hice fue escribir una carta acompañada de varias etiquetas, a la industria cervecera de la ciudad de Monterrey, México, y recibí como respuesta un lindo diploma de reconocimiento, que no se si lo conservo en el archivo de cosas viejas. El baño y la cocina, con estufa para leña, estaban refundidos en el último rincón de la vieja casona.

Una sola persona había en la casa. Se llamaba doña Chayito, una viejecita ya entrada en años, que había servido de por vida a don Pancho como hija de casa, y de tutriz de las dos hijas. Vivaracha, pequeña y curiosa, que estaba enterada hasta del menor detalle de todo lo que a su alrededor ocurría, y recordaba con precisión por su excelente memoria, la vida y milagro de lo acontecido en la singular residencia, que decidimos ocupar con Ana María días después de intenso trabajo de limpieza, de ordenamiento y de clasificación de todos los objetos encontrados en nuestra primera visita.

Habilitamos el dormitorio que se hallaba a la vecindad del entrepiso, y no puedo olvidarme que en la madrugada de la primera noche, nos despertaron unos ruidos extraños como si alguna persona con paso pesado bajara las gradas de madera del troje, y luego los ruidos se transformaron en el registro de cajas, baúles, cofres y el arrastrar de cuantas cosas habían en el misterioso lugar. Tanto Ana María como yo nos pusimos nerviosos y extrañados de lo que estaba ocurriendo, y opté por no salir a averiguar el inesperado suceso por aquello de que evitar no es cobardía, y que el frío y el miedo solo Dios lo quita. Para colmo mi revolver y mi linterna de mano, las guardaba en la guantera del carro, que lo parqueaba en un

predio cercano, y ni modo que iba a salir a la calle a esas horas de la madrugada.

Sin embargo a la noche siguiente me preparé con todas las de ley, pero de nada sirvió, porque esa noche pasó tranquila, y el fenómeno natural o sobrenatural no se hizo presente, ni en la noche siguiente ni en las demás, ni nunca más, entonces me pareció que el intruso visitante vivo o muerto, no perseguía más que darnos el saludo no muy cordial de bienvenida a nuestra nueva morada.

Comentando con doña Chayito el extraño asunto, llegamos a una conclusión razonable que me pareció sumamente lógica. No se trataba ni de vivos ni de muertos, ni de espantos ni de fantasmas, y que entre comillas jamás he creído en esas cosas, sino de unas comadrejas que tenían su nido en ese lugar desde hacía muchos años, convertido en su hábitat, entre toda suerte de cachivaches. Lo raro fue que yo me empeñé por localizar el nido, y nunca lo encontré...

Ana María me contó que cuando era pequeña, de unos cuatro o cinco años, juntamente con la Paquita su hermana, en ocasiones en que visitaban a su papá, se divertían de lo lindo y él también se divertía, porque en una chamarra bien grande que extendía en el suelo del segundo o tercer patio de la casona, ponía a asolear montones de monedas de oro llamadas "napoleones", con las que jugaban tirándolas alegremente al aire.

¿Qué se hicieron los "napoleones"? ¿En manos de quién o de quiénes pararon?. Esa fue la pregunta que me inquietó por algún tiempo, pero la respuesta que me dio la Chayito me pareció bastante razonable. Según ella, don Pancho enterró el tesoro, pero con el tiempo perdió su localización, y jamás lo recuperó porque nunca lo encontró, y debido a esa adversidad, sufrió un desequilibrio mental que lo acompañó por el resto de su vida. Su situación económica se tornó precaria en los últimos años de su existencia, al extremo de haber perdido

sus valiosas fincas, al firmar las escrituras y darse por bien recibido, sin recibir el dinero, ingenuamente confiando en la rectitud y honorabilidad del supuesto comprador, o mejor dicho del cínico estafador, que por cierto fue un pariente muy cercano suyo.

La "casona" estaba hipotecada a punto de perderse cuando llegamos a Quetzaltenango, pero afortunadamente la salvamos, después de tediosas diligencias judiciales enderezadas contra otro de sus parientes. De sus bienes de mejores tiempos a don Pancho únicamente le quedaron una pequeña labor de mil quinientas cuerdas, una casita a la vecindad de la casa grande, y algo que fue lo que más me impresionó de todo lo que vi y viví en esa singular etapa. Fue el Mausoleo de don Pancho en el cementerio de Quetzaltenango. Una verdadera obra de arte.

La labor que estaba cerca del cerro conocido como "La Pedrera", fue parcelada, y los lotes de 10 por 25 cuerdas se vendieron a precios muy módicos a familias indígenas que habitaban por el lugar. Hasta recuerdo que donamos un área para una iglesia y un parque infantil, cuyos proyectos se realizaron.

A don Pancho Rodríguez Rivera no podría describirlo con estricta precisión, porque en realidad no lo traté personalmente. Pero lo intentaré, porque dispongo de suficientes elementos para hacer una ligera o aproximada semblanza de su personalidad. En sus mocedades, y en la mayor parte de su vida, fue un caballero de bien vivir y de bien vestir, de trato agradable y cordial, sociable, elegante y apuesto, de profunda sensibilidad, palabra reposada, de conducta un tanto enigmática, y a pesar de su manera suelta y espontánea, traslucía un continente sombrío y misterioso. Las malas lenguas que nunca faltan en el ambiente pueblerino, le pusieron un mote o apodo, "el Conde de Lambertucho", (como quien dice no vale nada). El lo sabía, pero no le dio la menor importancia, porque comprendía que esas cosas son producto de la envidia

cargada de una buena dosis de veneno. En gran medida su fortuna provenía de una tía muy rica, hermana de su señor padre. Doña Ana Rodríguez de Coulboix, (Culbó) que entiendo vivió por algunos años en Quetzaltenango en casa de su sobrino. Fue casada con don Pierre Coulboix, acaudalado hombre de negocios de nacionalidad francesa, y radicado en París. Según se supo fue ella quien obsequió la Imagen del Señor Sepultado de San Nicolás, de la imaginería española, que sale en procesión el Viernes Santo, y que por muchos años se detenía cinco minutos al lado de la "casona" sobre la 14 avenida. Yo sé que hay familias que se atribuyen la paternidad de ese hermoso obsequio, pero lo que sí es absolutamente verídico es el hecho de que en el "museo", encontré cuidadosamente guardados el resplandor y la corona de espinas originales de dicha Imagen, que remití a la Asociación del Señor Sepultado del Templo, y no se me olvida que en la carta que acompañé con los valiosos objetos puse que eran de oro legítimo, pero en la respuesta la junta directiva me aclaró que para evitar equívocos, las sagradas alhajas que habían recibido, no eran de oro legítimo, sino tenían un fino chapeo en oro de 18 kilates.

Quienes han visitado el cementerio de Quetzaltenango, habrán leído un rótulo en la puerta de entrada que dice, "El recuerdo de los vivos, hace la vida de los muertos", pues en la avenida central a corta distancia de la entrada, está ubicado lo que fue el hermoso mausoleo de don Francisco. Y digo "lo que fue", porque en la actualidad no solamente se encuentra completamente abandonado, sino que también ha sido objeto de una depredación de las artísticas estatuas de mármol italiano de Carrara, traídas de Italia, que virtualmente han desaparecido de sus lugares, y ni que decir de las hermosas planchas del mismo mármol que recubrían los exteriores. Ni siquiera quien fue el dueño de esa obra de arte, está enterrado allí, ya que los nichos en ese tiempo se

construían más angostos que en la actualidad, y la caja fúnebre no entraba y entonces se optó por inhumarlo en un mausoleo de familiares suyos. Y en ese sentido la municipalidad quetzalteca de ese tiempo, encabezada por un señor Suasnávar, es la responsable del abandono y destrucción del mausoleo, ya que resolvió negativamente una solicitud de mi esposa, que yo tramité personalmente, para proceder a su remodelación. La Comuna pretextó el absurdo argumento de que por estar considerado como Monumento Nacional, no se permitía ningún trabajo de restauración. El resultado de la intransigencia municipal está a la vista: un promontorio de escombros de lo que otrora fue un valioso y artístico panteón.

El camino que siguió toda la miscelánea de objetos que encontré en la extraña casa de habitación de mi suegro, culminó de la manera siguiente: el carruaje del zaguán que tanta curiosidad despertó en mí, lucía en las portezuelas tres letras doradas en tamaño grande M.L.B., o sea que el lujoso carruaje perteneció al presidente general Manuel Lisandro Barillas que gobernó de 1886 a 1892, y que fue asesinado en México por sicarios de Estrada Cabrera en 1907. Ese carruaje lo obsequiamos a las hermanas de la caridad del hospital, que les sirvió por muchos años de transporte, si bien lento pero cómodo.

El Acta de fundación del Estado de los Altos, paró en manos del historiador y recordado amigo mío, Mariano López Mayorical, por obsequio que le hice; las imágenes también se regalaron a diferentes templos católicos de Quetzaltenango y la capital; y todo lo demás se puso a la venta en una especie de feria o de subasta pública, donde desfilaron amigos y vecinos de la ciudad. El producto de las ventas se repartió en partes iguales entre las dos herederas: Ana María y Paquita. Yo me receté una módica comisión que me alcanzó para cambiar mi carro por un Ford Victoria, más moderno, de dos puertas. En esa época un automóvil americano de lujo, último modelo, no

costaba arriba de 3 mil quetzales o dólares al rabioso contado, de manera que con una inversión de mil quinientos quetzales, se adquiriría un buen vehículo de buena marca y de reciente modelo, como lo hice yo.

### **Cuando uno cae en los abismos de lo insospechado: el callejón sin salida, que tuvo salida. Momentos de pena y angustia**

Necesariamente tengo que retroceder las agujas del tiempo y veamos porque...Los años que corrieron en el decenio de 1948 a 1958, encierran algunas particularidades, que no me es posible dejarlas al margen de estos testimonios del pasado.

Recién regresado de México a finales de 1948, después de asistir como delegado a la conferencia mundial de altas frecuencias, Radio Atlántida era muy visitada por decenas de jóvenes de ambos sexos que acudían a presenciar los programas vivos, o bien que participaban en ellos como actores o presentadores. Dentro de esos grupos de simpáticas y atractivas damitas, conocí a alguien que se cruzó en mi camino. Me impresionó gratamente a primera vista, y desempeñaría un rol muy trascendente por el resto de mi vida, pero que hizo tambalear mi estabilidad matrimonial. De cabellos rubios, blanca, ojos claros, talle elegante y gracioso, de unos 17 años, hermosos atributos que resumían una personalidad de mucha ternura, romántica, dulce y amable: se llamaba Rosa María Juárez, y los dos caímos en los abismos de lo insospechado. Nos hicimos muy amigos y Cupido nos incendió la llama del amor, pese a que yo era casado y que ella tenía un compromiso formal de matrimonio.

Me encontré de pronto en un callejón sin salida. No podía abandonar a Ana María porque la quería mucho, y existía un intenso pasado que nos unía. Además ya había

familia pequeña, y a Rosa María tenía que responderle con caballerosidad, porque estaba esperando un hijo mío, que a la postre no fue varón sino una linda hija, a quien reconocí y le di mi apellido. Las cosas se complicaron dramáticamente. Un medio día saliendo de la radio, cuando Rosa María pasaba por la fase intermedia de su embarazo, fue víctima de un intenso acceso de tos que le provocó vómitos hemorrágicos, que lo vi como un mal presagio, y una inmensa preocupación me invadió. La subí velozmente al carro y la llevé de urgencia a la clínica de los doctores Coronado Iturbide en la avenida Elena, que después de los exámenes clínicos ordenaron su inmediato internamiento en el hospital San Vicente. Pasamos a su casa para darle aviso a su mamá de lo que estaba ocurriendo, y sin pérdida de tiempo volamos en el carro al centro hospitalario con una nota del médico para que la recibieran. La mamá de Rosa María fue doña Concha Toledo de Juárez, distinguida dama a quien siempre aprecié en alto grado, por su comprensión, don de gentes y claro discernimiento. Pertenecía a una respetable familia quetzalteca, y desde joven se radicó en la capital formando un honorable hogar de numerosa familia.

El diagnóstico del laboratorio reveló un fulminante caso de "hemoptisis aguda", y a eso se debió los dos accesos de expectoración de sangre que tuvo antes de ser hospitalizada. No encuentro las palabras adecuadas que reflejen mi estado de ánimo en esos momentos, ni tampoco encuentro explicación alguna de la penosa enfermedad que inesperadamente había atacado a Rosa María, cuando gozaba de muy buena salud, y su constitución física era excelente. Pero lo cierto del caso es que había que hacerle frente a la aflictiva situación, en la que nos encontrábamos involucrados los dos. Para fortuna mía y de ella, desde la oficina de ingreso tropezamos con médicos amigos, que nos brindaron bondadosas palabras de aliento, y su interés por darle un tratamiento muy especial con las mejores

consideraciones posibles. Recuerdo en particular al doctor Hermán Vals, director del hospital, a mi fino y estimable amigo Alberto Enríquez, y al encargado de la oficina, Chepe Mérida, que Ana María me lo había presentado en una de mis temporadas en Xela.

Sin tomar precauciones, sin ponerme la obligada mascarilla, la acompañé hasta internarnos en el pabellón de mujeres, donde fuimos recibidos por cientos de gargantas que tosían al unísono, como un macabro concierto de voces femeninas, desde niñas de corta edad hasta ancianas de avanzada edad de todos los estratos sociales. Serían las nueve y media de la noche cuando abandoné el sombrío hospital San Vicente, en aquel fatídico día de mediados de septiembre de 1949. Cobijado por las sombras de la noche, detuve el carro en la primera botica que encontré, para comprar una garrafa de alcohol etílico, virtualmente bañándome las manos, la cabeza, la cara y hasta mi traje con el poderoso desinfectante. Y es que la tuberculosis pulmonar, es una de las enfermedades más infecciosa y contagiosa existentes, por el temible bacilo de Koch, y su evolución es sumamente variable según el estado de resistencia del paciente. En el caso de Rosa María, por la excelente salud de que había gozado antes de su enfermedad, constituía un buen indicio de que la superaría satisfactoriamente, además estaban de por medio los avances de la ciencia médica particularmente con los antibióticos.

Llegué por fin al apartamento de ciudad vieja, después de un agitado día lleno de sobresaltos y tensiones, y esa misma noche jugándome el todo por el todo, y poniendo en inminente peligro mi vida matrimonial, le referí a mi esposa Ana María, los pormenores de los episodios vividos por mí aquel trágico día. Ella ya tenía conocimiento de mis relaciones con Rosa María, e incluso que estaba esperando un hijo mío. Pero en honor a los lazos de amor que nos unían, la situación fue superada en gran medida, gracias a su comprensión y sentido común.

Hablamos que mi caso no era único en el mundo, ni el primero ni el último, de suerte que con una serie de consideraciones ligadas a nuestra condición humana, abundante en fragilidades y defectos, llegamos a la conclusión de que no habría ni separación ni divorcio debido a mi infidelidad conyugal. Al contrario, me ofreció que por sentimientos humanitarios, la visitaría para mitigar en algo su angustiosa y lamentable situación.

Ana María trabajaba en aquel entonces como secretaria del recién estrenado Instituto de Antropología e Historia, siendo el director el recordado amigo Hugo Cerezo Dardón, y destinó los días jueves por la tarde para efectuar sus visitas al hospital San Vicente, permisos a que accedió el licenciado Cerezo por su carácter generoso y humanitario.

A Rosa María la veía diariamente, y en algunas ocasiones el médico de turno, se comunicaba conmigo ya entrada la noche, porque ella quería verme, y entonces tomaba camino para el San Vicente. Me explicaban los especialistas, que la tuberculosis vuelve al paciente sumamente sensitivo, impresionable y susceptible, y prodigándole de parte de sus seres queridos, solícitas atenciones, y rodeándole de cariño y manifestaciones de optimismo y aliento, coadyuva a su recuperación, a la par de un esmerado tratamiento médico.

Eran las seis y media de una tarde nublada y lluviosa, cuando penetré al hospital. En el largo y angosto pasillo que comunicaba con el pabellón de mujeres, me sorprendió el funerario chisporroteo de velas, y los cantos lánguidos de los enfermos, que más bien parecían figuras cadavéricas de ojos hundidos y ojerosos, que asistían al entierro de un enfermo fallecido, y lo acompañaban a su última morada. Escenas como ésta se daban todos los días y a cualquier hora. Corrí en busca de Rosa María, y di gracias a Dios de que no era ella la fallecida. Pero me impresionó lo que me contó, porque se

trataba de una joven señora de apellido Passarelli, que me había presentado la noche anterior, en que aparentemente se encontraba estable y en vías de recuperación. Pero esa enfermedad es así, traicionera y cruel, la muerte puede sorprender al enfermo en cualquier momento, como si se tratara de una muerte súbita o repentina.

Pasaron los días, las semanas y algunos meses, y Rosa María dio a luz a una linda niña, que felizmente vino al mundo completamente sana y robusta, pero fue separada inmediatamente de ella, y entregada a su abuelita para su cuidado hasta que la mamá sanara completamente, lo que ocurrió pocos días después del dichoso alumbramiento.

Acudí al registro civil de la capital, y luego de llenar los trámites legales la reconocí como mi hija, le di mi apellido y quedó inscrita como María Doricia Salazar Juárez. A Rosa María le dieron de alta a los diez meses de haber ingresado al hospital San Vicente. No tuvo ninguna recaída, salió completamente curada, y jamás tuvo ningún indicio de que se repitiera la enfermedad. Al poco tiempo se casó y formó un honorable hogar, y ha sido feliz rodeada del cariño de sus numerosos hijos.

### **De Radio "Atlántida" a la Revista "Actualidades".**

Cuando surgieron nuevas radiodifusoras a partir de 1949, las empresas que ya estaban establecidas, como Radio Atlántida, comenzaron a resentirse en sus ingresos financieros, porque la competencia redujo los precios de las tarifas comerciales, y en consecuencia los patrocinadores también nos redujeron el valor de los contratos hasta en un cincuenta por ciento. Se llegó al colmo de que hubo nuevas estaciones que prestaban gratuitamente sus servicios publicitarios al comercio y a la industria.

Antes de exponerme a un colapso, como ocurrió con el Continente de La Atlántida, que desapareció en las profundidades del Mar Mediterráneo, cerca de Gibraltar, tomé la determinación de liquidar el negocio que había sido rentable, pero ante una competencia desleal y sin escrúpulos, la quiebra estaba indudablemente a la vuelta de la esquina.

Buenos amigos me entusiasmaron, o mejor dicho me embrocaron, a constituir una nueva sociedad para el funcionamiento y explotación de una nueva radiodifusora, que se le denominó "La Voz del Mundo", instalando sus estudios en el segundo piso del almacén Paiz de la novena calle y novena avenida, con la entusiasta acogida del recordado don Carlos Paiz Ayala, siempre inquieto a toda manifestación artística y cultural.

Mi participación consistió en aportar las frecuencias de Radio Atlántida, ya que la denominación de la empresa podía cambiarse, no así las frecuencias ni el nombre del concesionario. Esta sociedad quedó integrada por Manuel González, Oscar Conde, Humberto Andrino y yo. Esta vez Manuel se convirtió en mi socio, y se hallaba en el mismo caso mío, vendió La Voz de las Américas e invirtió en la nueva empresa, pero lo simpático del caso es que tanto a él como a mí, nos quedaba a la medida el viejo dicho popular de "desvestir un santo para vestir otro", porque de todas maneras la competencia desleal continuaría, y el nuevo negocio estaba condenado a la banca rota.

Es muy natural que como socio accionista, nunca percibiría alguna utilidad de una empresa que no tenía ninguna perspectiva de éxito. Además yo estaba acostumbrado a tomar iniciativas y formular proyectos que se realizaran de acuerdo con mi criterio, y en este caso me encontraba atado de pies y manos. Para encontrar una salida a mi situación, propuse a mis socios que compraran mis acciones, lo que se aceptó sin mayor discusión. Se me

hizo entrega de un automóvil Oldsmovil, en buen estado, casi nuevo, convertible, color beige, de dos puertas, cuyo único propietario había sido Enrique Claverie, que lo compró en El Salvador. Juntamente con el carro se me hizo entrega de una cantidad de dinero que no recuerdo bien, pero creo que fue alrededor de cinco mil quinientos quetzales.

Viéndome liberado de los embrollos en que me había metido, esa noche celebramos con Ana María el feliz acontecimiento, cenando en el Granada y enseguida bailando en el Ciro, hasta cuando el canto de los gallos se percibía en la lejanía.

Al día siguiente puse manos a la obra de otro proyecto, que me había entusiasmado por mucho tiempo, editar una revista que le puse por nombre "Actualidades", que comenzó a circular a mediados de 1950. Mi papá me facilitó un local en el bufete de abogados que estaba situado en la cuarta avenida y décima calle, además de escritorios, un bonito amueblado de oficina, máquinas de escribir, un archivo y teléfono.

La publicación fue registrada como correspondencia de 2ª clase, en la subdirección de correos de Guatemala bajo el número 764, publicada mensualmente, e impresa en la Unión Tipográfica, de la firma Muñoz Plaza, Casa Editora del diario "El Imparcial". La dirección de la revista era esta: 4ª avenida sur número 20, apartado postal 531, teléfono 9513. El precio de suscripción se fijó así: número suelto 15 centavos, suscripción trimestral 40 centavos, semestral 90, y anual 1.80.

La revista Actualidades me dejó muy gratas satisfacciones. Conté con un personal excelente de magníficos colaboradores, recordando entre ellos a Otto Walter House, en la administración, a Miguel Angel Cospín, deportes, a "La Dama de los ojos grises", en la sección social y femenina, Héctor M. Sierra, en tópicos agrícolas, Octavio Paiz, en la sección de teatro, y en la



fotografía al querido hombre de la cámara "El Canche Serra", que tenía su estudio fotográfico en la sexta avenida y décima calle. Los agentes departamentales se encargaban de la distribución de la revista, en los siguientes lugares: Coatepeque Domingo Franco, librería Norte, en Cobán la señorita Graciela Fuentes, librería Cultura, El Progreso Gilberto Morales, Lívingston José R. Calix, Chiquimula señorita Marta Julia Alarcón, Quetzaltenango Francisco Pineda librería Cultura, y Pochuta Fortunato Ríos.

Desempolvando papeles de mi viejo archivo, cae en mis manos ya añejada por los años, un ejemplar de Actualidades correspondiente al mes de diciembre de 1950, y en la sección "Panorama nacional", leo entre otras estas noticias: "Elecciones presidenciales: Arbenz, presidente electo. Dentro de un ambiente de ejemplar civismo del pueblo guatemalteco, se realizaron las elecciones para presidente de la república para el período constitucional 1951-57, durante los días 10, 11 y 12 de noviembre". Agrega la nota informativa que cerca de 700,000 ciudadanos se inscribieron, pero a las urnas únicamente concurrieron 400,000 mil, siendo los candidatos contendientes los siguientes: teniente coronel Jacobo Arbenz, profesor Alejandro Valdizán Chávez, licenciado Arcadio Chévez, licenciado Jorge García Granados, licenciado Manuel Galich, doctor Víctor Manuel Giordani, general Miguel Ydígoras Fuentes, licenciado Clemente Marroquín Rojas, ingeniero Manuel María Herrera y coronel Miguel Ángel Mendoza.

Por considerarlo de interés para el lector, echemos un vistazo a lo más sobresaliente que se publicó en la revista del mes y del año anotados al principio. De la entrevista que "la Dama de los ojos grises", le hizo a la poetisa Magdalena Spínola, reproduzco estos párrafos: "En 1927 me descubrí como poetisa, entonces escribí mis primeros versos. A los dos años que, reverses de la política

obligaron a Efraín, mi esposo, a salir fuera de Guatemala, cesó mi obra aquí. Fui en seguimiento de él, acompañada de mis dos pequeños hijos. Regresamos en 1931. A los pocos años sufrí la tragedia más grande de mi vida: fue fusilado Efraín. Desde entonces mi sensibilidad, espoleada por el dolor, se ha manifestado al desnudo. Después de un período de tres años, exenta de valor literario, volví a escribir prosas y versos que han sido publicados. La obra literaria de insignes mujeres, por falta de investigación es casi desconocida" - apunta Magdalena Spínola en la entrevista - y luego continúa: "Su apareamiento se remonta al siglo XVII, despuntando con Sor Juana de Maldonado y Paz, que escribió versos magníficos, naturalmente todos de carácter místico. A continuación, tenemos a Pepita García Granados, que aunque nacida en España se trasladó siendo muy niña a Guatemala. Su talla lírica es robusta e ingeniosa. Cultivaba el género erótico y en algunos poemas manifiesta una hondísima ternura. Luego Jesús Laparra, de temperamento místico. Rubén Darío la habría colocado entre "Los Raros", por su doble tribulación de dolor y pobreza, que orientó su ansia hacia las cosas divinas. Vicenta Laparra, fue otra insigne poetisa. Se entregó de lleno a nutrir su espíritu y a cultivar su inteligencia mediante la lectura y la meditación, cuando un ataque de parálisis, la obligó a permanecer en constante reclusión, durante diez años consecutivos. Escribió versos románticos y por eso fue denominada "la poetisa cautiva". Fue además dramaturga, periodista y novelista..."

En una de las páginas de "Actualidades", aparece una entrevista con Paco Pérez. Quiero destacar los puntos más salientes. "Nos cuenta que en compañía de Manolo Rosales y José Luis Álvarez, formaron un trío que cosechó bastantes éxitos, orientados por el compositor quetzalteco doctor José Pacheco Molina, que dio la nota principal en la inauguración de La Voz de Quetzaltenango en 1937. "Luna de Xelajú" fue compuesta en 1940, y en el

primer concurso en que participó obtuvo el tercer lugar. Sin embargo meses después en un nuevo concurso promovido por Roberto Jordán, en el teatro Palace, ocupó el primer puesto, comenzando a partir de entonces su ascendente popularidad. En la composición de la letra, colaboró el poeta Raúl de León". En el campo humorístico, Paco Pérez caracterizó al personaje cómico "Ciriaco Cintura", que fue creado por él siendo el autor de los "sketchs", sobresaliendo con sus ocurrencias humorísticas, en la primera película nacional "El Sombrerón". Cuando me despedí de Paco me dijo: "Ojalá que el público no juzgue los defectos que pueda tener esa película, sino el esfuerzo y el empeño que en ella se puso". Un apretón de mano selló la entrevista, y en el camino fui tarareando "luna gardenia de plata, que en mi serenata se vuelve canción"...

A propósito de la película "El Sombrerón", fue la primera cinta cinematográfica que se filmó en Guatemala, que recoge escenas de nuestro rico folclor, de sus costumbres y tradiciones, y su elenco artístico y sus recursos técnicos fueron exclusivamente nacionales. En un ambiente hermosamente campestre de costumbres chapinas, con modismos criollos y música nacional, se desarrolla la acción de la película, en la finca El Pilar, cuyo propietario don Ramón -escenificado por Guillermo Andreu-, escucha asombrado una leyenda que le relata el cura del pueblo, el padre Juan -Julio Urruela-, ocurrida treinta años atrás, cuando "El Sombrerón" que era un ser extraño, siniestro, que infundía pánico en su deambular por el pueblo y la finca, había existido allá por el año de 1845. La nómina de los artistas que participaron sucesivamente en la filmación, fue la siguiente: *Dorian*, Antonio Almorza, *Ciriaco*, Paco Pérez, *Ramón*, Guillermo Andréu, *Rosalía*, Sally Polantinos, *Ernesto*, Mario Mendoza, *Padre Juan*, Julio Urruela, *Pantaleón*, Armando Moreno, *Chema*, Germán Bayer, *El Sombrerón*, Octavio

Paiz, *Lipa*, María Luisa Aragón, *Chabela*, Virginia Aguirre, *Santiago*, Luis Rivera, *Eusebio*, Carlos Talavera, *Chon*, María Luisa de Andréu, *cancioneros* Trio Quetzal, Trío Melódico y los Latinos. El papel del *Cura Miguel* corrió por cuenta del Chato Monterroso, y el *jefe de ronda* Rufino Amézquita y comparsas.

El rodaje de esta película estuvo en manos de Guillermo Andréu, como director de escena. En los departamentos fotográfico y técnico de filmación, se desarrollaron Guayo Fleischman, como "Cameraman", el Canche Serra en fotografía, y en la supervisión de sonido Salvador Falla, y el especialista Justo Gavarrete.

En la sección deportiva de Actualidades, veamos que escribía Miguel Angel Cospín hace cincuenta años. (Miguel Angel fue encargado de la sección deportiva de "El Imparcial"). "La nota sobresaliente, del panorama deportivo guatemalteco de las últimas semanas, ha sido sin duda alguna, el triunfo internacional conquistado por el golf chapín, al lograr por tercera vez el título de campeón de Centro América y Panamá en el último torneo jugado recientemente en Tegucigalpa, Honduras. Ratificó en esta oportunidad su clase de campeón centroamericano, el jugador Hilario Polo, quien fue el punto alto del team guatemalteco, haciéndose acreedor a dos trofeos y a la calificación individual más alta del certamen". Beisbol mundial. "Menos afortunada ha sido hasta el momento, la participación de nuestro beisbol en la XI serie mundial que se juega actualmente en Nicaragua, aunque tiene en su descargo una valiosa victoria frente al team de Costa Rica"...Día del cronista deportivo. "Mucha animación tuvo la celebración deportiva del día del periodista que anualmente se celebra con la colaboración de las distintas federaciones". Ciclismo mundial. "También nuestro ciclismo está sufriendo una prueba de fuego, al participar en una gran competencia mundial, como es la II vuelta a la república de México...Nuestro máximo rutero, Mario

Alvarenga, al cerrar la presente edición, había conquistado un honroso octavo lugar en la primera etapa"...en la página 26 de la sección "el deporte al día", aparece una fotografía de Jack Robinson, serpentintero de los Dodgers, y también la nota que dice: "acaba de finalizar una nueva serie internacional de fútbol contra equipos llamados colombianos, pero que en realidad sus jugadores son en su mayoría de nacionalidad argentina, paraguaya, peruana, vale decir, de países en que se practica un fútbol técnicamente muy superior al nuestro"... En su sección deportiva, Cospín publica una foto a toda página con este pie de grabado: "Deportivo Cali, uno de los mejores cuadros de fut que nos han visitado últimamente, y que dejara muchas enseñanzas a nuestros futbolistas. Compuesto por estrellas argentinas, nos dieron brillantes exhibiciones que tanto gustaron a los aficionados. Ojalá que puedan aprovecharse los beneficios de su actuación en Guatemala." Al cerrar sus notas, informa que a escasos meses de los primeros juegos panamericanos, que se llevarán a cabo en Buenos Aires, en los primeros meses de 1951, el júbilo con que se recibió en los círculos deportivos la aceptación por parte del gobierno la invitación de la federación argentina, ha ido disminuyendo, al observar el poco o ningún interés que los personeros del gobierno manifiestan, y sobre quienes recae dicha responsabilidad".

En otra de las secciones, en la página 18, se publica un reportaje de la redacción de la revista, que dice: "María Félix, la joya más preciada de la cinematografía latina". Entre otros párrafos aparece el siguiente: "nació en la pequeña ciudad de Alamos, estado de Sonora...cuando tenía tres años de edad fue llevada a Guadalajara a vivir con su familia...se casó a los 14 años, teniendo después un hijo, Enrique Alvarez, que actualmente cuenta 14 años de edad y quien estudia en Toronto, Canadá...su primer matrimonio fue desdichado, divorciándose a los tres años

y pasando a vivir a México para rehacer su vida. Ocasionalmente en la avenida Madero se encontró un cierto día con el productor y director de cine Fernando Palacio, el que le ofreció una prueba, e inmediatamente fue escogida para el papel estelar femenino de la película "El peñón de las ánimas", al lado de Jorge Negrete"...

En su sección de teatro, Octavio Paiz, se refiere entre otros espectáculos a la obra de Manuel Galich, "Ida y Vuelta", y dice: "Salimos encantados del teatro Palace, lugar donde subió a escena esta obra. La presentación fue impecable desde el punto de vista técnico, ya que el decorado, vestuario y amueblado estuvieron presentados con toda propiedad. Comenta que Carlos Mencos que tuvo el rol principal, o sea Pepe Batres Montúfar, le hubiera puesto un poco mas de fuego a su actuación. En cuanto a Pepita García Granados, encarnada por Norma Padilla, en cuanto salga de la manera colegial de sus actuaciones, será sin duda una de las primeras figuras del teatro de Guatemala. Plausible -dice Octavio Paiz-, las actuaciones de Germán Bayer, Gilberto Zea, Rufino Amézquita y Luis Rivera. En su sección envía sus parabienes a los dramaturgos Miguel Marsicóvétere y Durán y a don Carlos Rodríguez Cerna, sostenedores de esa sagrada llama del arte: el teatro.

Finalmente en "Actualidades" aparece la entrevista que le hice al trío Los Panchos, en el "San Carlos Gran Hotel", en oportunidad de su visita a Guatemala, en los calurosos días de la primavera de 1950. Conservo una foto, en la que aparezco con ellos en la sala del hotel San Carlos, que estaba en la octava avenida y novena calle, enfrente de la casa que ocupó por muchos años "El Imparcial" y la Unión Tipográfica, impresora de mi revista. Alfredo Gil fue la primera voz del famoso trío, que descendía de una familia de grandes artistas, los hermanos Martínez Gil, y me contó que el nombre "Los Panchos" no tenía ningún significado en especial, lo

adoptaron por su fácil memorización en los países latinos. Hernando Avilés, "el güero", fue la segunda voz, que años después al desintegrarse el grupo, formó otro trío denominado "Los Tres Reyes", que tuve la oportunidad de presentarlos en los micrófonos de la TGQ en gira artística que incluyó Quetzaltenango. Pero el alma e iniciador de este famoso Trío fue el puertorriqueño Chucho Navarro, pero los tres compaginaron con tal perfección sus voces, que al poco tiempo de haberse iniciado en Nueva York, el triunfo les esperaba a la vuelta de la esquina, con sus recordadas canciones como Rayito de Luna, Sin Ti, Sin un Amor, Dos Copas Mas, Reloj, La Barca, y muchas recordadas canciones que se han mantenido vigentes, a través de los grupos sucesores de Los Panchos originales. Al finalizar la conversación en el hotel, varios huéspedes se acercaron, y a solicitud suya, interpretaron una de sus mas hermosas composiciones, la conocida canción "Amor ya no me quieras tanto". Les expresé mis mejores deseos por el éxito del recital, que darían esa noche en el teatro Capitol.

Los estados de sitio o suspensión de las garantías, que se sucedían con demasiada frecuencia durante el gobierno de Arévalo, alcanzaron y golpearon duramente no solo a la revista Actualidades, sino a otros órganos de prensa, como el diario La Hora, que fue cerrado en mas de una oportunidad. Y en mi caso el bonachón de don Rigo, jefe de talleres de la Unión Tipográfica, no podía dar la orden de impresión, sin una orden del ministerio de la defensa, en tanto yo perdía un tiempo precioso en las oficinas de los militares, mientras se entretenían en suprimir cuanto escrito se les antojaba, sustituyéndolo con un sello que decía "censurado". Esto me provocó una debacle que me estaba afectando económicamente, por lo que me vi obligado a clausurar la publicación antes de verme "en trapos de cucaracha". En otros días fue en Radio Atlántida con los haraganes censores que tanto me

perjudicaron en mi presupuesto, y ahora en Actualidades "la censura" que dio al traste con mi publicación que por tan buen camino estaba ya circulando. Ya veremos a que otra aventura quijotesca me meto. No se me olvida que por esos días, el maestro Miguel Angel Sandoval, que había sido director de La Voz de Guatemala, y el coordinador de la "hora nacional", denominada "Guatemala en marcha", organizó unos conciertos de ópera en el Teatro Capitol, trayendo al país a famosos cantantes de la ópera de Nueva York. Pero da la casualidad, que el estado de sitio había sido decretado a las seis de la tarde del día del debut de la compañía, que se realizaría a las nueve de la noche. Obviamente los conciertos ya no se realizaron, y las perdidas para el fueron cuantiosas. Conocí bastante al maestro Sandoval, porque yo figuraba como representante de las emisoras particulares, para supervisar "la hora nacional", juntamente con el recordado amigo Guillermo Lorenz, como representante de la emisora nacional. El maestro Sandoval coordinaba y dirigía la orquesta que acompañaba a los artistas.

### **Con Eunice Lima me unió una amistad cordial y sincera. La sentida muerte de un gran poeta: Víctor Villagrán Amaya**

A las diez menos cuarto de la noche finalizaba el programa "Serenata", que diariamente transmitía Eunice Lima en La Voz de Quetzaltenango. Como un sublime regalo al espíritu, estas gustadas audiciones formaban un desfile de seleccionadas poesías, matizadas con fondos y cortinas musicales, que ambientaban el carácter cultural y artístico de los programas. A esa hora y cuando el tema musical "Claro de Luna", de Debussi, anunciaba el final de la gustada audición, detenía mi automóvil en la puerta

de la emisora, y aún no se habían desvanecido las notas del hermoso tema musical, cuando mi gentil amiga tomaba en sus manos el volante del carro. Nos internábamos en alguna carretera de la costa sur, o del occidente. La música del receptor del carro, servía de



Eunice Lima

fondos musicales a los versos que Eunice declamaba. Y en algunos casos, era la fuerte lluvia que nos envolvía, la que sustituía a la romántica música del receptor. Eunice frisaba en los 19 o 20 años primaverales de su vida, cursaba el tercer año de derecho. Regresábamos del paseo nocturno antes de la media noche, y en más de alguna oportunidad, me invitó a la sala de su casa en la calle

de San Nicolás, a empinarnos una buena copa de cognac.

Conversábamos sabrosamente sobre diferentes tópicos. Me hablaba de sus juveniles aventuras amorosas, pero jamás caíamos en los abismos de la intimidad mundana. Me embelesaba el timbre de su voz, de entonación baja y reposada, que adquiriría matices inconfundibles en sus declamaciones poéticas, que dibujaban su brillante imaginación, su sensibilidad

exquisita, su clara inteligencia, su carácter alegre, despreocupado y liberal.

Esto que voy a relatar está íntimamente ligado a Eunice. Corrían los primeros días del mes de septiembre de 1952. Se aproximaba la feria "La Independencia" de Quetzaltenango. Había expectación por las plicas aun cerradas del Certamen Centroamericano de los "Juegos Florales", que constituye uno de los eventos culturales de mayor relieve, a la vez de exaltación a los valores intelectuales, que se realiza como una tradición en el Teatro Municipal, en la víspera de la inauguración de la feria. Ese año triunfó con el primer premio en la rama de verso, el poeta quetzalteco Víctor Villagrán Amaya, correspondiéndole la potestad de elegir a la Reina de los Juegos Florales, de acuerdo con los estatutos del certamen. Su decisión no pudo ser más acertada, al nominar a Eunice Lima para tan honroso cargo. Pero ocurrió algo gratamente increíble: está reglamentado que después de que la Junta Directiva le otorga el premio, la reina tiene que darle un beso en la frente o en la mejilla. Pero Eunice el beso no se lo dio en la mejilla ni en la frente, sino en la boca del poeta. El audaz beso de su Majestad Eunice Primera, arrancó una frenética ovación del público, que aprobó el singular gesto de la hermosa, atrevida, y graciosa soberana.

Víctor Villagrán, fue una persona muy admirada y querida por quienes tuvimos la suerte de conocerlo y tratarlo. Eunice me lo presentó. Su despierta inteligencia, sus cualidades humanas de gran caballero, su sensibilidad y su sencillez personal, amén de su espíritu de servicio a los demás, fueron cualidades que lo acompañaron de por vida. Sobresalió como un valiente soldado, luchando hombro a hombro por la causa democrática en la fuerza aérea francesa en la segunda guerra mundial, haciéndose acreedor a honrosas distinciones como La Cruz de Mérito Militar por sus acciones en el frente de batalla. Lo conocí,

lo traté bastante. Por eso lo que a continuación voy a relatar al lector, me llena de inmenso dolor, y vienen a mi mente esos momentos de pena y angustia como si hubieran sucedido ayer.

Serían las nueve y media de una mañana primaveral del mes de abril, cuando volaba el año de 1953. Yo estaba convaleciendo de un fuerte resfrío en mi dormitorio de la casona solariega de la 14 avenida de Quetzaltenango, cuando la doméstica me informó que me buscaba don Víctor Villagrán con unos libros que deseaba ofrecermé. Le indiqué que le dijera a don Víctor, que estaría con él en su casa, cuando aparecieran las primeras sombras de la noche. Efectivamente llegué. Pero en forma muy diferente a como era mi deseo. Porque a las siete y media de la noche recibí una llamada telefónica de Eunice, comunicándome que Víctor acababa de fallecer de un fulminante paro del corazón. La noticia me dejó paralizado, no la creía, me parecía inverosímil. Eunice estaba igual que yo, y le dije que en ese momento pasaba a recogerla para estar en la casa de Víctor lo antes posible.

Cuando llegamos el féretro ya estaba en la sala, y nuestra presencia allí no tenía ningún objeto, por eso nos dirigimos a la oficina del querido amigo fallecido, y redactamos un panegírico que Eunice pronunciaría en el cementerio a la hora de la inhumación. Al día siguiente a las diez de la mañana pasé por ella, formamos parte de la caravana de automóviles de amigos, simpatizantes y una muchedumbre a pie, que asistió al entierro para dar el último adiós al querido poeta laureado. Por supuesto que Eunice no leyó el papel que contenía el trabajo que habíamos redactado. Improvisó una sentida pieza oratoria, de profunda penetración y gran fuerza emocional. Acariciando el féretro con sus dos manos, con increíble serenidad y exquisita elocuencia, pero con el corazón destrozado, hizo un esbozo a grandes rasgos de las virtudes personales, de los méritos y atributos que

adornaron en vida, al insigne poeta fallecido. Pasó bastante tiempo sin que pudiera reponerme de tan infausto acontecimiento, y lo mismo le ocurrió a Eunice, pero al correr de los días teníamos que afrontar la realidad y reincorporarnos a nuestra vida cotidiana.

Otros recuerdos de aquella época, fue cuando colaboré en algunos medios informativos escritos, como "Correo de Occidente", que dirigía José Alfredo Palmieri, (mas bien conocido como JAP). En "Diario de Quetzaltenango", de Hernán Hurtado Aguilar; y "Siete Fechas", de Rafael Escobar Arguello. Tengo presente a doña Elsa de Barrios, con su semanario "Proa", en el que publiqué una entrevista que le hice al general Ydígoras, en la casa de don Mito Castillo, en la tercera avenida sur, sede social del partido Redención, cuando se promovía su candidatura presidencial. En esa oportunidad me aseguró que por su edad, él constituía la mejor opción como candidato, ya que los presidentes jóvenes estaban tentados por las ambiciones de riquezas, honores y mujeres, y que el en cambio, ya estaba exento de esas inquietudes mundanas. Por otro lado no tenía problemas de familiares que interfirieran en la política, porque su hijo Miguelito vivía muy bien con su esposa y sus hijos en Colombia, y Carmencita casada con un ciudadano inglés Ian Mun, vivían en Londres muy felices, de manera que al producirse su triunfo presidencial, ninguno de los dos estaban pensando en venir a Guatemala.

En gran medida, lo que me dijo Ydígoras en la entrevista para el semanario "Proa", influyó en mi ánimo para trabajar por su triunfo. En su gobierno ocupé buena posición política, pero fue por poco tiempo, porque pronto me decepcionó su forma de gobernar, sus ofrecimientos de campaña incumplidos, como aquello de la mano de hierro inoxidable para poner orden en el país, que fue su caballito de batalla, y que jamás la mentada mano se asomó por ningún rincón. Guatemala cayó entonces en

una virtual anarquía. Los sueldos de los empleados públicos se encontraban atrasados. A los camineros se llegó a deberles hasta cinco semanas, y el país cada día se precipitaba a una debacle. Jamás imaginé que ya sentado en la codiciada Silla, la realidad iba a ser muy diferente. Miguelito se convirtió en el poder detrás del trono, don Ian enredado en escandalosos negocios, y el presidente bailando la cuerda floja. Pero yo me pregunto ¿Qué candidato no le ha ofrecido al pueblo el oro y el moro, y ya sentado en la silla, le vienen flojos sus ofrecimientos?. Y ese fenómeno político no solo ocurre aquí, sino en todos los países del planeta tierra, pero con mayor énfasis en la América Latina, particularmente en Guatemala.

Retomemos el capítulo que comenzamos, cuando Ydígoras asumió el poder a principios de 1958. Tan pronto ocupó la presidencia, en la Casa Crema de la cuarta avenida, frente al Hotel Palace, el pastel comenzó a repartirse entre los principales comensales, y como siempre ocurre con el triunfo del candidato, los que mas lucharon y expusieron su vida, reciben lo que se conoce como la ley de la patada histórica, o bien se conforman con los premios de consolación de la piñata. Son los de última hora conocidos como "paracaidistas", los que se llevan la mejor tajada del pastel. Yo tuve buen cuidado de que esto no sucediera en nuestro caso. Por eso con la debida anticipación y ante mi insistencia, Ydígoras firmó sin mayores reparos los nombramientos de los correligionarios propuestos por mí, para los principales cargos de la administración pública en Quetzaltenango. De esa cuenta mis recomendados asumieron los puestos en la administración de rentas, dirección del hospital, registro de la propiedad inmueble, telégrafos y correos, y todos los demás empleos a nivel de jefatura.

El cargo asignado para mí, a propuesta de la junta directiva del partido, encabezada por mi fino amigo Jorge Luis Zelaya Coronado, fue la sub secretaría de

comunicaciones, así figuraba mi nombre en la nómina del penúltimo gabinete, pero en la madrugada de la toma de posesión se le dio vuelta, y yo me quedé con un palmo en la nariz. Pero como estábamos atravesando el alegre momento del reparto de los dulces de la piñata, Ydígoras me preguntó que puesto quería, y yo le respondí que me diera el consulado en Barcelona, para concluir mi carrera, pero él me respondió que ese puesto lo tenía comprometido con los militares que le habían ayudado a botar al gobierno. Que me necesitaba en Quetzaltenango, y que ya había firmado mi nombramiento como director de la radio nacional. Sabiendo que el salario no me halagaba, había ordenado que se me fijara un sueldo adicional por la conducción del partido. Acepté porque con quinientos quetzales si cubriría mis gastos.

Deseo trasladar a mis lectores, algunos recuerdos que conservo de mi paso de dos años por la dirección de esa emisora, ya conocida por mí como bien se recordará, cuando fui locutor.

Ya me referí que al meterme de lleno a la política desmantelé el negocio de una abarrotería, y creo que hice bien porque de esa actividad yo no entendía ni jota. Quise introducir la modalidad de un mini mercado, y aunque fue novedoso no pegó, porque la gente no estaba acostumbrada al auto servicio sino al mostrador, además tenía que competir con poderosos abarroteros y tal cosa era imposible. Entonces llegué a la conclusión de que zapatero a tus zapatos, y me decidí por la política, no para ver que provecho económico sacaba de eso, sino para poner mi grano de arena y dar a Guatemala un buen gobierno, que fue el sueño acariciado por mi durante toda mi vida, sin jamás conseguirlo.

Cuando fue clausurada Radio Morse en 1951, sus equipos de transmisión, sustituyeron a los veteranos de la TGQ, que ya no daban mas de sí, después de doce años de servicio. Alentado por el alcance y nitidez de las

audiciones de la emisora, mis primeros pasos consistieron en introducir un plan de rejuvenecimiento, proyectando su acción divulgativa y cultural, en programas novedosos, ágiles, de entretenimiento e información.

Organicé cuatro servicios informativos que fueron los siguientes: Revista del Aire, con dos emisiones de treinta minutos cada una, de lunes a viernes, a la una de la tarde y a las siete de la noche.

Este noticiero por sus enfoques objetivos, redacción clara y sencilla, por sus editoriales y comentarios dinámicos, reflejando la diaria realidad del acontecer político, social y económico del país, se abrió fácilmente paso en el auditorio, contando al poco tiempo con millares de oyentes no solo en la cabecera, sino también en el sur occidente del país. La dirección corría por cuenta de Alfredo Vernal, (o sea mi seudónimo), la



El autor, cuando fue Director de la Voz de Quetzaltenango, en una sesión de trabajo

locución la tuvo a su cargo, inicialmente José Luis Barrascout, y después Enrique Toralla. Los reporteros de la emisora, entre ellos Frisli Escobar, se encargaban de la redacción de este noticiero, así como de "Últimas Noticias" que tenía una duración de cinco minutos, que se pasaba periódicamente durante el día, consistente en un boletín de noticias locales, nacionales e internacionales de última hora.

"Comentarios de actualidad", pasaba a las nueve de la noche, que reproducía las notas editoriales o artículos de la prensa nacional y extranjera, que a juicio de la dirección de la emisora, merecían su divulgación para conocimiento del público.

Por último, "Música y Noticias", en horas de la noche, con selecciones musicales solicitadas por los oyentes, con las informaciones del día de mayor importancia y las de última hora.

"La Voz de la Marimba", fue uno de los programas musicales más sintonizados por el público, a cargo de la marimba "La Voz de los Altos", dirigida por Domingo Bethancour, que incluía textos sobre costumbres y tradiciones folklóricas, incluyendo los emporios históricos de la civilización maya de mayor atracción turística. Se creo un departamento que se encargó de la producción de dichos programas, a cargo de la señorita Estela Prado.

Otro de los programas de mucha captación popular en la TGQ de aquel entonces, se denominaba "Tribuna de la Música Nacional", que se transmitía los sábados a medio día, que contaba con un club de 600 socios, que emitían sus votos por las composiciones nacionales mas gustadas. De allí en adelante se disputaban los diez primeros lugares en popularidad. Gracias al concurso y colaboración de las casas impresoras de discos de música guatemalteca, era posible el mantenimiento de la audición, siendo ellas, Ixminché, Tikal, Romendy, Columbia, Patria Nueva y Lamm. Consigno un recuerdo



de los compañeros que hacían posible la producción de esos programas, siendo ellos José Luis Barascout, Arturo Sarti y Carlos Roderico Rodríguez.

El renglón de actividades deportivas contaba con dos voceros de información y comentarios, a cargo de los cronistas Miguel Angel Rozotto y Roderico Rodríguez. El equipo de locutores la formaban Paco Trápaga, Enrique Toralla y Rudy Escobar. Las transmisiones a control remoto de los partidos de fútbol, se originaban en los estadios Mario Camposeco, Tecún Umán y Minerva.

Finalmente traigo a la memoria el programa "Buzón Internacional", dedicado a los radio oyentes del exterior los sábados en la noche. Se usaba el transmisor de onda corta TGQB en la banda de 25 metros, frecuencia de 11,700 kilociclos captado con excelente claridad y potencia en una gran mayoría de países de los cinco continentes, a juzgar por la abrumadora correspondencia que se recibía. Los espacios los llenaba música de marimba e ilustraciones turísticas en inglés y español. Guardo vivos recuerdos por quienes producían esos programas. Yolanda Alvarez y Gustavo Escobar Castillo. No puedo dejar de mencionar a otro de los integrantes del personal de la emisora, como lo fue el locutor Rodolfo Custodio, de quien conservo los mejores recuerdos.

### **El sentido deceso del Papa Juan XXIII**

Me llena de tristeza el día en que me visitó, quien había sido mi profesor en el Colegio de Infantes, don Moisés Ramírez Leiva. Volví a verlo en esos días. Me impresionó la situación deplorable que atravesaba. Estaba envejecido y descuidado en su vestir, como testimonio de su precaria situación económica. Me pareció que la vida lo había golpeado implacablemente. Me pidió dinero, y lo favorecí con lo poco que podía darle. Le dije que volviera

a buscarme, para remediar su situación, pero no volvió a visitarme. No olvido que ese día, las agencias internacionales de noticias, enviaban a cada momento despachos de última hora, sobre el estado de salud del Papa Juan XXIII, que agonizaba en la ciudad del Vaticano. A medio día un despacho de prensa desde Buenos Aires, dio la noticia de que Su Santidad había fallecido. En los avances informativos de la radio, que siguieron de cerca la gravedad del Pontífice, se dio la noticia. A los pocos minutos, dos sacerdotes en representación del Obispo de los Altos, Monseñor Luis Manresa y Formosa, con quien mantuve afectuosa relación durante el tiempo que dirigí la emisora, expresaron en los micrófonos el pesar de la Iglesia por el infausto acontecimiento. Sin embargo, momentos después, un despacho noticioso del Vaticano, desmentía la información. Hacía un llamamiento a los cristianos del mundo entero, para que oraran por la salud del Papa. En nuestros avances rectificamos la noticia. No obstante, a eso de las tres de la tarde, llegó un despacho urgente de la ciudad de México, pero dando cuenta del fallecimiento accidental del compositor y director de Orquesta Luis Arcaraz, que tan exitosamente había actuado en Radio Atlántida. Finalmente la dolorosa noticia del deceso del Papa Juan XXIII, fue transmitida a eso de las ocho de la noche, llenando de pesar a la humanidad.

La Voz de Quetzaltenango, cumplió 25 años de vida durante el tiempo que me tocó dirigirla. Por ese motivo, se publicó una pequeña revista, editada en la Tipografía Nacional, con fotografías de los artistas y el personal administrativo y de producción, así como artículos y opiniones de distinguidos escritores y periodistas, entre ellos, el doctor Javier Ralón, don Efrén Castillo, Carlos Humberto López, José Rubín Guillén (Bohemio de Xelajú, residente en Acapulco, Guerrero, México, de quien se recibían dos o tres cartas semanalmente). Gerardo Hurtado Aguilar, Frisly Escobar

y Hector Adolfo Avila, fueron otros de los escritores que colaboraron con la revista de aniversario. Nunca podré olvidar a las compañeras de trabajo, que colaboraron conmigo en cargos importantes, como Marta Beatriz Calderón, cantante y discotecaria. Así mis-mo a la secretaria de la dirección y también cantante Gloria Izaguirre. La productora Judith Herrera, a los ope-radores César Navarro, Enrique García, José Soberanis y Gonzalo Aguilar. A la encargada de relaciones Sociales Mirtala de Navarro y al conserje Gustavo Cárcamo.

### **¿Qué pasó la noche del 12 de noviembre de 1960 en Quetzaltenango? ¿Falló el atentado contra Ydígoras?**

La señorial residencia del matrimonio López Mayoral - Fleissman, atrás del Templo de San Nicolás, se convertía en la sede presidencial cuando el presidente Ydígoras llegaba a Quetzaltenango, como ocurrió el sábado 12 de noviembre de 1960.

Todos los días a las siete y media de la noche, el gobernador Mariano López Mayoral, me visitaba en la TGQ. Cuando me desocupaba, salíamos a su casa, a cambiar impresiones sobre los acontecimientos del día, y otros de menor cuantía, pero también a disfrutar de unos cuantos refrescos. Mi presencia no se interrumpía con la llegada del presidente, sino al contrario, el cambio de impresiones con él, me era de mucha utilidad en la conducción del partido, por la información que le suministraba y la aclaración, muchas veces, de malos entendidos. Ese día a la caída del sol, el presidente Ydígoras llegó a Quetzaltenango. Como de costumbre acompañado de Jorge Palmieri o de Roberto Alejos, o de los dos juntos. Esa vez fue invitado por la municipalidad, para inaugurar un telón en el escenario del Teatro Municipal, pero el presidente no llegó a la ceremonia

programada para las nueve de la noche. ¿Qué fue lo que ocurrió a última hora?. ¿Porqué no llegó a inaugurar el telón?.

Ruego al lector que ponga mucha atención en lo que a continuación voy a contarle, y después saque sus propias conclusiones.

Serían las siete y media cuando salí de mi oficina. Me detuve un momento en la puerta del edificio de la emisora, muy cerca del Coliseo. Pero confieso que me impresionó el ambiente que prevalecía en la plazuela, donde me pareció ver gente desconocida que deambulaba de un lado a otro, hablando en voz baja. No se como expresarlo, pero sentí no sé que presentimiento, que corazonada, como si algo se tramaba entre bastidores, lejos de las tramoyas, de los camarines, del escenario y del decorativo Telón de Boca, que sería inaugurado esa noche por el presidente.

Llegué a la residencia de Marianito, justo cuando Ydígoras se aprestaba a salir a una cena, en el chalet de don José Rivera, en el barrio La Democracia. Yo formaba parte de la comitiva, de suerte que nos sentamos a la mesa unas quince a veinte personas, entre hombres y bien vestidas mujeres. El presidente, que lucía un elegante traje oscuro, tenía una expresión alegre y jovial y de carácter comunicativo. Al llegar a los postres, unos quince minutos antes de las nueve, un oficial del Estado Mayor se le acercó y le dijo algo al oído. Su semblante alegre y jovial, se tornó ligeramente sombrío, y talvez afectado por la noticia, que tan confidencialmente le había dado su subalterno. A los pocos minutos se dio por terminada la cena. El presidente se puso de pie. Anunció que por sentirse indispuesto, cancelaba su compromiso de asistir a la ceremonia en el Teatro Municipal, para la inauguración del famoso telón.

Al día siguiente, insistentes timbrazos en la puerta de calle de mi casa, al lado del Colegio Teresa Martín,

obligaron a Any mi esposa a levantarse de la cama, para averiguar quien tocaba la puerta a tan temprana hora. Los primeros rayos del sol comenzaban a salir, aquel domingo 13 de noviembre de 1960. Nerviosa me dijo que el jefe de la policía me buscaba de parte del presidente Ydígoras. Me recordé que hacía bastante tiempo, un jefe de policía también me había buscado en mi casa, cuando vivía en la calle de El Calvario, pero para capturarme, por el inexistente delito de tentativa de rebelión. Pero ahora las circunstancias eran completamente distintas.

El presidente descendía del segundo piso, donde tenía su dormitorio, cuando yo entraba a la residencia del gobernador, en el preciso momento en que el jefe del estado mayor se le aproximaba para darle el parte de los graves acontecimientos que estaban sucediendo en la capital. Recuerdo muy bien que Ydígoras le dijo que primero tenía que serenarse, y luego darle el parte de las novedades. Dirigiéndose a mí, me indicó que me comunicara con todas las radiodifusoras del occidente de la república, para integrar una cadena de radio emisoras, y dar a conocer el boletín urgente, cuyos datos me daría el gobernador López Mayoral.

Con la información recibida volé a la radio, y reuní a casi todo el personal para que me ayudaran en aquella emergencia. Antes de las diez de la mañana, la cadena de radiodifusión estaba en el aire, formada por las emisoras de Quetzaltenango, Sololá, Totonicapán, San Marcos y Huehuetenango. El boletín urgente del gobierno informaba que un grupo de oficiales del Mariscal Zabala, se habían levantado en armas, con la intención de deponer al gobierno constituido, y que el presidente como comandante del ejército, había establecido su cuartel general en la base militar "Manuel Lisandro Barillas", y que desde aquí preparaba el ataque contra las fuerzas insurgentes de la capital.

A medio día el panorama comenzaba a despejarse, porque de acuerdo con las noticias recibidas de la capital, el cuartelazo había fracasado. Los oficiales descontentos habían salido hacia el oriente, y ya se encontraban en Zacapa. Con estas alentadoras noticias, Tono Batres, piloto particular del presidente, alistó "la Comander", y tanto don Miguel como doña Tere, (que por cierto le tenía pánico a los aviones), -que lo acompañó a la frustrada inauguración del famoso Telón-, partieron a la capital a las cinco de la tarde. Antes de subir al avión, don Miguel tuvo una actitud muy simpática que siempre recuerdo. Resulta que al despedirse de Ana María, y de mi, tomó en sus brazos, y llenó de caricias a mi hijo mas pequeño, de tres años, Juan Francisco, en un gesto cariñoso y paternal. Cuando el avión presidencial se perdía en el azul profundo del cielo de Quetzaltenango, no pasó por mi mente que aquel día, se había iniciado un conflicto armado de dolor y destrucción, que duraría mas de treinta años.

En los comienzos de la primavera de 1961, abandoné la dirección de La Voz de Quetzaltenango. Me retiré de la política, y partí para la capital en busca de nuevos horizontes. Mi esposa y mis pequeños hijos se reunirían conmigo, año y medio después...

## SEPTIMA PARTE.

### **Ydígoras al exilio, asume Peralta Azurdía: el golpe de estado del 30 de marzo de 1963.**

Esa mañana del domingo 31 de marzo de 1963, cuando muchos capitalinos aún dormían, y otros iban o regresaban de misa, la cadena nacional de radiodifusión, informaba al pueblo que los militares a través de un incruento golpe de estado, habían depuesto al presidente Miguel Ydígoras Fuentes.

Poco antes de las 11 de la noche del sábado 30, la Casa Crema, -residencia presidencial en la avenida la Reforma-, se encontraba virtualmente sitiada por las tropas. Tres militares de alta graduación, comunicaban al presidente Ydígoras de la decisión tomada por el alto mando de las fuerzas armadas, de separarlo del poder. Sin que opusiera resistencia, acatando su destitución, abandonó la casa crema, acompañado de su esposa doña María Teresa Laparra. En los albores del domingo 31 de marzo, el ex presidente salía por la vía aérea rumbo a Nicaragua, para trasladarse posteriormente a España.

El coronel Enrique Peralta Azurdía, ministro de la defensa, había asumido el poder como jefe de estado, dejando en suspenso la constitución y sustituyéndola por un estatuto denominado "Carta fundamental de gobierno", que garantizaba los derechos esenciales de la ciudadanía, y los principios democráticos. El congreso de la república quedó disuelto. Se canceló el funcionamiento de los partidos políticos. Se gobernaría por decretos leyes.

Al nuevo orden de cosas se le bautizó con el nombre de "Operación Honestidad", y al correr del tiempo, cuando concluyó la gestión administrativa del gobierno militar, tres años después, es justo reconocer que se hizo honor a ese emblema, ya que en esa

administración no hubo despilfarro de los fondos públicos, ni corrupción administrativa dentro o afuera del aparato estatal, ni tampoco hubo empréstitos, con el consiguiente endeudamiento interno y externo, y la obra material realizada, se hizo con los fondos asignados en el presupuesto general de gastos de la nación. La población vivió durante esos tres años, un período de tranquilidad, de seguridad ciudadana y de libertad de expresión.

Se incorporaron a la legislación guatemalteca valiosos instrumentos legales, entre ellos, el código civil y el de procedimientos civil y mercantil. En el terreno social, se instituyó el banco de los trabajadores, se dio vida a los tribunales de familia, y se promovió el salario mínimo y el aguinaldo. Al triunfar la oposición en las elecciones de 1966, que fueron limpias y transparentes, se entregó el mando dentro de estrictos lineamientos democráticos. Hay que recordar que a partir de entonces, se reanudó la violencia, la corrupción y la anarquía. Tres graves acontecimientos conmovieron a la opinión pública nacional e internacional: los asesinatos del embajador alemán, conde Von Spreiti, del agregado militar de la embajada americana, y el secuestro del cardenal Mario Casariego, Arzobispo de Guatemala. Durante este período también se reanudaron los ascensos de los militares, que habían quedado congelados desde 1944, surgiendo nuevas promociones de generales que gobernarían en los siguientes períodos.

Demos un vistazo a los titulares de los periódicos de aquel domingo 31 de marzo.

"El Imparcial": "Ejército obró con firme unanimidad y sin el menor interés de gremio. Garantizar instituciones, tal la meta, así como salvar al país del caos en que rodaba." "Impacto: Actitud que se esperaba. Postura noble y valiente. Colaboración del pueblo." "Prensa Libre: Coto al latrocinio. Concentración popular en respaldo al ejército. Peralta dijo que se pondrá coto a

los negocios turbios." "Diario de Centro América. Pronunciamiento del comité cívico de unificación nacional: Actitud tomada por el ejército era indispensable". Aparecen numerosas firmas de los integrantes del comité, entre ellas las de Jorge A. Serrano, Hector Menéndez de la Riva, Martín Prado Vélez, Carlos Samayoa Chinchilla, Federico Carbonel, José Gregorio Díaz, Jorge Barrios Solares, Adolfo Molina Orantes, Francisco Arrivillaga, y muchas personalidades más, que se habían adherido a la voluntad del pueblo, traducida en el golpe de estado. Y finalmente en su columna del diario "La Hora", "lo que otros callan", Irma Flaker dijo: "Nuestra simpatía para el ejército, el golpe era inminente y absolutamente necesario".

"El Diario de Costa Rica," en su edición del sábado 6 de abril, publicó un largo reportaje titulado "Golpe militar de Guatemala, fue pedido por el pueblo." Entre otras cosas señala el periódico tico " mucho han dicho los cables acerca del golpe militar en Guatemala, pero sin embargo no se ha enfocado todavía el punto medular de la situación, que consiste en los antecedentes y condiciones en que éste se produjo". Mas adelante subraya que para ilustrar a los lectores costarricenses, que forman parte de un pueblo eminentemente democrático, acerca de la verdadera situación de Guatemala, hay que comenzar por decir que el golpe militar fue el producto del sentimiento del pueblo, los propios guatemaltecos ya no resistían los desaciertos continuos del gobierno y demandaron su derrocamiento, de manera que fue un golpe producido por las armas de los militares, pero inspirado por el pueblo. "El nuevo gobierno" - agrega el diario tico, - "es de tendencia civilista, y entre las condiciones básicas para gobernar, figura la de garantizar el orden y la seguridad y entregar el mando a un presidente electo popularmente".

Recojamos ahora dos opiniones vertidas por distinguidos ciudadanos, que se publicaron en los diarios a raíz del cambio de gobierno. El licenciado Eduardo Cáceres Lehnhoff, que formaba la bancada independiente del congreso, declaró que se sentía feliz, y que era lo que esperaba todo el pueblo. José Luis Cruz Salazar, ex candidato presidencial, dijo que el golpe era lo que procedía para resolver la situación de incertidumbre y tensión en que el gobierno mantenía al país.

En el ámbito familiar, mi padre fue confirmado como presidente de la asesoría jurídica de la presidencia, cargo que venía ocupando desde 1955. A Jorge mi hermano se le nombró ministro de trabajo, y yo alcancé un premio de consolación, como director de relaciones públicas del IGSS, pero que me dejó provechosas experiencias, conocí a muy buenas personas e hice excelentes amistades.

Ya queda dicho que la caída de Ydígoras era una irremediable necesidad, y que fue la resultante de una demanda popular, una especie de conspiración generalizada. Por esa razón en diferentes residencias, hubo periódicas reuniones desde algunos meses antes de su derrocamiento, con el fin de planificar una salida a la crisis que se vivía. Se optó por el golpe de estado, como única alternativa, aconsejado aún por distinguidos constitucionalistas que participaban en las reuniones a puerta cerrada.

En la casa de mi padre de la calzada de San Juan zona 7, se realizó una o dos de esas reuniones, y aunque yo asistí, no participé de la agenda que corría por cuenta de connotados abogados, analistas políticos y estrategias militares. Lo que sí tengo muy presente, es que en la mesa de discusiones se descartó toda acción violenta, y al contrario se acordó fundamentalmente mantener vigentes los principios democráticos de la nación, respetar la vida y los bienes del presidente y su familia, como efectivamente

así ocurrió en el momento decisivo de los acontecimientos. Esa misma noche del sábado 30, después de notificado el gobernante que había sido depuesto, y abandonó la casa crema, se procedió a sellar las puertas de acceso de la residencia, y todas las dependencias interiores, hasta los dormitorios del servicio que quedaron debidamente sellados. Cuando se practicaron las diligencias judiciales al día siguiente, se constató el estado en que se encontraban las pertenencias del ex mandatario y su familia. Se comprobó que todas las puertas de las habitaciones, así como la sala, cocina, comedor y despensa, se encontraban selladas por la auditoría militar de cuentas. Al abrir las puertas de la alcoba del ex mandatario y su esposa, así como la de su despacho personal, y la sala, todo se encontraba en el mismo estado en que fue dejado por sus huéspedes. En el comedor, tanto la cristalería como las vajillas se encontraban donde las habían dejado. Al llegar a la despensa, la puerta estaba perfectamente cerrada y sellada. Los alimentos, conservas y licores que allí se guardaban, no habían sido movidos de sus lugares.

Al finalizar la diligencia ya entrada la tarde, se dio lectura al acta notarial que fue levantada, y por orden del jefe de estado coronel Peralta, se dio posesión de la casa y los bienes de la familia Ydígoras Laparra, al abogado don Alvaro Ydígoras Fuentes, hermano del ex presidente. Es interesante consignar los nombres de quienes estuvieron presentes en esa histórica diligencia, siendo los licenciados Luis Beltranena Sinibaldi y Leonel Gálvez, el auditor militar de cuentas coronel Luis Ruano de León, el coronel José Luis Aguilar de León, secretario privado del gobierno, y el coronel Catalino Chávez ex jefe del estado mayor presidencial.

Don Alvaro Ydígoras dirigió una carta al jefe de gobierno, expresándole su agradecimiento por la protección dispensada a las pertenencias personales de su

hermano, hasta depositarlas en poder suyo, y por la forma correcta en que se procedió al resguardar la casa crema librándola del pillaje y saqueo muy acostumbrado en estos casos. Con esto se cerró el episodio del golpe de estado del 30 de marzo de 1963, y ahora se iniciaba la tarea más difícil. La reorganización de la administración pública, o sea poner en orden la casa, y al mismo tiempo enderezar la nave, que se precipitaba a un naufragio seguro.

Cuando tomé posesión del interesante cargo en el Instituto de seguridad social, mi sorpresa fue mayúscula porque llegaba a sustituir a un viejo y querido amigo el "Seco" Soler y Pérez, que hacía pocos días que por sus méritos personales, había sido condecorado por el gobierno con la Orden del Quetzal en el Grado de Oficial. Sinceramente me sentí molesto y así se lo manifesté, pero él con el sentido del humor que nunca perdió en toda su vida, me contestó: "No te preocupés viejo, el empleo público es así, pan para hoy, pobreza para mañana, además no somos dueños del empleo sino depositarios, y el chance en el gobierno tiene que ver mucho con los vaivenes de la política."

Encontré en el personal del departamento de relaciones públicas, caras conocidas y otras que no lo eran, pero todas esas caras se mostraron complacidas por mi nombramiento, porque como dice el viejo refrán español, "El rey ha muerto, viva el rey"

Ese mismo día el secretario de la gerencia, en un recorrido que hicimos por las dependencias de las oficinas centrales, me presentó a los jefes y personal de las dependencias, desde servicios médicos, pasando por el departamento legal, patronal, de ingeniería, seguridad e higiene hasta servicios auxiliares. Como secretaria de mi oficina me topé con la sensitiva escritora y poetisa Olguita Martínez, hija de mi respetable amigo el licenciado Carlos J. Martínez, y a quien conocí en Quetzaltenango años atrás en una de mis tantas temporadas. En la sección de

fotografía laboraban Fernando Morales, hijo de don Baltazar, y Jorge Rousselín. En la sección de arte y dibujo Jaime Valencia y Neto Besh, y como asesor laboral Jaime Monge dirigente sindical.

Al día siguiente ofrecí a las seis de la tarde una recepción a la prensa, y momentos antes de comenzar se presentó el gerente doctor Asturias, y me quitó un peso de encima, porque no se trataba de una conferencia, sino de un intercambio de impresiones con los reporteros que cubrían la fuente. Y digo que el gerente me quitó un peso de encima, porque una conferencia de prensa a esas alturas, no hubiera podido sostenerla, porque yo no entendía ni jota de la seguridad social.

Oportunamente un grupo de guapas secretarias de la gerencia, se presentaron al principio de la reunión, como gentiles anfitrionas, rompiendo el hielo, no el hielo para los refrescos, sino el que prevalecía en los momentos iniciales, pero ellas con la gracia y simpatía femenina, sus amables atenciones hacia los periodistas, volvieron el ambiente cálido y cordial, mientras los camarógrafos de la incipiente televisión, y los fotógrafos de la prensa escrita, inundaban con las luces de sus cámaras la sala destinada para esos eventos.

### **Diario El Gráfico nació en el Callejón del Conejo. Me unió amistad con Jorge y Roberto**

En los días siguientes comenzó una verdadera romería de publicistas y gestores de anuncios, de toda clase de publicaciones, diarios, semanarios, revistas, programas y noticieros de radio y televisión, que me visitaban para renovar sus contratos o bien ofreciendo otras alternativas de novedosa publicidad para dar a conocer las bondades del seguro social en sus diferentes programas de beneficio para los afiliados y patronos. Fue en ese en-

tonces cuando conocí e hice amistad con muchas personas del mundo de la publicidad, con quienes hice una excelente amistad. Recuerdo particularmente a Roberto Carpio que en esos días juntamente con su hermano Jorge, impulsaban la salida a la luz pública de Diario El Gráfico, que inicialmente comenzó como un semanario deportivo y cuyas oficinas y talleres de modesto equipo estaban situadas en el Callejón del Conejo, uno de los pocos callejones que aun quedaban, ubicado entre novena y décima avenida y quinta y séptima calle, ya que a partir de la novena avenida tomaba el nombre de sexta calle. Pocos años después la empresa fue creciendo, construyó un espacioso edificio en la catorce avenida y el periódico fue dotado de un moderno equipo para su impresión. Allí visité con frecuencia a Jorge con quien entablé una magnífica amistad. Seguramente no faltará oportunidad para que me extienda sobre otros aspectos de mi relación amistosa, con los hermanos Carpio Nicolle. Otras personas que me visitaban con frecuencia en mi oficina de relaciones públicas del seguro social, por diferentes razones, recuerdo muy particularmente al inolvidable escritor y amigo Virgilio Rodríguez Macal, autor de la impresionante novela histórica "*Guayacán*", así como de "*La Mansión del Pájaro Serpiente*" y "*Carazamba*", al abogado in fieri y periodista José Torón España, a la poetisa "María del Mar" esposa de don León Aguilera, al compositor José Ernesto Monzón, a Guillermo Figueroa de la Vega del tele noticiero "Cuestión de Minutos", al periodista Marco Tulio Trejo Paiz, y al doctor Regino Díaz Robainas, cubano, y encargado de la publicidad del Semanario Alerta que dirigía don Augusto Mulet Descamps.

En los comienzos del mes de septiembre, se cambió la directiva del comité de festejos, para organizar en esta ocasión el 17 cumpleaños de la fundación del IGSS. Salí electo presidente, y con la colaboración de los trabajadores integrantes de las comisiones, procedimos a

elaborar el programa que comprendía actividades culturales, científicas, recreativas y deportivas, así como una velada artística y cultural, una mañana infantil para los hijos de los trabajadores, y el 30 de octubre día de la seguridad social, culminación de los festejos con un ruidoso baile en un salón del campo de la feria. El festival fue amenizado en esa oportunidad por la orquesta de Guillermo Rojas, y la marimba Alba de Quetzaltenango. Punto culminante lo constituyó la coronación de la simpática reina del IGSS, que salió electa después de reñida competencia, entre las bonitas candidatas de las oficinas centrales y de los centros hospitalarios.

Cuando se aproximaba algún acontecimiento social que requería mas personal, mi oficina se veía alegremente invadida por eficientes y agraciadas secretarias y mecanógrafas, y aunque las computadoras no habían venido a este mundo, ya existían las máquinas eléctricas de escribir, y frente a ellas, llenaban verdaderas montañas de sobres, con los listados de los invitados para cada ocasión. Recuerdo que para cierta oportunidad en que se celebró una conferencia de medicina en el auditorio del IGSS, circularon invitaciones para asistir al baile de gala con lo que culminaba la reunión de los discípulos de Hipócratas, y entre esas invitaciones, por un lamentable descuido de una de las mecanógrafas, se le pasó por alto un sobre dirigido a un apreciable médico recién fallecido, el recordado doctor Monzón Mallice, que por cierto yo había entregado personalmente a la familia el acuerdo de condolencia del Instituto. Pues lógicamente como respuesta, la apesurada viuda me devolvió irónicamente la invitación, adjuntando la esquela luctuosa de su fallecido marido, sin comentario alguno. En otras oportunidades ocurría, como para el día de la madre, en que se felicitaba a las mamás, ya fueran casadas o solteras, pero a vuelta de correo se devolvían algunos sobres con el comentario de la destinataria, que ella no era ni madre casada, ni madre

soltera, sencillamente señorita soltera. Pero en otros casos la situación se volvía más grotesca, porque se trataba de una solterona sin hijos, de la tercera edad, y seguramente de muy malas pulgas, a juzgar por el hiriente comentario que remitía.

Ese Día de la Madre, se celebraban en el curso de la mañana actos recreativos en el Materno Infantil, alegremente amenizados por cantantes y conjuntos musicales y recitaciones alusivas a la madre. En la noche tenía lugar un festival en el Atico, o sea el salón de recepciones, en el noveno piso del edificio arriba de la gerencia, con una masiva asistencia de las festejadas y sus familias.

El fin de año fue la época mas alegre en las oficinas centrales. Las celebraciones navideñas despertaban gran entusiasmo entre los trabajadores de las dependencias del Instituto, en que las hábiles manos del personal femenino, adornaban con esmero sus respectivos departamentos, con preciosos motivos navideños, con aromáticos pinabetes, sin faltar el tradicional nacimiento, que daba la sensación de que se estuviera participando en una competencia de arte y buen gusto. Por la noche mi departamento echaba la casa por la ventana, con la gran fiesta navideña en el Atico del noveno piso, desde donde la vista se deleitaba, contemplando gran parte de la vida nocturna de la capital. Las mesas para los convidados lucían manteles navideños, con un adorno al centro, y varios clavetes esparcidos graciosamente en el mantel. El adorno consistía en un leño rústico de pino o ciprés, con hilos de bricho dorados y plateados, y una vela de color incrustada en el centro. Recuerdo hasta cierto punto con hilaridad, cuando en una ocasión días antes del 24 de diciembre, encomendé a mis hijos adolescentes (Lucrecia y Juan Francisco, supervisados por su mamá), la hechura de los mentados adornos, en número de 35 a 40, y al bajarlos del carro, las finas candelas de color estaban dobladas por la mitad, como moco de elefante, por el intenso calor de la



dos de la tarde, que imprevisiblemente las había metido en el baúl y en el asiento trasero del carro. Aunque a los camareros de servicios auxiliares les causó risa el asunto, a mí me causó desagrado, y les pedí que echaran mano a su ingenio para que las enderezaran con cuidado para no quebrarlas. Lo cierto del caso fue que cuando me presenté al Atico, antes que comenzara el evento social, para dar los últimos toques al programa, me encontré con la grata sorpresa de que las velas ya estaban como Dios manda, sin señal alguna del accidente que habían sufrido.

Durante esos años de las vacas gordas, nos veíamos todas las noches con Coco mi hermano en su casa. Eramos vecinos porque él vivía en la 30 avenida de la zona 7, en Tikal, y yo también en la 30 avenida pero de Kaminal. Siempre habían muchas visitas en la residencia del ministro, atendidas por él y su gentil esposa Violetía, no faltaban otros ministros o funcionarios de altos vuelos y hasta militares de varios entorchados.

Nunca olvido que una noche me contó que en el consejo de ministros, estaba por aprobarse una desmembración de la finca La Aurora, para la construcción del aeropuerto, que el proyecto estaba aprobado y que los trabajos se iniciarían sobre la marcha. Yo le comenté que veía ese proyecto como un grave error, falto de visión, por su vecindad tan inmediata al centro de la ciudad, además porque con el crecimiento tan desordenado de la capital, sin que hubiera un plan municipal regulador, en muy poco tiempo el aeropuerto estaría en el corazón del centro neurálgico del país. Coco me contestó que compartía mi opinión, y la misma la sustentaban varios compañeros del consejo de ministros, pero que el caso estaba cerrado, ya era irreversible y el primer piochazo ya se había dado, no había para donde agarrar.

## **Una noticia que conmocionó al mundo: el asesinato del Presidente Kennedy**

Un suceso internacional muy lamentable, nubló el despejado firmamento de los días otoñales de aquella época. Nubarrones negros revoloteaban sobre la Casa Blanca, en Washington, como pájaros negros de mal augurio. A la una y media de la tarde del 22 de noviembre de 1963, cuando abordaba mi vehículo en la puerta de mi casa en Kaminal Juyú, rumbo a mi trabajo, los teletipos de las agencias internacionales de noticias, vibraban inquietamente, lanzando al espacio una conmovedora información. El carismático presidente de los Estados Unidos de América, señor John F. Kennedy, acababa de sufrir un grave atentado en la ciudad de Dallas, Texas, al ser alcanzado por las balas asesinas de un franco tirador, apostado en lo alto de un edificio que bordeaba la avenida principal por donde circulaba el presidente y su comitiva. Iba rumbo a una reunión de empresarios y representantes sindicales, enseguida asistiría a un banquete preparado en su honor. Según la información captada en el receptor de mi vehículo, en esos momentos el presidente era trasladado a un hospital cercano del lugar de la tragedia. Su estado de salud era de suma gravedad. En el curso de la tarde se produjo el fatal desenlace. Kennedy había fallecido, a pesar de los desesperados esfuerzos de la ciencia médica por salvarle la vida. En el automóvil presidencial lo acompañaban su esposa Jackeline, que salió ilesa, no así el gobernador de Texas que las balas impactaron en su brazo izquierdo. Antes de las seis de la tarde asumía la presidencia, el vicepresidente Lyndon Johnson. La infausta noticia había conmocionado al mundo entero.

## **Desempolvando documentos. Como se forjó una candidatura. El hombre propone, Dios dispone.**

Han corrido seis años después del capítulo anterior, cuando el jefe de gobierno coronel Enrique Peralta Azurdia, entregó el poder al licenciado Julio César Méndez Montenegro, vencedor en los comicios para ocupar la presidencia, y al licenciado Clemente Marroquín Rojas como segundo de a bordo.

Pero antes de internarnos en los vericuetos de la política, es preciso traer a colación un período muy interesante que viví en aquellos días, a raíz de retirarme del seguro social por el cambio de gobierno, cuando me quedé vacante, y entonces recordé las sabias palabras del "seco" Soler, de que "el chance" en el gobierno dependía de los vaivenes de la política.

Un cierto día cayó en mis manos un ejemplar del reglamento y la ley de petróleos y sus derivados, y reparé que para operar una gasolinera o gasolinería, se requería una distancia lineal de 800 metros en la capital, y de 20 kilómetros en las carreteras. Pues regresando un domingo del puerto, me di cuenta de que en las goteras de Escuintla, había una finca que estaba ubicada precisamente en el punto requerido. Sin pensarlo dos veces, entré, el dueño no estaba pero un guardián me dio la dirección de su casa en la capital. Lo busqué al día siguiente, le entusiasmo el proyecto, consistente en seguir trámites para obtener la licencia, y luego vender el predio y la licencia a la compañía que mejor pagara. Por supuesto que saltar los obstáculos del complicado camino, hasta obtener la autorización, era cosa seria, pero bien valía la pena intentarlo. Y así lo hicimos con don Max Santa Cruz, que así se llamaba el propietario de la finca. Formamos una sociedad de hecho, y en poco tiempo nos hicimos muy buenos amigos. Se trataba de un apreciable finquero, casi abogado, hombre de carácter afable, cordial, sincero y generoso,

de honorable familia, en una palabra un excelente caballero. El expediente se iniciaba en la gobernación, pasaba al ministerio de la defensa que lo enviaba a ingenieros del ejército, a obras públicas, luego a la municipalidad, y de allí de nuevo a la defensa donde la sección jurídica resolvía. Si la resolución salía negativa, interponíamos un recurso de reposición, y si la defensa confirmaba su resolución, entonces íbamos al ministerio público, que por lo general revocaba la opinión de los militares. Una vez, el ministerio público confirmó una resolución negativa de la defensa, y tuvimos que acudir a lo contencioso administrativo. En otra ocasión, llegamos hasta una casación. Pero ganamos la partida.

Con el primer expediente el fallo fue favorable, después de cinco meses y cinco días de una lucha sin cuartel, ante la defensa, pero cuando fuimos notificados, tanto don Max como yo, nos hacíamos la ilusión de que nos había caído encima el mero gordo de la lotería. Hicimos el negocio con la compañía que mejor precio nos ofreció, que significaba un desembolso por parte de ella, no recuerdo bien, pero creo que andaba por unos 50 o 60 mil quetzales. Los pingues beneficios los repartíamos entre los dos, en partes iguales. Antes de iniciar las gestiones, como primera providencia, hacíamos contratos de compra venta con el dueño del predio. Enseguida otro contrato con la compañía interesada, que nos daba un adelanto monetario llamado "arras".

Hubo mas negocios. Los billetes pasaban sabrosamente por nuestras manos, pero por mi carácter desaprensivo por los bienes materiales, nuevamente se me metió el gusanillo de la política, y di la espalda al jugoso entretenimiento de vender predios con licencia, para operar una estación distribuidora de gasolina y sus derivados.

Para emprender el proyecto que me venía inquietando desde hacía tiempo, abrí un ejemplar de la constitución y comprobé que Peralta no tenía impedimento para

ser presidente, porque la prohibición comprendía el período interrumpido por el golpe, y el siguiente, y los dos ya habían pasado a la historia. Redacté un estudio y me dije "moro al agua", la suerte estaba echada. Busqué a mi hermano en su bufete de la 16 calle, habló telefónicamente con el amigo abogado Carlos Rafael López, muy amigo de Peralta. Al día siguiente habíamos constituido "el petit comité de los cinco", que se integró con don Carlos Rafael, Carlos Salazar Gatica (primo nuestro), Carlos Rafael López Torrebiarte, (hijo de don Carlos Rafael), Jorge y yo. Enseguida vendrían dos eminentes asesores, muy recordados y queridos por mí, los ilustres abogados don Guillermo Dávila Córdova y don César Izaguirre. Como era de esperarse, y sin que yo lo pretendiera, la pacaya más pesada me cayó encima, se me designó inmerecidamente para dirigir el movimiento político, que no dejó de preocuparme, porque la cosa venía en grande.

Y comenzó mi peregrinaje proselitista. Algunas puertas se cerraban, otras se entreabrían tímidamente, pero la mayoría se abrieron de par en par. La propuesta despertó simpatías, entusiasmo y respaldo, comenzaba exitosamente. Las juntas del "petit" se hicieron frecuentes, y fue cuando tuve el primer contacto con el ex jefe de gobierno, al aprobarse un enfoque de la actualidad política de esos días que presenté en una sesión, y que se le remitió a Miami donde residía, con un mensajero de confianza. El informe consistía en un sondeo de posibilidades, del pro y contra del proyecto y de las perspectivas de lanzar su candidatura, pero había que salvar un gran obstáculo, formar un partido, y eso era obra de titanes, de romanos, porque se requerían 50 mil afiliados. Para reunir esa monstruosidad de firmas, el plazo era de seis meses, pero no había otra alternativa. Entonces había que proceder, y procedí.

Pero antes de continuar con este relato, quiero referirme a lo siguiente: yo lamenté bastante el fracaso del

general Ydígoras como presidente de la república. Pero él tuvo la culpa de lo ocurrido, por su terquedad, por desoír a sus asesores sensatos y desatender las críticas de la prensa independiente, que recogían el sentir de la opinión pública. Lo aprecié y respeté mucho personalmente, lo mismo que a su esposa doña María Teresa, que fue aventajada alumna de mi padre en el instituto de señoritas "Belén". En mi concepto fue uno de los militares de aquella época, egresado de la Academia Militar (que sustituyó a la Politécnica después del atentado de los cadetes contra Estrada Cabrera), que sobresalía entre los militares, por su capacidad intelectual, su hombría de bien, y sobretodo por su ilustración y cultura. Además tenía una conversación muy amena, salpicada de ingeniosas anécdotas de fino humorismo. Como ya está escrito, me impresionó agradablemente cuando le hice la entrevista para el semanario "Proa" de Quetzaltenango, que influyó decisivamente en mí para respaldar su candidatura, y luchar hombro a hombro con los sectores mayoritarios de la población, que lo seguían hasta llevarlo al poder.

Fue la primera vez que me metí en política, y no me arrepiento, como tampoco me arrepiento de haber participado en dos oportunidades más, sin obtener el triunfo anhelado, en la búsqueda de un buen gobierno honesto y capaz para el progreso y bienestar de Guatemala. Mi vida política en lo personal, no me dejó ni frustraciones ni desengaños, ni derrotas ni sinsabores, al contrario me dejó maravillosas y fascinantes experiencias y muy provechosas enseñanzas, porque conocí muy de cerca al ser humano, con sus virtudes, sus defectos y sus flaquezas, que todos tenemos, cabalmente por ser seres humanos, y lo que fue para mí muy importante, es que conquisté magníficas e interesantes amistades, de quienes aprendí mucho por su nobleza y sabiduría, cuyo recuerdo perdura en mi memoria, al través del tiempo y la distancia. Y repito que en lo personal, mi participación en la política

no me dejó resentimientos, ni traumas, ni frustraciones, ni desengaños, lo tomé con calma y con profunda filosofía, pensando que no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios, y que el destino de una nación está escrito. Pero como guatemalteco si se resintieron mis sentimientos. Me sentí golpeado políticamente, porque al final de cuentas mi modesta lucha idealista por amor a Guatemala, no cuajó, no alcanzó los ideales y los sueños que me había forjado, quizás por los gobernantes que asumen con el beneplácito popular, pero que no cumplen sus promesas electorales cuando tienen la sartén por el mango. O bien, por el tradicional sistema que no ha permitido que el país avance, sino al contrario, que se estanque o retroceda como lo vemos a la luz de la realidad, y de consiguiente todos los gobiernos de turno desde 1821, - salvo alguna honrosa excepción -, son los únicos responsables del atraso de nuestro hermoso país, que lo tiene todo para progresar, pero los del sistema no lo quieren así. Me siento sin embargo optimista, al pensar que no hay mal que dure cien años, y el enfermo no puede pasar toda su vida enfermo, o se cura o se muere, y aquí el status tendrá que dar un viraje pacífico o violento, pero tendrá que darlo, tarde o temprano, porque no hay derecho de que en cada gobierno los ricos se hagan cada vez mas ricos, y los pobres en cada gobierno que pasa, queden mas pobres y desamparados. Esta injusticia no solo ocurre en nuestro país, es un mal endémico en la América Latina, donde los gobernantes se bañan en dinero, en detrimento de los intereses nacionales, entregando el poder a su sucesor, en peores condiciones que como lo recibieron. Es duro confesarlo pero creo que la palabra democracia habla todos los idiomas, o la mayoría, menos el español, y quizás en el hemisferio occidental se salvan hasta cierto límite, los dos países conocidos como las "suizas" de América: Uruguay y Costa Rica.

Yo entiendo que la política concebida en su estricto sentido como el arte de gobernar, o como una actividad de quienes aspiran a regir los asuntos públicos, resulta ser una ciencia muy hermosa cuando persigue ideales patrióticos, y no fines personales, en que se ponen en juego la inteligencia y los sentimientos nacionalistas de las personas que se interesan y preocupan por los negocios de estado. Pero examinando el reverso de la medalla, que es lo que ha ocurrido y ocurre en nuestro medio, la política se convierte en el máximo arte de la ambición, la astucia, la hipocresía y la traición, que busca afanosamente satisfacciones personales o de grupos y camarillas, y el enriquecimiento ilícito de sus corifeos, sin importar un pepino el daño causado al país, y en este caso creo que la definición más correcta sería entonces, que la política es el arte supremo del golpe bajo y la zancadilla, por la eliminación, incluso física, de todo aquel que sustente un pensamiento patriótico y democrático, porque hace sombra y hay que quitarlo de enfrente porque es un estorbo.

En las dos primeras campañas en que participé, el financiamiento corría por cuenta del partido, de sus fondos privativos que procedían de los contribuyentes simpatizantes del movimiento, sin contraer compromisos con personas individuales o jurídicas, de suerte que podían seleccionarse libremente, no con el dedo índice, a ciudadanos honorables y capaces para los cargos de elección popular, sin que importara su condición económica o social, no como ocurre en la actualidad, que esos puestos están reservados a quienes pueden comprarlos, sin tomar en cuenta sus antecedentes y su preparación académica o profesional. Con esta comercialización de la política, el partido se convierte "en monstruo mercantilista, en subasta pública".

Corrían los meses finales de 1973, cuando inicié las gestiones para formar un partido político, caudillista, pero programático, de ideales patrióticos, que le puse por

nombre "Unidad Nacional", con el emblema de una antorcha. Se comenzó reuniendo todos los papeles que se exigían, como la plataforma ideológica, los estatutos y el acta de constitución del comité, con los nombres de las personas que integraban la directiva provisional, encabezada por mi y cuatro vocales. Di el primer paso presentándome al registro electoral, sin que faltara ni un solo papel, a la espera de que se autorizara el funcionamiento del comité, para reunir las firmas de los adherentes. Por otro lado, había llegado el momento de destapar al gallo tapado, y hacer público el proyecto, y a página entera de los principales periódicos, se dio a conocer un manifiesto que causó revuelo en todo el país, dando su aprobación a la candidatura de Peralta. Ante la exigencia de las circunstancias, hice viaje a Miami, en los primeros días de junio, acompañado de mi recordado amigo el doctor Roberto Calderón para invitar al candidato para que personalmente dirigiera el movimiento.

En el aeropuerto compré varios ejemplares de Prensa Libre, que destacaba en primera página una entrevista conmigo, donde confirmaba que el coronel Peralta aceptaba la postulación propuesta por el comité, pero bajo dos condiciones, la unificación mayoritaria de los sectores, y el instrumento indispensable para su participación, o sea el partido político. En cuanto a la primera condición ya se había dado, cuando diariamente se sumaban nuevas fuerzas en respaldo suyo, y la segunda se estaba trabajando para conseguir la inscripción de la agrupación política. En el manifiesto donde se hablaba de las realizaciones positivas del gobierno civilista de los militares, se excitaban los sentimientos patrióticos del ex jefe de gobierno, para que aceptara su postulación presidencial, y mi visita a él, se concretaba precisamente a ultimar los preparativos para su venida a Guatemala.

A medio día llegamos al aeropuerto de Miami, donde nos esperaba el coronel tripulando su Mercedes

azul. Pasamos dejando nuestro equipaje al Hotel Ponce de León, y después seguimos camino a la casa del ex jefe de gobierno. Cinco días estuvimos en la linda ciudad de Miami, siendo atendidos espléndidamente por el coronel Peralta y su esposa doña Carmita Carrasco. Oportunamente el 11 de junio, estaba de manteles largos, y festejamos alegremente su 65 cumpleaños en su modesta casa del barrio de Shenanduj, una colonia de maestros. Conocí a varias personas allegadas a ellos, entre otras al doctor Gabriel Aguilera, sobrino suyo, que regresaba de Alemania; a su cuñado el pintor cubano Teo Carrasco, y a Enrique Palomo, entonado del inseparable amigo del coronel, don Pancho Fajardo.

La víspera del regreso, en el dormitorio del hotel, Roberto me dio una impresionante noticia, cuando me contó que el cáncer de la garganta que venía padeciendo Jorge mi hermano, se le había extendido por todo el organismo, que es lo que se conoce con el nombre de "metástasis", y los días para el desenlace los tenía contados. A mi modo de ver la fatal noticia me parecía inverosímil, porque si bien es cierto la enfermedad se le había detectado hacía dos años, no había tenido ninguna molestia, y tanto él como yo, nos habíamos olvidado del asunto. Pero Roberto me dijo que muy pronto los intensos dolores se le presentarían.

La agenda con el coronel quedó cerrada. Quedó convenido que antes de finalizar el mes de junio estaría en Guatemala, y se hospedaría en la casa de mi padre en la Calzada de San Juan. Yo vivía con mi esposa Ana María, al frente de la vieja casita campestre, o sea pared de por medio y puerta de acceso con la casa grande. A mi regreso, todo fue preparado satisfactoriamente en espera de la llegada del coronel. Mi papá se trasladó a la casa de mi hermana Maty, que quedaba a corta distancia. El dormitorio de él se destinó para el coronel, y otro que se encontraba enfrente, para los jefes de servicio. A los 18 o

20 miembros del cuerpo de seguridad, se les alojó en el apartamento de la servidumbre. Se construyeron dos casetas para los vigilantes, una sobre la calzada y la otra en el extremo sur de la propiedad. Acordamos que ninguna publicidad se haría antes de la llegada, y en el aeropuerto lo recibirían únicamente sus familiares, encabezados por su hermano don Arturo. Yo le daría la bienvenida en el interior de la casa, al descender del automóvil.

La noticia de su llegada corrió por toda la ciudad. En la noche los amplios locales interiores y exteriores de la casa, fueron insuficientes ante la multitud de personas de todos los estratos sociales, que deseaban saludarlo. Su despacho se instaló en el segundo piso, en la biblioteca de mi papá, precisamente en donde vivo actualmente, y que ya conoce el lector, por la narración que aparece al principio de estas memorias. Pues aquí en este lugar, en la noche del arribo del candidato, se inundó de periodistas, se improvisó una conferencia de prensa, y se dieron informaciones a varios medios de comunicación, entre ellos Tele Prensa, de canal 3, dirigido por Edgar Gudiel, que comenzaba en esos días sus actividades. Al día siguiente desde tempranas horas de la mañana, los patios y los jardines de la casa, fueron invadidos por una multitud de vendedores de todos los mercados de la capital, que cantaban las mañanitas, quemaban cohetes, aplaudían y vitoreaban al coronel Peralta, entonando alegres canciones compuestas en su honor, a los compases de guitarras y marimbas que llevaron.

Pero la alegría y la eufórica recepción que el pueblo tributó al ex jefe de gobierno, se traducían en intranquilidad y preocupación en las altas esferas oficiales del gobierno de Arana, que estaban con la camisa levantada, porque las intenciones de imponer la candidatura oficial del general Laugerud, estaban peligrando. Como era de esperarse, a los pocos días comenzó por par-

te del gobierno una insidiosa campaña publicitaria, tendiente a desorientar a la opinión pública, con falsedades y mentiras, para destrozarse su candidatura presidencial. Los partidos oficiales estaban preparándose para jugarse el todo por el todo, e impedir a toda costa la participación electoral del exjefe de gobierno.

Fue en esos días cuando apareció otro comité apoyando la candidatura del coronel. Tenía el ruidoso nombre de Partido de Acción y Reconstrucción Nacional (PARN), y lo dirigía el médico homeópata y maestro Roberto Secord Motta, hombre corpulento y elegante, de muchos amigos y simpatizantes, por su carácter bonachón, generoso, dinámico, conversador ameno, estudiante de leyes, que tenía un colegio en la zona 12, denominado "Instituto Latino Americano", pero que en poco tiempo vino a menos, por las inquietudes políticas de su director. Granjeamos una estrecha y sincera amistad, que culminó hasta su repentino fallecimiento a principios de 1985, once meses después de la muerte de su querida esposa doña Sarita Contretas, a quien no pudo sobrevivir.

El doctor Secord visitaba la "residencia del coronel" (así vamos a denominar a la casa de mi papá), hasta dos o tres veces diariamente, para contarnos sobre el curso de sus gestiones para la inscripción de su agrupación como partido. Una verdadera caravana de vehículos seguía su automóvil, con una legión de guardaespaldas. Tenía autorización de usar el parqueo principal sobre la calzada, donde aparcaban los automóviles del candidato, y los vehículos de la campaña. El otro estacionamiento para los vehículos de los dirigentes políticos, colaboradores y amigos, se encontraba en un predio espacioso de la misma propiedad, sobre la 23 avenida, precisamente enfrente de donde yo vivía.

Los feroces ataques de los partidos oficiales contra el coronel no se hicieron esperar, ya sabíamos que saltarían con lo del impedimento, pero nuestras aclaraciones

además de tono enérgico, fueron contundentes y sobre sólidas bases jurídicas, en el sentido de que Peralta no tenía impedimento para optar a la presidencia, con lo que se logró desbaratar la mal intencionada tesis de los impugnadores. No obstante, tenían en sus manos otras cartas que pusieron en juego. Obstaculizar la inscripción de los comités peraltistas, y amenazar con represalias a los otros partidos, para que no acogieran la candidatura del coronel.

En horas de la tarde del sábado 1º de septiembre de aquel agitado año político, cuando me encontraba con mi papá en la casita campestre, cambiando impresiones sobre el acontecer político, me llamó de pronto el coronel, para indicarme que había cambiado de opinión, y que el doctor Secord y yo, lo acompañaríamos al baile del centenario de la Politécnica. A medio día nos habíamos reunido para festejar ese acontecimiento, y felicitar al cadete 205, que fue el número de antigüedad que le correspondió al coronel Peralta.

En la reunión se dispuso que solo algunos militares jefes del servicio, lo acompañarían con uniforme de gala. Así se lo manifesté yo, pero él me respondió que había cambiado de parecer. Que le avisara al doctor Secord, para que se presentara a las ocho en traje de etiqueta. En ese momento eran las seis y media. Y tanto Secord como yo, pasamos verdaderos apuros para conseguir el smoking. Porque el que usé en aquellos dorados tiempos de Radio Morse, que tanto dolor de cabeza le había dado a Francis, ya había pasado a mejor vida. Volé a la casa de mi hermano Jorge, y regresé corriendo a mi casa con su smoking bajo el brazo.

Me vienen a la memoria los recuerdos de aquella inolvidable noche. Cuando muchos, muchísimos oficiales y civiles con sus esposas, se acercaban al coronel para saludarlo y abrazarlo, y llenarlo con palabras y frases de respeto y cariño. Por supuesto que estas manifestaciones,

despertaron celos al presidente Arana, que ocupaba una mesa cercana con los presidentes de Honduras y El Salvador, invitados al centenario de la Escuela.

Un oficial se acercó a la mesa, para invitarlo de parte del ministro de la defensa general Rubio, para compartir con él. La invitación como era de suponerse la rechazó, y por mas que yo insistí, para que la aceptara, no accedió, pero si aceptó la que le hizo su sobrino Ricardo, que se encontraba en una mesa diametralmente opuesta a la nuestra, y para allá salimos los tres. Es decir, el coronel escoltado por los dos secretarios de los comités políticos, Secord y yo.

Después de compartir un largo rato, nos despedimos de Ricardo, y volvimos a nuestra mesa, pero en el trayecto, los saludos y los abrazos de los militares, y los besos de las damas, no cesaban ni un momento. De las mesas se levantaban para hacerle encuentro, y los secretarios también recibíamos buena parte de aquella cosecha eufórica, particularmente de las damas, donde reconocí y abracé a viejas amigas casadas con militares. Cuando las vi, sentí deseos de bailar con alguna de ellas, pero no era posible por un incidente que ocurrió antes de salir de la residencia del coronel.

Resulta que a medio día, platicando con una de las secretarias del personal de tabulación, que se llamaba Claudia Ramírez, me dijo que si podía acompañarme al baile de la Politécnica. Yo le respondí que al coronel lo acompañarían únicamente los militares, y no los dirigentes civiles, porque así lo había dispuesto él. Pero a eso de las siete y media, llegó Claudia en mi búsqueda, para reiterarme su deseo de acompañarme, lo cual acepté gustosamente por el cambio que se había suscitado. Lucía sumamente atractiva, con un precioso vestido negro de baile, largo y ceñido, que resaltaba su personalidad morena, y la esbeltez de su cuerpo. Pero la conversación fue interrumpida, porque me llamaba el coronel, para decirme

que Ana María mi esposa, le acababa de comunicar que no podía acompañarme, porque aun se sentía un poco resentida de una reciente operación. "Y por lo tanto" - agregó el coronel- "ninguna persona debe formar pareja con usted". Estas últimas palabras las remarcó en tono firme, característica muy singular de su carácter imperativo.

Busqué a Claudia para explicarle la situación, pero sin pronunciar ni media palabra, dio media vuelta, abordó su carro y salió. Me quede solitario, meditando que en "la residencia del coronel", hasta las puertas, ventanas y paredes, eran infidentes, y que también tenían oídos. En la fiesta la vi de lejos, estaba bailando alegremente con su novio, y yo me alegré también.

En esos días surgieron otros comités con distinta bandera política que la nuestra, pero eso no fue impedimento para que nos reuniéramos, y enarboláramos una bandera en defensa de los intereses comunes de nuestras agrupaciones. Se impulsó una campaña conjunta en aras de obtener la inscripción de los comités como partidos políticos, al cumplirse con los requisitos legales previstos en la Constitución. Además de una sistemática denuncia, de las acciones arbitrarias del oficialismo, para impedir el objetivo que perseguíamos. Estos comités fueron los denominados, Frente Democrático Guatemalteco (FDG), de Marina Marroquín Milla, y Frente Unido de la Revolución Democrática (FURD) de Leonel Ponciano León.

Un cierto día el registro electoral, que estaba incondicionalmente a las órdenes de los secretarios de los partidos oficiales, MLN, PR y PID, de un plumazo canceló a tres de los comités, salvándose de puro milagro de la guillotina gobiernista el F.U.N. que fue el único que quedó con vida, y cuya inscripción se produjo años después a finales de 1978.

Cuando el coronel se incorporó al Movimiento, el proceso para la inscripción del comité como partido, estaba en plena marcha e iba avanzando, aunque lentamente. Urgía entonces, la presencia de él, para incrementar las adhesiones, ya que estábamos contra reloj, porque el plazo fatal para presentar las 50 mil firmas, vencía el 20 de septiembre, faltaban dos meses, y a estas alturas si mucho llevábamos 20 mil afiliados. Por todos los lugares de la casa interiores y exteriores, habitaciones grandes y pequeñas, patios y jardines, se llenaron de mesas y escritorios con los libros de inscripciones. Hombres y mujeres trabajaban afanosamente en la recolección de firmas, al mismo tiempo que las secretarías y mecanógrafas frente a las máquinas de escribir, levantaban las actas que dictaban los notarios amigos de la Causa que voluntariamente colaboraban.

Los activistas del comité no perdían el tiempo. Se movían por todo el país recogiendo firmas en los libros de inscripción, que entregaban llenos de adherentes a las encargadas de recibir esos documentos.

No quiero hablar de los momentos de tensión, de incertidumbre, de persecución y amenazas, y hasta desapariciones de activistas, que acontecieron en esos sesenta días, porque sería la de nunca acabar. Pero el grupo de abogados, unos 12 a 15 profesionales, y todo el personal de tabulación, trabajaron sin tregua ni descanso, como si se tratara de una carrera de maratón hasta llegar a la meta final, como así fue, antes de las 24 horas del vencimiento del plazo fatal. En ese sentido debo reconocer el empeño y la serenidad del abogado Toledo Peñate, (conocido como "el muñeco"), comandante en jefe de aquel enmarañado batallar, que cumplió su palabra que me había empeñado, de sacar adelante aquella misión, que aún para los optimistas era imposible de alcanzar.

El 19 de septiembre a medio día se celebró entre bombas y coheteros y gran algarabía, la firma del afiliado



número 50 mil, cuyo nombre lamentablemente no recuerdo. Al día siguiente, 20 de septiembre, a las diez de la mañana, en medio de una montaña de paquetes que contenían la documentación, salí rumbo al registro en un jeep conducido por la valiente activista Ana María Rodríguez de Wolke, escoltado a uno y otro lado por los vehículos del servicio de seguridad, ante el temor de una emboscada del oficialismo, de interceptar el paso de la documentación, e impedir que llegara a su destino. En las bocacalles se apostaron elementos de la seguridad, para hacer frente a cualquier emergencia, y cuando atravesé el umbral de la puerta del registro, di gracias a Dios, la misión que parecía imposible se hizo posible. Al ver al secretario don Santiago Pimentel, que se encontraba en su oficina, di nuevamente gracias a Dios, y le entregué, o más bien le tiré encima aquella carga tan pesada. A los pocos días, se cerraba la inscripción de los candidatos que participarían, en las elecciones del mes de marzo del año siguiente.

Fue en una mañana lluviosa de finales de septiembre, cuando me visitó el abogado Rodolfo González Roche, dirigente de la Democracia Cristiana en Mazatenango, donde ejercía su profesión de abogado, pero entusiasta colaborador de la candidatura del coronel Peralta. Me comunicó que al día siguiente se realizaría la convención de su partido, para proclamar al candidato presidencial. Me informó asimismo, que tres candidatos figuraban en la nómina, siendo ellos, el coronel Peralta, el general Efraín Ríos Montt y el licenciado Vicente Díaz Samayoa, pero que el más fuerte contendiente, por el apoyo de las bases partidarias, era el coronel. Quedó de darme la buena nueva, al finalizar la asamblea en la tarde del día siguiente.

La prensa dio los nombres de la terna, pero durante el desarrollo del evento, en avances noticiosos, se dio la información de que Peralta había sido electo. Jorge Mario

Castillo director del "Independiente" se comunicó conmigo varias veces, asegurándome que el coronel era virtualmente el ganador, pero que antes de salir la emisión de las siete, se comunicaría de nuevo conmigo.

No se me olvida que a medio día en la residencia del coronel, no cabían los visitantes, incluso muchos que se habían ausentado estaban presentes, creo yo que con la intención de ser los primeros en darle el abrazo. A la hora del almuerzo al entrar al comedor, le dije al coronel que mi abrazo lo reservaba para más tarde, por que recordando las picardías de los políticos, me vino a la mente la brillante figura de Santo Tomás.

Me dio mala espina que el licenciado González no se asomara. Antes de las siete, como habíamos convenido, Jorge Mario me llamó, y me dijo escuetamente que el final había sido negativo para nosotros. Se había proclamado a Ríos Montt. Entré al dormitorio del coronel, que se encontraba con su íntimo amigo el coronel Carlos Vielman. Les informé que se había perdido la batalla. Y entre simpáticas risas, Vielman de muy buen humor, dijo que era cierto lo que yo decía, que se había perdido una batalla, pero no la guerra, y que faltaba mucho por ver.

¿Que fue lo que ocurrió en la DC? ¿Porqué se retiró la candidatura de Peralta? Acompañeme querido lector, y lo sabrá.

Con el consenso de las bases del partido, estaba a punto de proclamarse al coronel Peralta Azurdía, como candidato presidencial de la DC para el período 1974 - 1978, pero una intempestiva llamada telefónica del presidente del Congreso, Mario Sandoval Alarcón, paralizó el evento. Necesitaba hablar personalmente, y con toda urgencia, con el secretario de la DC, licenciado René de León Schloter, quien como si se tratara de un empleado subalterno del gobierno, acudió sumiso y presuroso al despacho presidencial, donde se realizaría la junta.

En presencia de Arana, Sandoval le dijo a René de León, que retirara a Peralta de la nómina de candidatos, porque esa candidatura traería graves consecuencias, al poner en peligro la estabilidad política del país. Le preguntó que otros candidatos tenían, y De León le dio los nombres. "Rios Montt nos parece bien", le respondió Alarcón. "De manera que proceda al cambio".

La ambición, la cobardía, el servilismo, y la traición, habían cambiado el destino de Guatemala, tan solo en pocos minutos. Porque si el sentir de las bases del partido, que era el sentir de todo un pueblo, se hubiera respetado, el coronel habría participado como candidato, y su triunfo electoral hubiera sido indiscutible, arrollador, aplastante, porque como decía la gente del pueblo, hasta las piedras eran peraltistas.

Jugando con la imaginación, pienso por algunos momentos, que si no hubiera ocurrido lo que ocurrió, la historia no registraría en sus páginas oscuras, a los gobiernos espurios de los generales, los crímenes políticos que descabezaron la intelectualidad del país, los secuestrados y desaparecidos, las masacres, las viudas y los huérfanos, los lutos y las lágrimas, y talvez todavía vivieran Meme Colon, Fito Mijangos, Fuentes Mohr, Irma Flaquer, y cientos de mártires más, y tampoco se hubiera producido el necesario cuartelazo del 23 de marzo. ¿Y que se consiguió por la falta de pantalones de un guatemalteco?. La respuesta es ociosa: el resentimiento y la frustración del pueblo, y el atraso de Guatemala. Pero yo insisto en que el destino de una nación esta escrito, para bien o para mal.

Al día siguiente del "show" del secretario de la D.C., el coronel Peralta Azurdia, dio a conocer en un comunicado de prensa, entre otras cosas, este señalamiento: " En cuanto a la resolución tomada ayer (12 de septiembre de 1973), por un grupo de directivos del partido Democracia Cristiana, debo advertir que ni me

preocupa ni me extraña, cuando tengo pleno conocimiento de sus actuaciones y de sus propósitos". El comunicado continuaba diciendo "esa decisión, que nunca abrigué que me fuera favorable, no hará variar en nada ni mi lucha ni mis objetivos de unificar a la oposición, para que el pueblo pueda escoger libremente su destino, sin las presiones tradicionales y sin las determinaciones unilaterales de algún dirigente político".

A los pocos días la DC hizo alianza con otros grupos de izquierda, formando el llamado Frente Nacional de Oposición. El coronel había quedado afuera de la contienda del 74, y comenzó entonces la lucha y los coqueteos de los partidos para atraer a su redil el caudal de las corrientes peraltistas. Tanto al coronel como a mí, nos buscaban personeros del "Frente", del PR que postulaba a Neto Paiz, y también del oficialismo. Pero nuestra postura fue terminante, teníamos que mantener nuestras filas cohesionadas, por una parte, y por la otra, la verticalidad del movimiento, sin apoyar a ningún candidato.

Los halagos, los ofrecimientos y las tentadoras ofertas, no se hicieron esperar. Del partido Revolucionario me hablaron algunos líderes, llegando a ofrecerme la vice presidencia, en cambio del respaldo de las fuerzas peraltistas para Neto Paiz. Soy sincero. Neto me visitaba casi diariamente o se comunicaba conmigo por teléfono, pero jamás me habló del asunto. Si me ofreció una recompensa, si la balanza se inclinaba en su favor. Por el lado del frente de oposición, se me propuso la segunda casilla de la planilla de diputados por el distrito central, que estaba vacante por declinación de Villagrán Kramer. Noticia que publicaron algunos medios, entre ellos el semanario Alerta. Del oficialismo, el general Laugerud, me invitó a una entrevista por intermedio de su amigo, y también amigo del coronel y mío, Julio Maza Castellanos.

El diario La Hora en su edición del martes 29 de enero de 1974, destacó a cinco columnas en la portada,

esta noticia: "Se da por seguro apoyo de Peralta hacia Ríos Montt", y como sub título "Fuerzas peraltistas son proclives al candidato del frente nacional de oposición, dijo Salazar Valdés." Sin embargo, oficialmente no concretamos nada al respecto. El movimiento llegó hasta el final, sin respaldar a ningún candidato.

Las fascinantes y tentadoras ofertas que recibí en aquellos días, consistentes en sumas de dinero, o para ocupar cargos públicos, en cambio de que yo inclinara la balanza en favor de cualquiera de las tres opciones, se debía naturalmente a la posición que yo ocupaba en el movimiento Peraltista. Pero tanto el coronel, como mi padre se opusieron a toda negociación política de parte mía. Además mi lucha no perseguía intereses personales, sino prestar mi modesta contribución, para darle a Guatemala un buen gobierno, de honestidad y progreso, como lo había sido el régimen militar. Yo tenía la certeza de que Peralta, era el hombre indicado.

Al quedar afuera del evento electoral, por las maniobras sucias y trinetes del oficialismo, el coronel Peralta convocó a una conferencia de prensa, donde fijó su postura política, y la de sus partidarios, y el camino a seguir. Después de expresar su molestia y tristeza por no haberlo dejado participar, dijo "que no era su propósito inducir a sus seguidores a votar o no votar, ni indicarles el candidato por el que debían hacerlo, por lo que dejaba la resolución de ese problema, a la voluntad de ellos, para que procedieran como lo estimaran conveniente en aras de los intereses nacionales, y de acuerdo con su propio criterio".

Mas adelante Peralta puntualizó en su mensaje: "Lo único que les recomiendo es que continuemos formando los partidos hasta lograr su inscripción, pues como instituciones de derecho público, podrán terciar en los negocios del estado y lograr que no vuelva a repetirse el escarnio de la prohibición de elecciones libres,

patrocinada por la ambición de políticos ajenos al civismo, y el insolente desprecio a los sanos principios de la más pura democracia, sobre los que sustenta la constitución".

Finalmente el ex jefe de gobierno instó al pueblo, para que ni directa ni indirectamente, se contribuyera a apoyar a la coalición de partido oficiales, "y a los que por su trayectoria lo eran, que sería lo mismo que aceptar la imposición del gobierno, que tanto daño nos ha hecho y ha hecho al país".

### **Una elegante cena, con elegantes invitados, y un almuerzo campestre con sabor a campo. El fallecimiento de Coco. Con un ramo de flores, despedimos al coronel**

Nos dimos un fuerte abrazo con doña Elisa Molina, que fue la primera en llegar a la cena. Me entregó un sobre cerrado que abrí en su presencia, con una notita que decía "modesta contribución para los gastos iniciales". Busqué al coronel Vielman que tenía a su cargo la tesorería, y le hice entrega del aporte, sin enterarme del monto, pero imagino que eran bastantes billetes, a juzgar por lo gordito del sobre. En lo que dos camareros servían los obligados jaiboles previos a la cena, fueron apareciendo los demás invitados.

Muy elegante lucía la residencia aquella calurosa noche, de comienzos de agosto. Las luces de colores de los reflectores, brillaban y bañaban con nitidez los jardines, cargados de rosas que, con su variedad de matices formaban una sugestiva policromía. Sobre el verde de la grama, resaltaba una pareja de hermosos gansos de plumaje blanco, que llamaban la atención con su imponente presencia, y que ponían una nota muy singular, cuando se daban a la simpática tarea de perseguir

a los muchachos de la seguridad, que huían velozmente de las agresivas aves palmípedas.

Pasadas las nueve de la noche dio principio la cena. El coronel estaba contento y sonriente, recibiendo a sus invitados con apretones de manos, o con abrazos. Las alegres risas y las bromas resonaban en el comedor, cuando ya estaban presentes los invitados. Se destacaba la brillante personalidad de doña Elisa Molina, única dama asistente al ágape, seguida del doctor Alfonso Ponce Archila, del licenciado Carlos Rafael López, los periodistas Ramón Blanco de El Imparcial, Oscar Marroquín Rojas de La Hora, y Augusto Mulet Descamps, del semanario Alerta. Integraban el grupo de invitados el empresario Julio Maza Castellanos, y los abogados Guillermo Dávila Córdova y Carlos Salazar Gatica. Presidía el coronel Peralta. A sus lados, estábamos sentados el coronel Vielman y yo.

La charla fue muy movida, en que se tocaron tópicos candentes de la actualidad política, salpicada de bromas y chistes de buen humor. Se habló de la intensa cobertura de los medios de información, desde el instante mismo del arribo del coronel, pero el punto capital fue la campaña de ataques de los partidos oficiales, y el tema de las inhabilidades para ser presidente. En ese sentido y de manera unánime, las opiniones coincidieron en que el ex jefe de gobierno, no estaba afecto a las prohibiciones contempladas en los artículos 186 y 187 de la Constitución, que ya habían caducado al momento de impulsar su candidatura.

Precisamente a las seis y media de la mañana, me entrevistaba una vez a la semana, con el licenciado Clemente Marroquín Rojas en la dirección del diario La Hora, que estaba publicando en esos días, una serie de estudios jurídicos sobre el tema, elaborados por competentes abogados, y que yo personalmente le entregaba en propias manos. Nunca olvido que en la

primera entrevista, me dijo que padecía de sordera, pero que no le gritara, sino que le hablara normalmente acercándome a él. Esa vez hizo recuerdos cuando mi señor padre fue su catedrático en la Escuela de Derecho. Me habló muy bien de él, y trajo a la memoria cuando fue oficial de la secretaría de gobernación, siendo mi padre el titular del despacho, durante el gobierno de don Carlos Herrera.



El autor, siendo Secretario General de su partido, entregando al Coronel Peralta la documentación de afiliados. Presencian el Doctor Secord y el Periodista Marco Tulio Trejo Paiz.

Durante los meses que permaneció el coronel, en "la casa del coronel", hubo muchos periodistas que continuamente nos visitaban. Recuerdo la presencia de Irma Flaquer, que trabajaba en el Diario La Nación, y la revista La Semana. Germán Duarte Castañeda de Prensa Libre, Oscar Marroquín Rojas, de La Hora, Rafael Escobar Arguello, del diario La Tarde, Benjamín Paniagua columnista, y los cazanoticias y noticieros de televisión,

Tele Prensa y Cuestión de Minutos, que cubrían la fuente política, que diariamente visitaban la sede social del comité, o la residencia de la zona 7. En esos días el coronel Peralta dio una conferencia de prensa a los corresponsales de las agencias noticiosas internacionales en la casa del coronel Vielman. No recuerdo los nombres de todos los periodistas asistentes, pero entre otros vienen a mi memoria los nombres de Mario David García, de FRANCE PRESS, Julio César Anzueto de DPA, Gonzalo Asturias, de ACAN EFE y Julio Mendizábal de UPI.

A estas alturas "la residencia" se había convertido en una casa presidencial, por la impresionante multitud de personas de toda condición social, que desfilaban diariamente para saludar al candidato de la esperanza, como le llamaba mucha gente del pueblo. Lo folklórico consistía en que protegidos por las sombras de la noche, altos jefes del ejército, ministros y políticos del mero candelero, se asomaban silenciosamente en el parqueo de la 23 avenida, ansiosos de estrechar la mano del candidato y dejar constancia de su adhesión y respaldo. Como la fase política de sumar y multiplicar estaba vigente, se les franqueaba la entrada. Pero como está escrito en las reglas del juego de la política, después vendrían la resta y la división.

Fue en esos días cuando llegó de El Salvador, un viejo y estimable amigo, Guayo Paniagua que tendría la misión de atender los asuntos personales del candidato, como su secretario privado, y coordinar los eventos sociales de la campaña. Le unía una estrecha amistad con Peralta, desde que había sido su secretario de la embajada de Cuba, cuando fue embajador. Años después Guayo subió de rango y estuvo de jefe de la misión diplomática en París, y posteriormente en varios países de la América del Sur.

Las conferencias de prensa se realizaban con bastante frecuencia en el despacho del coronel, y las que

yo convocaba en la sede social del comité, que ocupaba una casa en la 11 avenida y 11 calle de la zona 1. Los días sábados se me entrevistaba en el programa "Estudio abierto", que se pasaba en el canal 7 a la una de la tarde, interesante programa televisivo que dirigía Mario Solórzano Foppa, con un equipo de dinámicos reporteros, redactores y entrevistadores, entre ellos recuerdo a Juan Iriarte y a don Héctor Gaitán, historiador y escritor de renombre, autor de varias publicaciones, entre ellas, "La calle donde tu vives", de corte folclórico y costumbrista.

El tiempo siguió su curso. Recuerdo con mucha tristeza, cuando una noche a eso de las diez, en que me encontraba con Guayo en el comedor departiendo amistosamente, la campana del teléfono sonaba insistentemente, se trataba de una llamada urgente de larga distancia. El calendario marcaba el 22 de noviembre de 1973. Jorge mi hermano había fallecido en un hospital de la ciudad de Nueva Orleans, irónicamente después de una exitosa operación. Fatalmente la mayor arteria y la más importante del organismo humano, llamada arteria aorta, no había resistido la intervención quirúrgica, y al romperse, su muerte se produjo en pocos segundos. En compañía de Guayo tomé camino para su casa en Tikal. Sus cuñadas Chiqui y Mimi ya estaban enteradas del doloroso desenlace. Sus dos pequeñas niñas y Jorgito, ya dormían, ausentes del penoso momento familiar que se estaba viviendo.

Dos días después el cadáver llegó al aeropuerto, acompañado de su angustiada esposa Violetía. En la noche se le veló en funerales Reforma de la zona 9, ante una enorme concurrencia de familiares, funcionarios y ex funcionarios del gobierno, colegas, amigos y conocidos. Al día siguiente fue enterrado en el mausoleo de la familia en el Cementerio General. El comité en pleno encabezado por el coronel Peralta, se hizo presente en aquellos momentos de luto y de dolor.

Una sentida misiva de condolencia recibí del coronel Peralta, dirigida a mí, a mi esposa Ana María y a mis hijos, que decía así:

"Hago llegar a ustedes por este medio, las expresiones de mí mas profunda y sincera condolencia, por el sensible fallecimiento de mi distinguido y querido amigo, y gran colaborador del gobierno militar, el que tuve la honra de presidir, licenciado Jorge José Salazar Valdés, acaecido ayer en la ciudad de Nueva Orleans. La sociedad y el foro guatemaltecos, y particularmente la familia Salazar Valdés, han perdido a uno de sus más connotados valores, ya que por sus múltiples y relevantes cualidades y don de gente, por su capacidad profesional, sencillez e íntegra caballeridad, supo en todo momento conquistar los mayores aprecio y afectos sinceros en los distintos sectores sociales, profesionales y oficiales en los que le correspondió tener una destacada y merecida participación. Quiera Dios que vuestros espíritus, hoy conturbados justamente por tan grande dolor, puedan pronto lograr la mayor resignación posible, manteniendo siempre un legítimo orgullo por haber tenido tan excelente hermano y tío, respectivamente, como lo fue el licenciado Salazar Valdés." En esos días se casó mi hija Ana Lucrecia con Alejandro Mendoza, autorizando el Acta Matrimonial el notario Antonio Colón Argueta. La recepción tuvo lugar en el chalet de mi finos amigos Raúl Mendoza Bolaños y doña Magda de Mendoza, frente al parque de la Industria, pero no hubo música por el reciente fallecimiento de mi hermano Jorge.

Corrían los primeros días del mes de enero de 1954, era una mañana brillante y despejada de sabrosa temperatura. Una caravana de automóviles enfilamos para la pintoresca población de Palencia, a corta distancia de la capital, donde se ofrecía un almuerzo al coronel Peralta, en la finca que fue del coronel Jesús del Cid, entrañable amigo suyo, que se desempeñó como Mayordomo de la

casa presidencial durante el gobierno militar. La bonita propiedad estaba en manos de sus hijos y sobrinos, entre ellos Beto y Ramiro, los dos jefes de seguridad del candidato.

Eran muchos los convidados al almuerzo campestre de la finca de los Del Cid, pero en el pequeño comedor de la familia, observé a un reducido grupo entre familiares y amigos íntimos, y así me lo dijo Beto cuando me introdujo al comedor, que se trataba de un almuerzo de familia, y que el coronel me rogaba que al pronunciar algunas palabras prescindiera de todo aspecto político.

Ocupé un asiento al lado de la esposa del coronel, doña Carmita Carrasco, y de una elegante dama que me presentaron, la señora Montano Novella de Cofiño, esposa del abogado Cofiño. Habían otros invitados, entre ellos, don Félix Montes, suegro de don Carlos Vielman, y doña Estela, esposa de don Carlos. Posiblemente habían dos o tres personas mas, pero no recuerdo sus nombres.

Afuera del comedor de la familia, los largos y estrechos corredores, estaban cubiertos de macetas y jardineras con profusión de plantas y flores, y el patio de arbustos y grandes pinos y graviléas. Muchas parejas disfrutaban del almuerzo, o bien danzaban y charlaban en tanto una marimba de la localidad, ejecutaba modernos y antañones ritmos de música popular.

Al momento del postre, evoqué el episodio lamentable del trágico accidente aéreo del callejón de dolores, donde perdió la vida el piloto aviador Rodríguez Díaz y sus acompañantes, y como único sobreviviente se salvó el joven Francisco Montano Novella, respetable padre de la señora de Cofiño, a quien acababa de conocer. Vestía riguroso luto por el reciente fallecimiento de su señor padre, precisamente de don Francisco, acaecido entonces, 45 años después del fatídico accidente del 28 de septiembre de 1929, en que se salvó milagrosamente de morir. Mi relato les conmovió. Les pareció interesante,

quizás porque habían olvidado algunos detalles por el tiempo transcurrido, o bien desconocían algunos otros, o todo el episodio, particularmente la señora de Cofiño. Doña Carmita también vestía luto por la reciente muerte de su apreciable mamá.

Días antes de las elecciones que se realizaron el domingo 3 de marzo, la atmósfera presagiaba tormentas, pero fuera de los dimes y diretes de los tres candidatos, todo pasó sin que pasase nada. No faltaron obviamente las acusaciones y contra acusaciones de las campañas negras como el carbón, y de toda esa agua sucia que corre debajo de los puentes de la política. Hablando de las campañas negras, no puedo olvidar que tres días antes de los comicios, grupos de campesinos y correligionarios de la capital y de algunos departamentos, se presentaron muy temprano a la residencia del coronel, visiblemente molestos y preocupados cargando en sus morrales paquetes de volantes, "firmados" por el coronel, comunicando que había decidido respaldar al candidato oficial, y que todos sus seguidores tenían la obligación de votar por él. Cuando el coronel me llamó de urgencia a las seis y media de la mañana, lo encontré en su despacho como las once mil vírgenes, que gritaba como un energúmeno, de la cólera y de la indignación al tomar su nombre abusivamente para hacer el llamado de marras, pero le pedí que se tranquilizara, porque ya sabíamos quienes eran nuestros adversarios, faltos de escrúpulos, y muy ligeros en sus principios éticos. Reunimos de urgencia a la directiva del comité, y acompañado de varios de ellos, volé a los medios de información, con una aclaración en la mano, desautorizando de plano el falso llamamiento, y condenando la inclusión de la firma apócrifa del coronel Peralta, a la vez que haciendo un llamamiento a la población, para no dejarse sorprender por las maniobras sucias de los traficantes de la política.

Después de once meses de permanencia en Guatemala, el domingo 2 de junio de 1974, Enrique Peralta Azurdía abandonó "la residencia del coronel", retornando a la ciudad de Miami, donde radicaba desde 1966, después de concluir la gestión del gobierno militar que presidió. En el aeropuerto La Aurora lo despedimos gran número de amigos y simpatizantes, y los cuadros principales del comité, declarando a la prensa minutos antes de su partida, "que se lamentaba que el gobierno hubiera impedido su participación en las elecciones", pero pidió expresar al pueblo guatemalteco que volvería en el momento indicado. "Es de esperar - dijo el coronel Peralta - que las nuevas autoridades, garanticen el libre juego democrático en Guatemala, y que se permita la libre participación de los ciudadanos en los eventos electorales." Opinó que la mejor forma de mantener la paz y la tranquilidad de los guatemaltecos, consistía en respetar sus derechos y sus decisiones ciudadanas, e insistió en que debía garantizarse la participación política de las distintas organizaciones y respetarse la voluntad popular.

Antes de abordar el avión, fue despedido con abrazos y apretones de manos, en tanto mujeres de condición humilde, con lágrimas en los ojos, le hacían entrega de lindos ramos de flores.

**Una baja lamentable: Mario Monterroso Armas. Sufrió un atentado, pero no hicieron blanco. Intentaron secuestrarme, pero se les hizo agua la fiesta**

En los dos meses anteriores al retorno del coronel Peralta a Miami, a raíz de las elecciones, se suscitaron una cadena de deplorables acontecimientos, que no es posible dejar en el olvido, y que deben ser conocidas por el lector.

El 29 de marzo de 1974, se produjo el asesinato político del periodista Mario Monterroso Armas, director del noticiero radial, "Cartones Radiofónicos". Monterroso Armas, fue un excelente colaborador de nuestro Movimiento. El hecho criminal conmovió a la opinión pública, y muy particularmente a la prensa, no solamente por las cualidades tan excepcionales del querido amigo, sino también por su valentía en la defensa de los principios democráticos y en los ideales nacionalistas que sustentaba. En sus comentarios, había expresado virilmente su condena al gobierno de Arana, por su juego maquiavélico al no permitir la participación del coronel Peralta en las elecciones, e impedir la inscripción de los comités que respaldaban su candidatura. En su último programa había exaltado la figura de Peralta, calificándolo como un auténtico patriota, y un hombre que dejó su huella de trabajo y honestidad en el gobierno que formó. El coronel lamentó profundamente lo ocurrido, y condenó con vehemencia el asesinato del periodista. "Uno más - dijo- de la ola sangrienta después de los comicios electorales, que viene a enlutar innecesariamente a una familia, y a la sociedad guatemalteca en general". Estuvo en las exequias, y permaneció por algunos minutos al lado del ataúd. Manifestó su pésame a los deudos, pidiendo a Dios por el eterno descanso del alma del apreciado amigo, cobardemente asesinado. Millares de personas visiblemente condolidas acompañaron al entierro, que salió a las tres de la tarde y fue inhumado hasta bien entrada la noche, por la cantidad de oradores que resaltaron sus cualidades, a la vez de exigir a las autoridades el pronto esclarecimiento del execrable crimen. En compañía del doctor Secord, asistí a los funerales, y en nombre del movimiento expresamos nuestras condolencias a su afligida familia.

A los nueve días del trágico fallecimiento de Mario, se ofició una misa de réquiem en la iglesia La

Merced a las seis de la tarde, a la que yo asistí en representación del coronel, pero como faltaban unos quince minutos para que comenzara, me bajé del carro y di la vuelta a la manzana para caminar un poco a pie, atravesando por el callejón Delfino, donde me entretuve con varios estudiantes, que estaban en una casa preparando un boletín de la Huelga de Dolores. Regresé y entré a la iglesia. Permanecí en la ceremonia religiosa hasta que finalizó. Fui el primero en salir en compañía de Oscar Mendoza, uno de mis hombres de mayor confianza del comité. Estábamos conversando en el atrio, cuando sorpresivamente pasó encima de mi cabeza, a pocos centímetros, una granada o una bomba, no se bien que era, pero la percibí con el clásico aullido de estos artefactos, que creo que hasta me levantó el pelo, pero lo que sí es cierto es que me paró el pelo. Luego estalló con gran estruendo en la ventana del segundo cuerpo de la policía, provocando serios destrozos en el laboratorio del "hospitalito". La prensa destacó al día siguiente la noticia pero sin mención alguna a mi persona, afortunadamente no habían periodistas. La alarma cundió entre los asistentes a la ceremonia, y entre la gente que pasaba por el lugar, presas de nerviosismo. Con Oscar alcanzamos a ver una camionetilla que se estacionó en la quinta calle, y que se esfumó rápidamente después del disparo, sin poder identificarla por la rapidez en que había ocurrido todo. Nos retiramos y abordamos el carro, sin darle importancia al suceso que lo consideramos fortuito, porque en esos días las bombas estallaban por todos lados y a cada rato. Pero esta, por poquito me vuela la cabeza.

Yo tenía secretamente organizado en el comité, un pequeño grupo que me era muy útil para muchas cosas, entre ellas seguir los pasos de todos los negocios que se cocinaban entre bambalinas, algunos no muy cristianos, y en esta oportunidad, ellos por su cuenta y riesgo, se dieron a la tarea de investigar el incidente del atrio de La Merced.



Llegaron a una conclusión, que para ellos era lógica e irrefutable, al señalar en su informe que dentro de mis propias filas se había fraguado mi liquidación física. Si asumimos que mis investigadores estaban en lo cierto, entonces me pareció inaudito, inverosímil, increíble. No había sido un hecho casual, fortuito, como creímos con Oscar. Tuve que hacer esfuerzos extraordinarios para no creerlo, pero si así fue, como señalaba el informe confidencial, quiere decir que se intentó asesinarme por esas perversas corrientes, que se mueven siniestramente a la sombra de los partidos, pero que están organizadas y dirigidas por los cuadros medios, y financiadas por una o mas cabezas, que se mueven en la cúpula del partido, a manera de autores intelectuales. Pero esto dentro del peraltismo, según mi criterio, no era posible que existiera. Sin embargo, el informe enfatizaba que lo que se buscaba con mi asesinato, era crearle al gobierno de Arana, -que por cierto se estaba tambaleando-, un grave problema, y quizás conseguir así su caída, aplicando aquella moraleja de que "el fin justifica los medios". Yo hice "mutis" y lo mismo le recomendé a mi servicio secreto. Ni al coronel se lo comuniqué, mucho menos hacer un escándalo por la prensa. Yo sabía porque procedía de esa manera, porque si el fallido atentado, lo hubieran publicado los medios, el desprestigio del movimiento, hubiera sido tremendo. Si hubiera venido de afuera, que hubiera sido lo más lógico, entonces no me hubiera quedado callado. Pero se me hacía cuesta arriba, de que el golpe se hubiera fraguado adentro, cuando todos los cuadros superiores, que formábamos una especie de hermandad, cuando menos así lo creía yo; que estábamos imbuidos de una misma mística; de una misma filosofía política, y del mismo idealismo hasta conseguir el triunfo electoral del candidato, procedieran con tanta perversidad.

Mi pequeño servicio secreto, me pasó otras informaciones, que me pararon el pelo, mas que la

granada del atrio de La Merced. Entonces, pese a mis esfuerzos, de no dar crédito a esos informes, comenzó a invadirme la duda. "Las tenebrosas corrientes ocultas que se movían subterráneamente, con mucha astucia y sigilo, pero sin ninguna habilidad profesional", (decía el informe), "no pertenecían a los servicios de seguridad del "peraltismo", eran ajenas al Movimiento, que estaban integradas por individuos mafiosos de la calle, contratados por dirigentes de nuestra entidad, para ejecutar acciones violentas dentro de nuestras propias filas, tendientes a propiciar un ambiente proclive para botar al gobierno".

Las siguientes operaciones terroristas, (proseguía el parte), consistían en primer lugar, en asaltar la sede social del comité en la once avenida. Saquear la oficina de la secretaría general, destruir cuanto documento encontraran, golpear al guardián, amarrarlo en una silla, tapándole con esparadrapos los ojos y la boca, luego hacer el gran escándalo, echándole la culpa al gobierno de Arana, y esperar sus reacciones y su posible derrumbamiento. "De fortuna" (concluía), "la infernal maniobra llegó a oídos del coronel, que la desbarató dando puñetazos en su escritorio, pero él no sabía quien o quienes formaban el grupo terrorista".

Sin dar tregua a sus perversos propósitos, (fue otro informe), esta vez de nuevo me echarían el ojo, acordando mi secuestro, preparando cuidadosamente todo el plan hasta en sus más insignificantes detalles, pero cuando se preparaban a dar el zarpazo, (sostenía el parte confidencial), el coronel fue informado, y paró en seco el golpe. Si nuevamente asumimos que el informe estaba ceñido a la verdad, fácil es deducir que lo que pretendían los que manejaban el frente interno, era botar al gobierno, golpeando duramente al peraltismo, y echándole la culpa a Arana, que ya tenía sus maletas listas para abandonar el poder. En esa dirección, se supo de buena fuente, que el presidente Arana estuvo a punto de abandonar el poder,

pero la intervención de su familia lo impidió. Si a mi me escogieron como chivo expiatorio, fue naturalmente porque yo era la figura política mas visible del movimiento. Y en ese sentido me vienen a la mente las palabras de mi señor padre, cuando decía que el que se mete a la política, debe hacer una renunciación no solamente de su vida, sino también de sus bienes. En consecuencia, si lo que he dejado escrito en los párrafos anteriores, hubiera sido verídico, entonces el único responsable de lo que me hubiera ocurrido, hubiera sido yo, por meterme en la política.

Una noche que me encontraba en el comedor con el grupo de correligionarios, que solíamos reunirnos casi todas las noches, salió el coronel de su dormitorio y me llamó. Me entregó un papelito, y me dijo que sus amigos de la judicial, se lo acababan de entregar. Que lo leyera, que tomara nota, y las precauciones necesarias. El minúsculo papel color amarillo, contenía los nombres de cinco personas, encabezadas por mí. Le pregunté de que se trataba, que significado tenía. El me respondió, que Mario Sandoval había dado la orden de liquidarlos.

Para que se entere el lector, de lo desdichado e incomodo que me sentía en esa posición política, le cuento lo siguiente: Una mañana que llegué a la sede del comité en la once avenida, dentro de la correspondencia recibida, me llamó la atención un sobre que decía con letras grandes manuscritas "muy urgente, muy urgente, muy urgente". Leí la carta, que mas bien era un pedazo de papel anónimo, aunque suscrita con el nombre "los buitres justicieros": me imponían un plazo de diez días, para que renunciara de la secretaría general del comité, y abandonara el país, de lo contrario mi familia pagaría el pato, porque conocían "mi guarida". Ese ultimátum se debía - según decía el papel -, por haber traicionado al PID (Partido Institucional Democrático). Efectivamente, yo fui afiliado a ese partido, desde su fundación, aunque

jamás participé en ninguna actividad. Mi primer paso antes de iniciar las gestiones del F.U.N., fue presentar mi renuncia ante el registro electoral, como lo manda la ley. Tiré el papel a la basura y no le hice caso.

La represión contra nuestras filas, de parte del gobierno, se había mantenido antes y después de las elecciones del 3 de marzo de aquel crítico año. Tuvimos que lamentar con profundo dolor, el plagio y asesinato de uno de nuestros mejores valores, el joven abogado Francisco Alvarado Martínez - Paco Alvarado - que se desempeñaba como inteligente asesor jurídico del movimiento, y cuya colaboración me fue muy valiosa en la conducción del comité. A Paco lo interceptaron en su carro cerca del cementerio, una mañana en que se dirigía a la residencia del coronel. Unos esbirros del gobierno, pistola en mano se subieron a su carro, y lo llevaron a la judicial donde lo torturaron cruelmente toda la noche. En horas de la madrugada lo lanzaron en su carro a un profundo barranco a inmediaciones de San José Pinula. El cadáver se encontró destrozado, con visibles señales de torturas provocadas con verdugillo. Se supo que Paco había hablado de política con un amigo suyo, que era oficial de la base militar del puerto de San José, pero parece ser que su ingenuidad lo perdió. En la funeraria le rendimos honores póstumos, y en el cementerio el doctor Secord pronunció una sentida oración fúnebre.

Otro caso fue el de Alberto Yáñez, un campesino activista del Quiché, que fue secuestrado saliendo de la sede del comité, no sabiéndose jamás de él.

## OCTAVA PARTE

### Variaciones sobre el mismo tema. Confórmase la Coordinadora Peraltista. El terremoto del 4 de febrero y las canastas de pan

Ese domingo 2 de junio de 1974, entre otras visitas, llegó a verme Roberto Secord a la casita campestre, para enfocar la situación que se había suscitado a consecuencia del regreso del coronel Peralta a su residencia en Miami. Teníamos que entrarle a un análisis de los pasos a seguir, después de casi un año de una incansable e infructuosa lucha política, por conseguir su participación en las elecciones del 3 de marzo, y de la odisea que habíamos atravesado jugándonos el todo por el todo, hasta nuestra propia existencia, ya que estábamos seriamente amenazados en nuestra integridad física.

El día anterior despedimos al coronel, con un almuerzo en el comedor de la residencia, concurriendo familiares suyos, dirigentes y allegados al movimiento, que hacían uso de la palabra con elocuentes expresiones de solidaridad y de abnegación al movimiento peraltista. Se resaltó, y se hizo énfasis, en la respuesta afirmativa de los sectores de opinión, que habían respondido patrióticamente al llamamiento del candidato, y de los líderes políticos de los dos comités, que habían apoyado su candidatura, lamentando la cancelación de uno de ellos, juntamente con otros dos más que buscaban su inscripción como partidos.

Al concluir la charla invité al doctor Secord a dar una vuelta por la residencia, que se hallaba en una penumbra desconsoladora, con las puertas y portones de acceso cerradas a piedra y lodo, sin alma viviente, en un deprimente contraste con las noches anteriores llenas de bullicio, de calor, de luz y de actividad. Dimos media vuelta, y más volando que corriendo, salimos de "la

residencia del coronel" cuando se percibían las primeras sombras de la noche. Me sacudió un frío intenso, pensé que habíamos sufrido un colapso, que todo se había derrumbado, y que el gran movimiento se quedaba tirado a la media calle. Pero no era así, la actividad política se reanudaría sin la presencia del coronel. Dentro de pocos días, volveríamos a la lucha, con renovadas esperanzas y certeza en el triunfo final...y que por cierto nunca llegó...

El tiempo pasó con prontitud. Mi correspondencia con mi querido jefe y amigo, se reanudó como antes. Volví a remitirle mis comentarios del acontecer político, y las bolas y chismes del momento que vivíamos.

El doctor Secord me visitaba todos los sábados en la casa de mi padre, con la presencia de él. Nunca le faltaban algunos acompañantes, como don Carlos Alvarez, Edgar Nicolle, Neto Samayoa y Carlos Sagastume. De mi parte, el infaltable Guicho Vallejo, íntimo amigo de la familia, que jamás conoció ni la tristeza ni las preocupaciones, porque su vida discurrió entre la broma y la risa. Con alguna frecuencia se encontraban también, frente al bar, don Guillermo Dávila, don César Izaguirre o don Carlos Rafael López.

El 3 de febrero asistí a una reunión en la casa del doctor Secord, de la zona 12, departiendo con viejos amigos de la campaña. En compañía de Sarita su esposa, abordamos su vehículo a la media noche, hasta dejarme en mi residencia. Escasamente hacía una hora que me había metido a la cama. Dormía placenteramente, pero desperté exaltado, porque un montón de cajas de cartón, que guardaba encima del closet, se habían precipitado sobre mí. De pronto me vi envuelto en un laberinto de adornos navideños, desde los leños rústicos que elaboraban mis hijos, hasta pastores, ranchitos, arbolitos de pino, pedazos de vidrios para figurar ríos, hasta el hermoso paisaje que adornaba el nacimiento. Por fin el antiquísimo Niño Dios, de tamaño natural, que estaba

sentadito a mi lado. Mientras este extraño suceso me ocurría, suponiendo que se trataba de una pesadilla, oí la voz de Ana María, que angustiosamente exclamaba frente a la imagen de la Virgen de Guadalupe y un Crucifijo, "Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Dios Inmortal", al tiempo que me gritaba que estaba ocurriendo un tremendo terremoto: era el terremoto del 4 de febrero de 1976. Haciendo prodigios me desembaracé de todos los chunches que tenía encima, me clavé una bata, y salimos con mi mujer a la 23 avenida, donde la gente presa de tremendo pánico se movía enloquecidamente de un lado a otro, si saber para donde agarrar.

La casa solo se bamboleó porque estaba construida de una estructura metálica, y la misma suerte corrió la casita campestre, donde vivía mi tía Lolita, y de lo que ya hablé en los principios de VIVENCIAS. En medio de aquel caos provocado por el terremoto, en que mucha gente pobre había quedado en una verdadera lipidia, en que los pobres niños reclamaban, aunque fuera un pedazo de pan, mis hijos Mito y Juancho, haciendo honor a sus sentimientos humanitarios, a los pocos días después, concertaron con unos amigos propietarios de una panadería de la zona doce, la distribución de pan a los barrios mas necesitados de la zona siete. Salían de la casa cargando enormes canastos de sabroso y bien elaborado pan caliente, pero al doctor Secord se le metió en la cabeza politizar aquella situación, que le venía de perlas, y entonces en nombre del coronel Peralta, cargando el pan caliente se hizo cargo de distribuirlo en medio de la alegría de la pobre gente, especialmente de los menores, que con palabras llenas de ternura agradecían al coronel su generoso corazón. Bien dice el argot popular, "que nadie sabe para quien trabaja".

Volvamos de nuevo a la política. La Coordinadora Peraltista nació como un imperativo para mantener viva la llama del movimiento. Para que el nombre del coronel

Peralta, se mantuviera vigente, y no se fuera perdiendo con el paso del tiempo, sino al contrario, seguir en la lucha promocionando su figura, hasta llevarlo a la conducción de los destinos del país. Como se comprenderá, el objetivo que se perseguía, consistía en preparar el nuevo intento para su participación electoral, en el siguiente relevo presidencial en 1978.

Lo que me preocupaba continuamente, era caer en la misma situación anterior, es decir, que partido patrocinaría su candidatura, porque no había ni la más remota esperanza de que me autorizaran el comité como institución de derecho público. En ese sentido, el pueblo entero podría respaldarlo, pero sin la patente que la da el partido no podría figurar como candidato. Ese era el intrínquilis. En medio de aquella incierta situación, plagada de conjeturas, sin respuesta positiva alguna, en que no se encuentra por ningún lado la salida del callejón, una mañana oscura y lluviosa de finales del mes de junio de 1977, de aquellas mañanas frías con el cielo encapotado, en que dan deseos de tirarse a la cama y meterse entre las chamarras, inesperadamente surgió una luz al final del túnel. Recibí una llamada telefónica de mi buen amigo el doctor Carlos Cifuentes Díaz, mas conocido como "Tacifiro", solicitándome una entrevista para hablar de política. Yo le respondí que a las seis de la tarde estaría con él en su oficina del Movimiento de Liberación Nacional, del cual era prominente corifeo. A grandes rasgos me explicó el objetivo de la entrevista. Me contó que había visitado las filiales de su organización política, y que había encontrado un consenso favorable a la candidatura del coronel Peralta, que se vislumbraba como un candidato potencial para la presidencia.

A los pocos momentos me comuniqué con el coronel, a su casa en Miami. Me respondió que le formalizaran la propuesta, para establecer un pacto de condiciones. Y antes de finalizar el año, el coronel estaba

inscrito como candidato de la Liberación. Su llegada a Guatemala fue una apoteosis. No solamente en el aeropuerto, donde centenares de personas lo llevaron en hombros desde que bajó de la avioneta procedente de El Salvador, sino en su recorrido por el centro de la capital, en dirección a las sedes sociales del MLN y del F.U.N., no menos de un millón de personas le dieron la bienvenida. El entusiasmo de la gente se manifestó en una lluvia de flores, globos de colores, retazos de papel de china, además de los cohetillos y las bombas voladoras. Por parte de la liberación, el saludo de bienvenida corrió por cuenta de Mario Sandoval, y en el comité me correspondió a mi tomar la palabra, donde hice énfasis del apoteósico recibimiento que le tributó el pueblo. Y no se crea que solo personas capitalinas de bien vestir, hicieron presencia en la recepción. Tal vez se destacaban mas visiblemente dentro de la multitud, los sombreros de petate y el huipil, de quienes habían llegado desde los mas apartados rincones del país.

El coronel ya no se hospedó en "la residencia del coronel", porque fueron tantos los destrozos que se causaron a la propiedad, y un diluvio de molestias, que mi padre se negó a prestarla de nuevo, decisión suya que yo compartí con pena, pero plenamente.

Ante millares de partidarios, la campaña se inició en la Basílica del Cristo de Esquipulas, en los primeros días del mes de enero de 1978. Recuerdo con simpatía, que la frase "la voz del pueblo, es la Voz de Dios", que pronuncié en el mitin de apertura, se tomó como caballito de batalla en la propaganda publicitaria. En esos días comencé a sentirme cansado, agotado, fatigado, sin fuerzas para seguir la lucha, y es que mi salud estaba deteriorándose a pasos agigantados. Además pensaba, quizás equivocadamente, que mi turno dirigencial ya había pasado, no obstante la cordial relación que me unía con Mario, mandamás de su partido, y ya no digamos con

el coronel cuyo cariño hacia mi persona, y el mío hacia él, no había variado ni un ápice. Pero a pesar de eso, consideraba que los cuadros superiores del movimiento debían renovarse. Al extremo que la casa de la campaña en la 5ª. Avenida 1 - 47 de la zona 9, la visitaba esporádicamente, pese a los continuos llamados del coronel, y de Mario.

Y un día tomé la resolución de presentar mi renuncia como secretario general. Dirigí al candidato una carta el 24 de enero de aquel año, que entre otras cosas señalaba lo siguiente: "Motivos personales me imposibilitan continuar en lo sucesivo, desempeñando la secretaría general del comité, cuya documentación se encuentra pendiente de las últimas resoluciones en el registro electoral. Quiero expresarle mis más sinceros agradecimientos por las finas atenciones que me dispensó desde el mes de abril de 1972, en que fueron comenzados los trabajos preliminares tendientes a proponer su candidatura presidencial. Ahora me siento sumamente complacido, al observar que todo el esfuerzo desarrollado, no ha sido en vano, ya que el pueblo de Guatemala mayoritariamente, lo reclama para que guíe los destinos de la Patria. Comprendo, querido coronel, que ya es tiempo que los cuadros directivos, sean renovados por nuevas figuras de hombres y mujeres, capaces, dinámicos y de absoluta lealtad al Movimiento, máxime en estos momentos en que se libra la última batalla legal frente a las autoridades electorales".

En los últimos párrafos de mi carta, expresaba al coronel, que estaba plenamente consciente, y me responsabilizaba de la determinación que asumía. Que era irreversible la separación de mi cargo y que ese paso bien meditado, no significaba que no mantendría las más cordiales relaciones de cooperación con el Movimiento.

La junta directiva del comité rechazó mi renuncia. Protestó enérgicamente. Similar actitud adoptaron la

mayoría de las filiales. Pero yo me hice el fuerte, y ratifiqué mi renuncia, depositando el cargo en mi buen amigo licenciado Arturo Chur Del Cid.

La campaña electoral siguió exitosamente adelante. Cuando menos en los lugares cercanos, formé parte de la comitiva, pero no intervine en ningún mitin. Asistía como un simpatizante común y corriente, así me sentía cómodo, tranquilo, de haberme quitado de encima una montaña escabrosa, demasiado pesada y peligrosa. Sin embargo, la amenaza del anónimo de los llamados "buitres justicieros", no dejaba de ponerme en el avispero, como quien dice "con la espada de Damocles encima", no porque le tuviera temor a la muerte, la había visto de cerca muchas veces. No le tenía miedo. Pero si me preocupaba mi familia. Pues bien, aunque la amenaza estaba vigente, la única precaución que me acompañaba, fueron dos guarda espaldas que me fueron asignados, que siempre los evadía, porque cuando los representantes de la maldad, disponen asesinar a una persona, se la echan con todo y los flamantes guarda espaldas. Además toda mi vida he sido refractario a que camine gente atrás de mi, he preferido ir solo, que mal acompañado.

Como candidato a la vice para integrar el binomio con el coronel, se designó al médico y prominente finquero de Coatepeque, don Hector Aragón Quiñónez, de los cuadros altos de la Liberación, con quien mantuvimos lazos de respeto y amistad cordial.

Recuerdo con buen humor, cuando se me invitó a una reunión de la rama femenina de los partidos, que se realizó en un postinero chalet de la zona trece, con la asistencia de unas ciento cincuenta damas, siendo yo el único hombre que estaba presente, por lo que me pusieron el mote "el bendito entre las mujeres". La mesa fue presidida por doña Carmita, por la joven y simpática esposa de don Héctor, y por mi. A instancias de la "futura primera dama", dirigí un mensaje, instándolas a

intensificar la lucha hasta conseguir el triunfo final. Lo gracioso consistió en que cuando advertí que el fraude estaba cocinándose, una de las lideresas, -no recuerdo bien si fue la Conchita Estévez o doña Margarita Rico de López-, me interrumpió pidiendo la palabra para una aclaración. Le fue concedida, y dijo que yo estaba mal informado, "porque el fraude no se estaba cocinando, sino que ya estaba bien cocinado". Con las notas musicales de una marimba, que amenizó la reunión, que interpretaba en ese momento, "Luna de Xelajú", me fue servida una taza de chocolate de Salcajá, y un pache cobanero, momentos antes de retirarme, no sin antes repartir besos y abrazos entre muchas damas y damitas, de la nutrida concurrencia de aquella alegre concentración.

Las fraudulentas elecciones se realizaron sin contratiempo alguno, el domingo 5 de marzo de 1978. El triunfo del coronel Enrique Peralta Azurdia fue incuestionable, porque así lo revelaban los datos preliminares, al extremo que las agencias internacionales de noticias, así lo dieron a conocer al mundo entero. Loty mi hermana que radicaba en ese entonces en la ciudad de Nueva Orleans con su familia, me contó que en su casa hubo fiesta al conocerse el triunfo del coronel. Aquí en Guatemala, no solamente en la capital, sino en todo el país, también hubo fiestas, celebrando el triunfo del candidato escogido por el pueblo. Las sedes tanto del F.U.N. como del MLN estaban repletas de gente, no cabía ni un alfiler, y el jubilo se manifestaba con vivas, aplausos, y el tronar de cohetes y bombas. Las calles adyacentes a las casas de los partidos, estaban bloqueadas por infinidad de automóviles, y toda clase de vehículos. Yo recibí innumerables felicitaciones, traducidas en abrazos de mujeres y hombres, a quienes respondía que el triunfo no era mío, ni de los dirigentes, ni de los partidos, sino del pueblo guatemalteco, que había respondido con patriotismo, al llamado de su conciencia.

Pero antes de que el gallo cantara tres veces, la perversa traición al pueblo, que había comenzado mucho antes, se había consumado. La indeseable "cadena nacional de radiodifusión", interrumpió los resultados del escrutinio. La preocupación se apoderó de la ciudadanía, de todos los que habíamos puesto nuestros mejores empeños, por darle al país un buen gobierno de trabajo y honestidad. Nuestros esfuerzos se habían derrumbado. Fue a estas alturas cuando Mario Sandoval, siendo el Vice, salió para el registro electoral, pero ya las puertas se encontraban a piedra y lodo. En camiones del ejército habían trasladado las urnas y toda la documentación y papeletas al edificio de Guatel en la zona nueve. A puerta cerrada terminaron de cocinar el pastel del fraude, que el humor chapín bautizó con el nombre de "el guatelazo", e ingratamente así figura en los anales de las páginas negras de la historia de esta pobre patria. Romeo Lucas y Francisco Villagrán, asumieron fraudulentamente el poder el 1º. de julio de aquel ingrato año de la vida política de la nación.

Una vez mas, otra gran estafa política se había cometido. Nuevamente se burlaba la voluntad popular, como había ocurrido cuatro años antes, (1974), y como ocurriría ocho años después, (1982). Había comenzado uno de los gobiernos más sanguinarios de la historia patria, que descabezó cruelmente a la intelectualidad guatemalteca. En que no se escapó ni un solo sector en ser golpeado por la persecución, el secuestro o el asesinato. Por esa razón, el pueblo recibió con beneplácito, el cuartelazo del 23 de marzo de 1982.

### **El comité se convierte en partido, jubilosa celebración. La incomprensión provocó el cisma. Cumbre contra la violencia, rechazan propuesta para diálogo con guerrilla.**

Eran las diez y media de la mañana, en la víspera de navidad de 1978, cuando fui notificado en el registro electoral, que el comité pro formación del partido político "Frente de Unidad Nacional", identificado con las siglas F. U. N. , había cumplido con los requisitos legales y que quedaba inscrito como institución de derecho público. De acuerdo con la resolución, volví a la secretaría general, o mejor dicho a la dirección general, porque con esa denominación figuraba en los estatutos el personero legal y representante del partido. Los medios de información, destacaron la noticia como un acontecimiento en la vida política de la nación. El Gráfico, Diario La Tarde, Prensa Libre, El Imparcial, Impacto, La Nación y La Hora, desplegaron la información ese mismo día, o al día siguiente, en sus portadas a cinco y ocho columnas. O sea que además del F.U.N., ya estaban en funciones el Partido Nacional Renovador (PNR) de Alejandro Maldonado y Danilo Roca, Central Auténtica Nacionalista (CAN), Luis Alfonso López, y esperando turno el Frente Unido de la Revolución (FUR) de Manuel Colón Argueta y Miguel Angel Andrino.

Jamás imaginé que mis primeras declaraciones a la prensa, provocarían una furiosa embestida de un grupo de directivos y afiliados, que tergiversaron mis palabras, retorciéndolas a su sabor y antojo, y que alcanzó tales dimensiones, que me hicieron pasar los más negros y tormentosos momentos de mi vida política. Porque mi intención no fue desplazar al coronel Peralta del partido, solamente en una mente ofuscada podía haber semejante cosa, sino cumplir a cabalidad con los estatutos, que en una organización de derecho público, es una especie de

carta magna. Por eso cuando los periodistas me preguntaron si el coronel sería al futuro, el candidato presidencial, yo respondí, que era demasiado prematuro hablar de candidaturas, ya que faltaba mucho tiempo para el siguiente relevo del poder. "En tal caso" - les dije - "el estatuto establecía la convocatoria a una convención nacional, para que la base escogiera dentro de una terna de pre candidatos, a la persona que se nominaría para tal cargo". Ya lo creo que al llegar el momento indicado, a él hubiera escogido el partido como candidato, porque las filiales así lo hubieran exigido, y yo en lo personal mantenía mi lealtad al coronel. Esto era evidente, porque si yo promoví su candidatura, la impulsé contra viento y marea, a través del comité, el fin perseguido era llevarlo a la presidencia. Y de eso estaba empapado el gobierno. Tan es así, que meses después de estos acontecimientos, el gobierno de Lucas me puso entre la espada y la pared, dentro de esta alternativa: o soltaba el timón de mando, o me liquidaban físicamente. Para esto planearon mi secuestro, que por un hecho fortuito fracasó, pero que de todas maneras al final de cuentas me arrebataron el partido. A esto me referiré en este mismo capítulo, más adelante.

La maleficencia humana, la incompreensión, la intolerancia, y la perversidad, cambiaron los papeles, a tal extremo que se cerraron todas las puertas para un diálogo o comunicación con él. A mi modo de ver el panorama, el coronel Peralta tenía que haber asumido una postura conciliadora, en vez de su actitud unilateral a favor de mis detractores. Perdí a muy buenos amigos, con quienes mantuve estrechos lazos de amistad sincera, y lo más doloroso para mí, fue haber perdido la confianza y la amistad del coronel, que se dejó arrastrar por las bajas pasiones de quienes se convirtieron en mis furibundos detractores. No escatimaron oportunidad para atacarme. En los medios de comunicación, se publicaban

declaraciones y escritos de ellos, con toda clase de injurias y calumnias, tildándome de traidor al aseverar falsamente, que el gobierno me había entregado una fuerte suma de dinero. Esto último lo creyó Peralta a pie juntillas, y así se lo dijo a don Carlos Rafael, quien se comunicó conmigo telefónicamente, para contármelo, después de regresar de Miami.

De acuerdo con el estatuto del partido, porque así lo exigía la ley electoral, antes de 30 días después de su autorización, o sea el 11 de enero de 1979, se celebró "aparentemente" la primera asamblea nacional, asistiendo delegados, "supuestamente", de casi todas las filiales de la república, asamblea que fue convalidada por el registro electoral. Salí electo como secretario general, o mejor dicho como director general, que ese era el cargo que aparecía en los estatutos, del personero y representante legal. He empleado los adjetivos aparente y supuesto, porque esa primera convención del partido fue fraudulenta, hipotética, no se realizó. Fue una obra magistralmente fantasma montada por el abogado Gabriel Girón, asesor del Movimiento. En esa oportunidad también di declaraciones a los periodistas, e insistí en respetar al pie de la letra los estatutos. La actitud rencorosa de mis ex compañeros del comité, se recrudeció al rojo vivo, después que el registrador electoral don Walfre Orlando Del Valle, anuló la convención celebrada en el salón Chino, presidida por Peralta, y reafirmó como válida la que yo "había presidido".

¿Por qué razón acepté esa situación reñida con la ley, y con mis principios?. ¿Qué circunstancias influyeron en mi "incorrecto" proceder?. La explicación, ceñida a la verdad, es la siguiente: yo tenía que rescatar al partido de las garras del oficialismo, porque si hubiera caído en manos del coronel Peralta, el gobierno de Lucas no hubiera escatimado ningún procedimiento, por inescrupuloso que fuera, para quitárselo de las manos, y



toda la lucha de tantos años se hubiera esfumado en unos instantes. Por eso procedí como lo hice, a sabiendas de la farsa que estaba representando, pero era la única salida para sacar momentáneamente a la empresa, del atolladero en que estaba. Mi persona constituía en ese momento, la única alternativa para el gobierno, por aquello que de dos males hay que escoger el menor. Por eso se me confirmó en el puesto de secretario general, pero con la mira de sacudirse de mí, como así fue al final de cuentas. Si mis relaciones con el coronel no hubieran estado interrumpidas, estoy seguro que no me hubiera sacado de apuros en esta emergencia. Por la austeridad de su carácter, el coronel era una persona inflexible en estas situaciones, y hubiera rechazado de plano, las reglas del juego político, echando a perder todo antes de tiempo. Y en mi concepto, bien valía la pena, después de tanta lucha, quemar hasta el último cartucho, en aquella guerra desigual.

Como tenía que suceder, poco a poco la tormenta fue calmándose. Las aguas volvieron a su cause normal. La borrasca se había alejado lentamente, después de mas de un año de recibir injustos y virulentos ataques. Fotografías y hasta caricaturas más, ocuparon espacios en los periódicos. Editoriales y comentarios de los medios de comunicación, y de los dirigentes de otros partidos, razonablemente condenaban el deprimente y bochornoso espectáculo, que ponía en un brete la credibilidad de la clase política. Guardé por pocos años esos periódicos, y al leerlos me asomé, y me di cuenta que muchas de las declaraciones contra el coronel, atribuidas a mí, jamás salieron de mi boca y nunca las hubiera dicho, como esta a cinco columnas: "Salazar Valdés: se acabó la oportunidad de Peralta", u otra que decía que si el coronel insistía en ser candidato, que formara su propio partido, y otra mas en que pusieron en mi boca, el hecho de que como el coronel estaba muy anciano, debería olvidarse de la

política. Pero ya dejemos a un lado estas penosas rememoraciones, que a pesar de su lejanía, me causan dolor y angustia, porque me infligieron tan hondas heridas, que costó bastante que el tiempo las restañara. Es mas simpático y edificante, a pesar de los pesares, que sigamos adelante con estos otros apuntes, que recogen otros aspectos de mi inquietud política.

Corre el año de 1979. En el curso de ese año, fui invitado y asistí a tres importantes eventos políticos, como personero legal del partido.

El primero se realizó en la Universidad Rafael Landívar, organizado por el doctor Gabriel Aguilera, catedrático de ciencias políticas, para cuyo efecto sostuve en la "ex residencia del coronel", dos mesas redondas con un grupo de tres señoritas y dos jóvenes, alumnos de ese curso, para preparar la charla que duró una hora en el aula universitaria. Abordé aspectos concernientes a mi partido, desde su nombre y su significado. Su emblema la antorcha, las bases fundamentales de su estructura, su mística y su filosofía, pasando por los estatutos, la plataforma ideológica, los trámites de inscripción, las sesiones ordinarias y extraordinarias, cuotas y contribuciones para su sostenimiento. Hablé también de las convocatorias a las convenciones nacionales, el procedimiento a seguir para la escogencia de candidatos de elección popular, y el número de delegados asistentes, después de la calificación de credenciales.

Los últimos veinte minutos de la clase, se destinaron a preguntas y respuestas, y una de ellas que fue de cajón, se refirió al cisma interno que lamentablemente se produjo a pocos días de su inscripción. Mi respuesta abundó en los argumentos mas o menos sostenidos en aquella oportunidad, que aparecen en mi relato, en renglones anteriores. En esta serie de interesantes simposios, participaron asimismo, separadamente, los representantes de los otros siete partidos, que

totalizábamos ocho organizaciones políticas vigentes en ese tiempo.

El segundo evento, tendiente a sentar las bases contra la violencia para un entendido de paz social, tuvo lugar en el Consejo de Estado, con la presencia del vice Villagrán Kramer el 8 de marzo a las 10 de la mañana. Asistimos siete entidades políticas, siendo los representantes los siguientes colegas. Jorge Torres Ocampo, por el MLN, José María Moscoso y Daniel Corzo, por el CAN, Federico Salazar y Gabriel Girón, por el F.U.N., Edmond Mulet, por el PNR, Miguel Angel Andrino y Américo Cifuentes, por el FUR, así como Carlos Gehlert y José Federico Gularte, por un comité pro formación de partido.

Por su parte la Democracia Cristiana, promovió una serie de reuniones con los partidos y comités, con el fin de encontrar los caminos que condujeran a la solución del problema de la violencia, en la búsqueda de la paz social. La primera de estas juntas de alto nivel, se efectuó en un salón de la zona once, con asistencia de casi todos los partidos, siendo los anfitriones los personeros de la DC, Catalina Soberanis y Alfonso Cabrera. De entrada propuse como punto de agenda, que se invitara a otros sectores, o a la mayoría de las fuerzas vivas del país, incluso a representantes del movimiento guerrillero, para trazar un camino en aras de acabar con aquella ola de violencia fratricida, que estremecía duramente al país en aquellos convulsivos momentos.

Como ya lo esperaba, mi moción causó sorpresa y aprensión. Fue rechazada. Pero recuerdo que la prensa publicó, que yo me sentí contrariado al no aceptarse mi ponencia. El cónclave político, que si bien tenía en principio muy meritorias intenciones, iba definitivamente al fracaso, porque en estas juntas faltaban ideales patrióticos, ya que cada grupo jalaba por su lado, anteponiendo al interés común, el matiz ideológico de

cada agrupación. No se me olvida que Chepe Calderón - conocido también como Guzmán de Alfarache,- y por cierto mi cercano pariente, me llamó por teléfono y me dijo que mi propuesta obligadamente se debería haber incluido en el temario, y que en ese momento estaba enviando un despacho al diario Excelsior de México, del que era corresponsal en Guatemala, para informar de mi "atrevida" propuesta.

La segunda reunión de la cumbre, tuvo lugar en la sede de mi partido situada en la 8ª. Avenida 1-11 zona 1, esquina opuesta al parque Isabel La Católica. La asistencia de delegados, fue menor que la primera. Y a la tercera y última en la sede del MLN, solo asistí yo con el doctor Sécord, y por eso los periódicos publicaran que la cumbre se había convertido en una tertulia, entre liberacionistas y funistas.

A estas alturas la DC, dispuso suspender las famosas conversaciones multilaterales, ya que la ola de violencia y el clima de inseguridad no se detenían. Sino al contrario, se recrudecía a cada momento y cobraba mas víctimas. En esos días ocurrió el asesinato de Manuel Colón Argueta, en la zona 9, a las 9 de la mañana del 19 de marzo de 1979. Las reacciones ante el alevoso crimen, no se hicieron esperar, señalando que este hecho de sangre, se sumaba a los múltiples sucesos de violencia política y social que habían comenzado en 1967.

El partido dio a conocer un comunicado de prensa, condenando el asesinato y exigiendo la captura y el castigo de los responsables, palabras inútiles que siempre se las ha llevado el viento, porque en la historia patria jamás se ha esclarecido un solo crimen político.

En lo personal yo sentí bastante la muerte de Manuel Colón, porque si bien es cierto, que nuestra manera de pensar era diferente, lo admiré y lo respeté por su personalidad política, y porque aquella mañana cuando llegué al partido, mi recordado amigo Roberto Llarena,

que hacía las veces de mi secretario, me comunicó que a Meme le precisaba comunicarse conmigo, que había dejado su número telefónico, y que lo llamara. Le respondí a Roberto que si volvía a llamar, le dijera que esa tarde hablaría con él. Pero cuando moría esa tarde, en que llegué al partido, Manuel Colón, ya estaba muerto, las balas asesinas, le habían cortado la vida.

El 5 de octubre de 1979, recibí una carta del doctor Rodolfo Paiz Andrade, presidente del comité organizador de la primera convención anual de la Asociación de Gerentes de Guatemala. Me indicaba que en nombre de la Asociación agradecía el haber aceptado integrar el grupo de personas, que participarían en la mesa redonda "Ambiente político: Una visión multipartidista", a celebrarse en el salón Los Lagos del hotel Camino Real.

Dirigentes de los ocho partidos que funcionaban entonces, asistimos como panelistas, y antes de nuestra intervención, se realizaron cuatro mesas redondas sobre temas diversos.

La mesa sobre el ambiente político fue presidida por el doctor Paiz. Como panelistas participamos, Jorge García Granados del PR, Américo Cifuentes del FUR, Mario Sandoval y Leonel Sisniega por el MLN, Luis Alfonso López por el CAN, Alvaro Arzú y Alejandro Maldonado por el PNR, Donaldo Alvarez, PID, Vinicio Cerezo y Catalina Soberanis por la DC, y yo por el F.U.N.

Los panelistas disponíamos de cinco minutos, para dar a conocer los objetivos de nuestras organizaciones. Al finalizar esta disertación, fuimos bombardeados con una tempestad de preguntas, que por escrito provenían del público que abarrotaba el salón Los Lagos, que el moderador recibía, y las trasladaba al azar a los dirigentes políticos. A mí me llegaron tres preguntas sobre diferentes temas, y aunque no recuerdo a que se referían, creo que salí airoso, a juzgar por las publicaciones de prensa. Hubo

una cena bufet. Pero yo me retiré cuando mi reloj marcaba las diez y media de la noche.

### **Por fin me arrebataron el partido, cuando ya tenía mi renuncia en el maletín. Mi intención fue retirarme de la política, pero en el 89 me inquietaron**

En los últimos días del mes de febrero de 1980, intensas maniobras del gobierno de Lucas, se desataron en contra mía para arrebatarme la dirección del partido. Yo no era la persona que al oficialismo le inspirara confianza, para dirigir un partido político que se sometiera a la voluntad del gobierno, y se mantuviera alineado a los mandatos del oficialismo, ya que desde que comencé las primeras gestiones del comité en 1973, fijé claramente la postura independiente y de oposición, a los desmanes y desaciertos del gobierno de turno.

Al transformarse el comité en partido, después de cinco años de una lucha sin cuartel, y de recorrer un calvario interminable de dispendiosas gestiones, ratifiqué aquella posición, al decir en mis breves palabras dirigidas al registrador electoral, Del Valle Mérida, que le transmitiera al señor presidente, mi reconocimiento al ordenar la autorización del F.U.N. como institución de derecho público, que cobraba mas validez por tratarse de un movimiento político, de firme oposición al aparato estatal del momento.

Entonces desde que me embarqué en aquella nave política con la brújula de la oposición, y por el continuismo del sistema político-administrativo que siguió, el naufragio de mis aspiraciones ciudadanas, era inminente. ¿A que factores atribuir esta sistemática oposición?. ¿Por qué razón mi persona no inspiraba confianza al oficialismo?

La respuesta a estas interrogantes, el lector lo sabe tanto como yo. Porque hay que recordar que desde la primera publicación, en el mes de julio de 1972, (dos años antes del relevo presidencial del 74), del comité cívico de unidad nacional, con las siglas C.U.N, el presidente Arana y los partidos oficiales que lo rodeaban PID, PR y MLN, no vieron con buenos ojos la candidatura presidencial del ex jefe de gobierno coronel Enrique Peralta Azurdia. Asimismo no habrá olvidado el lector, que se desató una campaña para impedir a toda costa su participación en los comicios del 74, porque tenían pánico de que llegara al poder, una persona que hiciera valer los principios de rectitud y honestidad, que no encajaba al sistema feudal que ha dominado al país desde los tiempos coloniales.

Yo supe que siendo el general Maldonado jefe del estado mayor presidencial, entró una tarde alarmado al despacho del gobernante, cuando El Imparcial publicó el manifiesto del C.U.N., proponiendo el nombre de Peralta como un posible candidato. Maldonado le comentó al presidente que tal publicación no tendría la menor trascendencia, ya que la propuesta la firmaban cuatro gatos desconocidos. Arana le contestó que en realidad tenía razón, porque eran cuatro gatos desconocidos, pero que esos cuatro gatos desconocidos, podrían convertirse en 4 mil, 40 mil o 400 mil, "porque", dijo Arana, "conocía el "pul" de Peralta dentro de las filas castrenses, y de su simpatía popular".

Esto que voy a relatar, era muy natural, que así tenía que suceder.

Meses después de la borrascosa tormenta del "cisma", se optó en las esferas oficiales por esta alternativa: desplazarme del partido por las buenas, o por las malas. O renunciaba, o me liquidaban. Para asustarme, - pero sin que se les pasara la mano-, se dispuso mi secuestro. De esto me enteré, porque dentro de las cinco personas que acordaron secuestrarme, uno de ellos, por

cariño hacia mí, voló a mi casa, y me lo comunicó de inmediato.

Hay que aclarar que a estas alturas, el partido ya había cambiado de dueño, y de consiguiente no me explicaba, porque persistían en causarme tanto daño. Y las cosas ocurrieron de la siguiente manera. Una fría mañana de lunes, se presentó a mi casa de la 23 avenida, Gabriel Girón y otra persona que hacía las veces de su secretario. Tal vez por las circunstancias que me rodeaban, en esos días tuve serios problemas de alcoholismo. Girón me expuso el objeto de su presencia, que consistía en autorizar con mi firma, las credenciales de los delegados del partido a las mesas receptoras de votos, en varios municipios donde se realizarían en los siguientes días, elecciones de alcaldes y síndicos. Además de ese fajo de papeles, puso a mi disposición, muy suculentas boquitas y suficientes botellas de licor. Entre copa y copa le firmé a ojos cerrados las credenciales, que más bien eran unos formularios. Me solicitó mi cédula de vecindad, que se la entregué porque me dijo que la necesitaría.

Pocos días después me visitó el doctor Secord, sumamente alarmado, para comunicarme que se acababa de enterar, en el registro electoral, de mi renuncia irrevocable de la dirección del partido. Yo le respondí que eso no era cierto, que si bien ya había decidido retirarme del partido, pero que aun no había dado ese paso. Sin embargo, él insistió en su aseveración, y me mostró la foto copia de un acta notarial, en la que yo había comparecido en el bufete de un licenciado Rosito, donde efectivamente, aparecía mi firma renunciando de mi cargo del partido. Las botellas de licor habían surtido sus efectos.

Al día siguiente de la preocupante noticia del intento de secuestrarme, asistí nada menos al entierro de mi leal amigo Roberto Llarena, que por cierto, después de varios años de haber dejado el alcoholismo, cayó en una crisis alcohólica, que lo llevó a la tumba, a raíz de la

decepción que sufrió, al enterarse de que por fin me habían arrebatado el partido. Regresando precisamente de su entierro, con el doctor Secord, que me llevó a mi casa, - pero no en su automóvil, conocido por mis posibles secuestradores, sino en el de su hijo Beto-, pasamos inadvertidos del grupo de individuos que se encontraban apostados, en la 23 avenida, en las afueras del super mercado "San Gabriel".

El teléfono sonaba insistentemente, cuando entré a mi dormitorio de la vieja casita campestre. Angustiada, Sarita, la esposa del doctor, me dijo "su devoción por la Virgen de Guadalupe lo ha salvado de morir una vez mas, le ruego por Dios Santo, que no salga ni a la puerta de su casa, ya Betío me informó de todo lo que está ocurriendo".

Me tiré a la cama. Me quedé pensando en Roberto. En su abnegación para conmigo. Todavía antier que fue domingo, cuando oí unos fuertes golpes en la puerta de la sala, y abrí, era él, de rostro desfigurado y temblor de cuerpo, por la grave crisis alcohólica que atravesaba. "Solo vengo a preguntarte, si recuperaste el partido", me dijo. Y a mí que no me gusta mentir, jamás lo hago, pero esta vez piadosamente le mentí. "Si", le respondí, "pero por favor, recupérate pronto". Al día siguiente lunes, al despuntar el alba, murió de una severa congestión etílica. Seguí pensando en la abnegación y fidelidad, de quien hacía las veces de mi secretario. Le pedí a Dios por el eterno descanso de su alma, y me quedé llorando...

## NOVENA PARTE

### **Plataforma No-Venta: Otra vez metido en la borrascosa política, pero fue la última vez. El Efraín Ríos Montt que yo conocí. Doña Tere y Zuri. Acontecimientos históricos de un decenio**

Revisemos los episodios más sobresalientes del decenio. Dos días después del equinoccio de la primavera de 1982, un levantamiento armado dio por tierra con el régimen del general Romeo Lucas. Con el derrumbamiento de este gobierno militar, había caído la última página, de uno de los capítulos más sombríos de la historia de Guatemala. Quedaba en el pasado una época de represión, de persecuciones, secuestros, torturas, desapariciones y asesinatos políticos. A esto hay que agregar, que esos regímenes militaristas, espurios, fueron producto del fraude electoral. Se alteraron los escrutinios, burlando la voluntad del pueblo, como sucedió en 1974 y luego, cuatro y ocho años después.

Por eso el país recibió con beneplácito, el cambio que ya se esperaba. Asumió un triunvirato con los militares Efraín Ríos Montt, Horacio Maldonado y Francisco Gordillo, pero pronto se desintegró y se designó a Ríos Montt como presidente. Pero en agosto del siguiente año, días antes de la feria de la Asunción, ocurrió un relevo en la cúpula. Los militares nombraron como jefe de estado, al general Humberto Mejía Vítores, que convocó a una constituyente, que promulgó la Carta Magna de 1985, la cual se estrenó con el triunfo del abogado Vinicio Cerezo, que terminó su período de cinco años, sustituyéndolo el ingeniero Jorge Serrano, que a medio período fue derrocado por el pueblo, por flagrantes violaciones a la Constitución. El congreso designó al jurista Ramiro de León Carpio, ex procurador de los derechos humanos, para completar el período de Serrano.

Me había hecho la promesa de no participar más en la política. Pero a finales de 1986, un grupo de ex compañeros de las huestes peraltistas, encabezados por mi buen amigo el economista Augusto Castillo Arroyo, me visitó en mi casa de la zona 7, para invitarme a formar parte de un movimiento, que se promovía a favor de la candidatura del general Ríos Montt, para llevarlo a la presidencia. Y aunque el prospecto me simpatizaba, me negué rotundamente a meterme otra vez en los vericuetos de la política. Además en 1980, después de que el gobierno de Lucas me arrebató mi partido, - como bien recordará el lector,- me hice la solemne y formal promesa, de no participar más en el gracioso arte del golpe bajo y la zancadilla. Pero, “los muchachos” insistieron tanto, que accedí finalmente a jugarme un nuevo albur, haciendo honor al dicho de que “gallina que come huevo, aunque le quemem el pico”.

Como nunca fui amigo de arrimarme a un partido, para ver que partida sacaba, tomé la determinación de formar el mío propio, para respaldar al general, lo bauticé con el rumboso nombre de “Organización Nacional Democrática” con las siglas O.N.D., y el emblema del núcleo familiar. Con la nueva legislación había un gran aliciente, ya no se requerían mas de 50 mil afiliados, sino únicamente 4 mil, pero debidamente acreditados, lo cual garantizaba la autenticidad de los firmantes, sin que hubiese chance de recorrer los cementerios y anotar en los libros de inscripción, cuantos nombres aparecían en las lápidas.

Una vez reunida la documentación, me presenté a la oficina del tribunal electoral. Antes de tres meses, se había autorizado al grupo promotor, que lo formábamos unas cincuenta personas, entre quienes se eligió a una directiva. Como de cajón, me calló encima la pacaya de secretario general.

Un buen amigo, también de extracción peraltista, me alquiló una casa en la 15 calle, cerca de la Cámara de Comercio, con una renta módica de cien quetzales, que se le cancelaba "religiosamente" todos los meses, con las contribuciones de los adherentes, y donativos de personas amigas. Asimismo, también se le cancelaban "religiosamente", los servicios de agua, luz, teléfono y tren de aseo, todo lo cual consta en los estados financieros del comité, que aún conservo en mi archivo de cosas viejas.

El inmueble era una casa muy bonita, espaciosa y hospitalaria, con numerosas piezas grandes y pequeñas, corredores y dos patios, que llenaba los objetivos que yo perseguía, pero cuando penetré por primera vez, me impresionó el estado lamentable en que se encontraba. Paredes sucias y descoloridas, arriates abandonados, basura por aquí y por allá, las preciosas alfombras azules de los principales salones, cubiertas de esos repugnantes moluscos que se llaman "babosas", de cuerpo gelatinoso, que segregan una baba pegajosa, que no se si mis lectores tienen el disgusto de conocerlas. Para combatir a estos horripilantes gasterópodos, tuvimos que echar mano a no se cuantos sacos de sal, y un veneno especial, pero por fin logramos exterminar las plagas. En el pickup de mi recordado amigo el doctor Calderón, sacamos basura que fue gusto, que la íbamos a votar a un basurero cerca del puente de "Las Vacas". Un enjambre de compañeros de lucha, brocha en mano, se dieron a la tarea de pintar techos, paredes, puertas y ventanas, hasta que la céntrica propiedad quedó a todo dar, como Dios manda, y así procedí a instalar las oficinas del comité pro formación del partido O.N.D.

En esos días conocí al general Efraín Ríos Montt. Me fue presentado en su modesta casa de Vista Hermosa, en la Colonia Tecún Umán. Recuerdo hasta cierto punto con buen humor, cuando de entrada le solté estas palabras "que lamento que participe en los embrollos de la política,

porque una persona como usted, de tan singulares cualidades de honestidad, circunspección, rectitud y recia personalidad, se expone a que cualquier hijo de vecino, le falte el respeto, endilgándole cualquier sarta de improperios". Y antes de que me invitara cortésmente, a abandonar su casa, (y es que el general, aunque pierda los estribos, nunca pierde lo cortés, por aquello de que "lo cortés no quita lo valiente"), le aclaré que todo esfuerzo patriótico que tendiera a sacar adelante al país, bien valía la pena intentarlo, por costoso o difícil que fuera. Le puse este ejemplo: que cuando al gran emperador Francisco I, después de su derrota, le preguntaron que si no habían sido en vano sus esfuerzos a favor de Francia, respondió: "Es cierto que todo se ha perdido, menos el honor, y París bien vale una Misa". Entonces su sacrificio por Guatemala, señor general, le dije a Ríos Montt "bien vale una Misa".

El general Ríos me comentó que yo era la primera persona que llegaba a su casa a decirle que no se metiera en política, cuando al contrario, quienes se acercaban a él, era precisamente, para empujarlo a trabajar por su candidatura a la presidencia. "Pero", -añadió- "que comprendía, el verdadero sentido y el alcance de mis palabras". Nos enfrascamos en una cordial charla por largo rato. Nos intercambiamos algunas anécdotas célebres, de famosos personajes de la historia.

Yo le referí "que una noche, el general Carrera, siendo presidente de la república, había invitado a un grupo de diputados de la oposición, a una cena en la casa presidencial. Entre ellos, al general Miguel García Granados, su más recio opositor en la asamblea. Al finalizar la cena, Carrera le contó a García Granados, que hacía dos noches lo había soñado, a lo que este le respondió: "que honor para mi señor presidente que me haya soñado, ¿Y como me soñó señor Presidente?". Carrera le contestó: "Soñé que lo había mandado a fusilar". Al día siguiente,

don Miguel abordaba el vapor, rumbo a San Francisco California".

El general Ríos no se quedó atrás. Me refirió esta anécdota: "En una de las guerras púnicas, entre Roma y Cartago, antes de comenzar la batalla, dos valientes generales, Escipión y Aníbal, se encontraron frente a frente, para dirigirse unas palabras, como se acostumbraba en las grandes batallas. Aníbal, en un gesto de superioridad, le dijo a Escipión: "Mis ejércitos cubrirán el sol con sus flechas", a lo que su rival le respondió: "Gracias señor, así será más agradable, porque peharemos en la sombra".

Acompañado de su esposa doña María Teresa, y de su hija Zury, asistió a la inauguración de la sede social del comité, precisamente el Día del Cariño de 1990. Fue recibido por los directivos, afiliados y simpatizantes, que prorrumpían en entusiastas vivas y cerradas ovaciones. En el salón de sesiones se celebró un acto sencillo de recibimiento, en el que dirigí una breve alocución, reseñando las actividades del comité, tendientes a procurar la inscripción del general como candidato presidencial. Me referí a la aflictiva situación por la que atravesaba el país. Dije que se vivía una crisis institucional, en todos los órdenes de la vida nacional, en lo político, en lo social, en lo económico. Hice votos para que asumiera el poder, antes de que ocurriera un estallido social, de imprevisibles consecuencias. (Sin embargo, 11 años después, aún persiste esa crisis con mayor intensidad. De suerte, que el futuro de la nación, hasta este momento, es incierto. La enfermedad se mantiene y es de pronóstico reservado).

Una bulliciosa marimba amenizó la reunión. Entre otros ritmos movidos y chispeantes, que daban más calor y colorido a la alegre inauguración, la marimba interpretó la bella y romántica melodía "Lo llaman Pecado", de Alvaro Contreras Vélez, y una canción de tiempos remotos titulada "Tere, Teresita"...que las damas de compañía cantaban a coro.

Dos locales destiné para que tanto doña Tere, como Zury, - con quienes mantuve estrechos lazos de cooperación y entendimiento, en la persecución del mismo objetivo político -, ocuparan esos salones, para instalar sus oficinas, como así lo hicieron, imprimiendo a la sede social más categoría, más entusiasmo y dinámica. Desde allí salían los días sábados, centenares de entusiastas jóvenes, de ambos sexos, que recorrían las calles de la capital en alegres y ruidosas caravanas. Otro local que me fue solicitado, lo di para un comité, que buscaba su inscripción como partido político, para respaldar asimismo la candidatura presidencial del general Ríos.

Meses antes, el 11 de julio de 1989, en una luminosa tarde de canícula, cuando el comité funcionaba en mi casa de la zona 7, la directiva, el grupo promotor, y un buen número de simpatizantes, recibimos al candidato que departió con nosotros por espacio de dos horas. Me correspondió la misión de presentarlo y de ofrecerle el espontáneo agasajo. Enseguida, él tomó la palabra dando explicaciones de las trabas, que el gobierno de Vinicio, estaba poniendo para impedir su participación en los comicios de finales del año. Oportunamente entabló un provechoso debate, con los abogados del comité, en torno a los dos artículos constitucionales, de las injustas prohibiciones, que le han vedado su participación electoral.

Ese día lo recuerdo con bastante alegría, porque fue cuando mi hija Miriam, salió de la maternidad, después de dar a luz a su primogénita Andrea María, que había nacido el 9. Noté la presencia del ingeniero Augusto Sierra, padre de Fernando, esposo de mi hija, y padre de la linda bebé que tenía 48 horas de haber venido al mundo. Pues el ingeniero Sierra, cámara en mano, se entretuvo disparando flashes a través del ventanal del frente de la sala, donde tenía lugar la tertulia política, en tanto Ana María mi esposa, como anfitriona, brindaba al general Ríos un cúmulo de atenciones.

Doce años después, el domingo 8 de julio del año 2001, la linda bebé que tenía en aquel entonces 48 horas de haber nacido, celebraba en la residencia de sus abuelitos, no lejos de Jardines de la Asunción, el feliz advenimiento de sus doce años, con una reunión familiar rodeada de amiguitos y de su hermano pequeño Rodrigo, que tuvo destacada actuación, en la función improvisada de bailes modernos, que ofrecieron a los asistentes al alegre y simpático festival. No faltó desde luego, el tradicional pastel de cumpleaños con sus doce velitas, el canto del "happy birthday too you", y los helados. Presentes estuvieron sus abuelos paternos Augusto y Carolina, su papá Fernando y las mamás de sus abuelos doña Marina y doña María.

Regresemos a la narración que nos ocupa. A mediados de la primavera de 1990, se inauguró la sede social de la campaña del movimiento riosmontista, en un local que había sido una pista de patinaje de la zona 13. Se le bautizó con el nombre de Plataforma No-Venta, haciendo eco al emblema del candidato: "No miento, no robo, no abuso". En la inauguración tomé la palabra. Dije que mucha gente me preguntaba en la calle, que si al asumir el poder el general Ríos, entraría fusilando como lo había hecho en otra época el general Ubico, y que con eso había puesto orden en el país, acabando con rateros, ladrones, bandoleros, asesinos y toda esa lacra social, que cuando no se le combate, mantiene de rodillas al pueblo honrado y trabajador. Él respondió, golpeando con las manos un ejemplar de la constitución, que se atendería a la ley, la aplicaría sin vacilaciones ni reservas, que no le temblaría el pulso para mantener el principio de autoridad, y respetar el imperio de la ley. Si la ley así le autorizaba, procedería de acuerdo con la ley. En otras palabras, aunque el general, no dijo que dos y dos son cuatro, había expresado, que entraría fusilando, como lo había hecho en otra época el otro general.



Fue en esos días cuando el tribunal electoral, dio luz verde a la inscripción del partido Frente Republicano Guatemalteco (F.R.G.), siendo reelecto como secretario general, mi recordado y buen amigo el profesor Rolando Méndez Mora, cuya inauguración se realizó en un local cerca del gimnasio olímpico. Posteriormente la convención nacional, designó al general Ríos Montt como candidato presidencial, y para la vice a don Harris Whitbeck. Así también se integraron las planillas para los candidatos a diputados, apareciendo yo en una de las casillas del distrito central.

Llegó el mes de noviembre. Se realizaron las elecciones. Al general le aplicaron las prohibiciones constitucionales y ya no participó como candidato. Desde mis primeros pasos en este affaire, yo sostuve la tesis de convocar a una consulta popular o plebiscito, para preguntar a la población, si deseaba la participación del general como candidato. Pero esa inquietud mía no tuvo eco. Le hice personalmente el planteamiento al general. Pero tampoco pegó. Todo fue en vano. Y estoy plenamente seguro, y la mayoría de mis lectores estarán de acuerdo conmigo, en el sentido de que si tal consulta se hubiera realizado, el general Efraín Ríos Montt, hubiera asumido constitucionalmente la presidencia de la república, el 14 de enero de 1991. El país no hubiera atravesado por la grave crisis política por la que atravesó, de la que aún no nos reponemos, provocada por la insensatez, la ceguera política y la ausencia absoluta de patriotismo, de quien asumió el poder en aquel entonces. Pero el destino de una nación está escrito, y así tenía que suceder !Que lástima!

A los pocos días me presenté a las oficinas electorales. Pedí la cancelación de mi comité. Y ahora si había tirado la toalla política para siempre...

### **Cinco días inolvidables en Montemorelos. Acto académico de altura académica. Impresiones de un viaje**

Las manecillas del reloj puntualizaban, las cinco y veinte de la tarde, del miércoles 30 de mayo del año 2001, cuando el boing 727 de Mexicana de Aviación, se detuvo en el aeropuerto de la pujante ciudad de Monterrey. Percibí el caluroso colorido de la urbe norteña, pero yo no iba allí. Iba a la cercana Montemorelos, donde mi hija Ana Lucrecia recibiría el título de Doctora en Educación, en la Universidad de esa ciudad. Deseo trasladar al lector, las experiencias vividas en ese viaje relámpago, que recogen las últimas letras de VIVENCIAS.



Recibimiento de Ximena de Doctora en Medicina acompañada de sus padres y familiares. Montemorelos 1998

Grata sorpresa sentí al encontrarme con mi nieta Ana Ximena y su novio Oscar, que esperaban mi llegada. En un vuelo posterior, procedente de Belice, llegaría mi hija Ana Lucrecia y mi otra nieta Mayana. Después de los besos y abrazos, partimos para Montemorelos, distante en automóvil a una hora de Monterrey.

Estas dos ciudades del estado mexicano norteño de Nuevo León, ya las conocía, porque tres años atrás, en los días primaverales del mes de mayo de 1998, en compañía de mi hijo Federico, asistimos al recibimiento de Ximena, al culminar sus estudios profesionales de doctora en medicina, egresada asimismo, de la Universidad Adventista de Montemorelos.

En esa ocasión me quedé vivamente impresionado de esas dos ciudades, de floreciente actividad, principalmente de Monterrey. Su progreso era visible en todas partes. Se notaba una fiebre de construcción, de edificios públicos y privados, sólidos y de muchos niveles, que venían a sumarse con los ya existentes. Así como ampliaciones de arterias y de áreas verdes para parques y sitios de recreo. Reparé en el ordenado tráfico vehicular, sin el "smog" provocado por el humo negro. Me llamó la atención de que no habían ventas callejeras, ni promontorios de basura, ni vagabundos, ni limosneros. Remotamente algunas sirenas de ambulancias o bomberos, se oían a lo lejos. Naturalmente que no hay ruidos de motores de avión, ya que el aeropuerto está bastante distante de la ciudad. Además no se conoce la costumbre de la quema de cohetes, o bombas, ni quema de basura en las casas. Las celebraciones familiares, no se realizan en las casas particulares, sino en salones especiales para ello, sin ocasionar molestias a los vecinos. Las colonias y barrios residenciales, ocupan áreas distantes a los centros comerciales. Allí no hay cantinas, ni bares, ni casas de citas, ni barras show. Estos negocios, tienen sitios específicos. La ciudad está diseñada, modernamente, a la

altura de los tiempos, y se desenvuelve como toda ciudad del mundo contemporáneo. No supe de atracos en las calles, o en los servicios del transporte urbano y extraurbano. Lógicamente existe la delincuencia, pero sus niveles son bajos, debido a que el desempleo es de niveles bajos, al tomar en cuenta que Nuevo León, es el emporio industrial de la república mexicana. En el centro y sur del país, principalmente en el Distrito Federal, en el puerto de Acapulco y un poco menos en Guadalajara, la situación es diferente. La delincuencia es pavorosa, sobretodo en secuestros, en que México ocupa, después de Colombia y Brasil, la tercera casilla entre los países más azotados por ese abominable crimen. A un año de haber asumido el poder, el presidente Fox reconoce que la delincuencia no ha disminuido, pero se han desbaratado numerosas bandas de criminales, aplicándoles con dureza la ley, que cae con más rigor cuando se trata de empleados de la administración pública. La impunidad, ha enfatizado, es cosa del pasado. Sin embargo, en el renglón económico, el país se ha recuperado, y marcha sobre bases sólidas de desarrollo.

Esta calurosa ciudad, que luce un ornato envidiable, refrescada por su inmensa vegetación, ocupa el tercer lugar entre las ciudades de la América Latina de mayor afluencia turística, después de Sao Pablo, Brasil, y de Miami, Estados Unidos. Se sitúa en el tercer lugar por su densidad de población, después del Distrito Federal y de Guadalajara. Su fisonomía es de diseño moderno, de gran influencia norteamericana. Predomina la gente blanca, de ojos claros y de pelo rubio. Conocí los lugares mas visitados, pero sobre todo me llamó la atención sus plazas y parques de vastos jardines. La Macroplaza, con la Fuente de Neptuno, que ocupa una superficie de lujuriente vegetación, de varias manzanas a la redonda. Villa Santiago, que es un estupendo mirador, desde donde se divisan sus extrañas montañas, entre ellas la más imponente, conocida como "La Silla", que identifica a Monterrey. El Instituto

Tecnológico, con su atrevida estructura inclinada de la biblioteca, y los graderíos de los edificios administrativos que dan la sensación de portaviandas que se elevan al cielo. En los jardines que separan los pabellones, se observan gran variedad de faisanes, que apaciblemente han hecho del verdor del césped, su comfortable hábitat.

Esto es algo más que vi en la hermosa ciudad. El "Planetario", con su extraordinaria Plaza García, en la Colonia Del Valle, no lejos de las opulentas residencias de las familias más acaudaladas de la región. Vimos una simpática película de ciencia ficción, en lo que se llama "Cine Polis", que es un complejo de diez imponentes salas de espectáculos, con pantallas gigantes y equipos de avanzada tecnología. Recorrimos restaurantes, cafeterías, fuentes de soda, centros nocturnos, todos con aire acondicionado y letreros prohibiendo fumar. Visitamos una feria llamada "Expo 98", que permanecía abierta por dos meses, donde el visitante encontraba desde un alfiler, hasta un lujoso automóvil. Subimos al moderno "metro", que en ese tiempo tenía un año de haberse inaugurado. Es digna de mención la novedosa fuente de agua, del barrio "La Purísima", y el "Museo de Historia", soberbio edificio que conserva verdaderos tesoros de la civilización Azteca, como testimonios de un glorioso pasado. Pero también en esas paredes, se encierran impresionantes páginas de la historia del período colonial, la independencia y la revolución. En esa ocasión se exhibía "la pieza del mes de mayo de 1998", consistente en una obra pictórica del artista mexicano - norteamericano, Clemente García, inspirada en la batalla del 5 de mayo de 1862, en que fueron expulsadas del territorio mexicano, las tropas francesas del Emperador Maximiliano de Hapsburgo. En el cuadro aparecen Benito Juárez y los generales Ignacio Zaragoza y Porfirio Díaz, que desempeñaron un papel protagónico en la batalla de los cerros de Loreto y Guadalupe en Puebla. En el Parque del Museo hay una Placa Conmemorativa

que dice: "Acta de Fundación de la Ciudad de Monterrey. En el nombre de Dios Todopoderoso...Yo Diego de Montemayor, en nombre de su Majestad Real, el Real don Felipe Nuestro Señor, hago fundación de Ciudad Metropolitana junto a un monte grande y ojos de agua que se llaman Santa Lucía... y se intitula la Ciudad Metropolitana de Nuestra Señora de Monterrey... y en fe y en testimonio de verdad lo otorgue y funde en el Valle de Extremadura, ojos de Santa Lucía, jurisdicción del Nuevo Reino de León, en veinte días del mes de septiembre de mil quinientos noventa y seis."

Llegamos a Montemorelos. Nos sacudimos el polvo del camino, y nos hospedamos en la bonita residencia de la familia Ramírez Zabala, de íntima amistad con mi hija Luqui. Una familia ejemplar, unida y hospitalaria, que nos colmó de gentiles atenciones, durante nuestra permanencia en su honorable hogar. Nos sentimos como en nuestra propia casa. Compartimos simpáticas y alegres tertulias, de franca camaradería, con don Donato, Pastor de la Iglesia Adventista. Con su esposa Migdalia, y sus hijas Raquel y Norma, y su hijo Samuel.

Esa mañana del jueves 31 de mayo, la dulzura de las notas del "Claro de Luna", de Debussi, me despertaron gratamente, después de un sueño reparador y reconfortante. Lo ejecutaba magistralmente al piano, una de las hijas de Donato, Raquel, que ostenta el título profesional de Licenciada en Música, también egresada de la Universidad de Montemorelos. A medio día, conversé largamente con ella. Me mostró su trabajo de Tesis, que lo sentí completo y acucioso, por las reseñas históricas de la música de su país, y la cita de insignes compositores, y grandes directores de orquesta, como el maestro Chávez, recordado director de la Orquesta Sinfónica de México. Raquel me obsequió aquella mañana, con otros trozos musicales de inmortales compositores, como "Sueño de Amor" de Liszt, y los nocturnos de Chopin.

A las siete y media de la noche, de ese jueves, con Luqui asistí al Auditorio de la Universidad, a un recital del tenor Carlos Mario Méndez, acompañándole al piano, la pianista rusa Elena Bulgakova. El recital fue presentado por Méndez, como requisito para obtener el título de licenciado en Enseñanza Musical. Hizo un análisis, e interpretó seis cantos de la obra "Amor del Poeta", con música del compositor alemán Robert Schumann, y letra del poeta también alemán, Heinrich Heine. Con Luqui, abandonamos la hermosa sala de conciertos, sumamente complacidos por el estimulante recital lírico, cuando las horas de la media noche, refrescaban el clima de la cálida y apacible Montemorelos.

La Universidad de Montemorelos, fue creada me-



Montemorelos 2001. Recibimiento de Ana Lucrecia de Doctora en Educación, rodeada de su padre y sus dos hijas

dante resolución oficial del Estado de Nuevo León, México, el 5 de mayo de 1973, y goza de pleno reconocimiento de validez oficial de estudios, para las carreras y programas educativos que ofrece. Sus instalaciones, diseñadas profesionalmente, forman un complejo de ciudad

universitaria, que le da a Montemorelos, vida, actividad y progreso.

Pues bien, el domingo 3 de junio, amaneció un día despejado y deslumbrante. Un ligero viento corría por los hermosos jardines, que circundan las instalaciones de la universidad. A las 8 y media de la mañana, se realizaría el acto de graduación de los profesionales de la "Generación 2001", en el templo o iglesia, que más bien me pareció una elegante sala de teatro. Amplísima platea, con cómodas butacas para unas setecientas personas. Tres palcos en lo alto, con cabida, cada uno, para 250 personas. Monumental escenario. Sistema de sonido impecable, conectado al órgano o al juego de micrófonos del proscenio. Me extrañé que no lucieran en ese lugar, dos pabellones, el de México y el de la Universidad. A los marciales acordes de la "Marcha de los Sacerdotes", de Mendelssohn, hicieron su entrada por el pasillo central, cerca de cuatrocientos graduandos en más de treinta carreras o profesiones, luciendo sus togas en blanco y negro, en una policromía de borlas, desde el café claro, hasta el café oscuro, pasando por el rosa, marrón, amarillo, hasta el celeste, lila, verde y rojo. El desfile lo encabezaron, mi hija Ana Lucrecia y Jorge Ramiro Quinteros, (de nacionalidad chilena, residente en Bolivia), quienes fueron investidos con el Doctorado en Educación.

En el desarrollo de estos eventos académicos, no se permite el acceso de los fotógrafos y camarógrafos, al escenario, quizás para evitar inoportunas interferencias. Únicamente se le permite a cada graduando ser acompañado por su respectivo fotógrafo, quien toma las fotografías en el momento de la imposición de la esclavina que lo acredita ya como profesional. Tampoco se permiten los aplausos, ni ninguna expresión de júbilo ó alegría. Estas manifestaciones se sustituyen con la palabra "amén". Los puntos musicales del programa fueron amenizados por la orquesta universitaria, que me dio la impresión de una

pequeña filarmónica, de veinticinco ó treinta profesores. Otros espacios fueron llenados con interpretaciones a piano y órgano, bronces y órgano. Destacada actuación tuvo el tenor Carlos Méndez, y el coro polifónico de la Universidad.

Una brillante pieza oratoria lo constituyó, el elocuente discurso del Rector Magnífico, Doctor Ismael Castillo Osuna, quien se refirió a los sacrificios, a las penas y angustias de los alumnos, en su afán de culminar sus estudios, pero que con sus esfuerzos habían coronado felizmente, las hermosas ilusiones y los sueños de alcanzar un título profesional.

Dentro del ceremonial, está reglamentado, que los profesionales, después de su investidura, acudan a sus padres, o familiares más cercanos, que se encuentren entre el público, y les coloquen en el pecho, un diminuto arreglo de flores. Fui emocionalmente sorprendido, cuando mi hija Luqui, subió al palco donde me encontraba con mis dos nietas y me colocó en la solapa del saco, esa simbólica ofrenda, de fina manufactura de tela, para conservarla como imperecedero recuerdo. La preciosa insignia la formaban dos pequeños cartuchos blancos, y unas diminutas florecillas también blancas, llamadas "llovizna", atadas con dos vistosos listones y una cuerda plateada.

Los bronces y el órgano, con el "Trumpt Tune", de Purcel, puso punto final al acto académico, de gran altura académica. Al finalizar la ceremonia, en las afueras, en los hermosos jardines, hubo profusión de fotografías, de saludos, despedidas, abrazos y besos de congratulaciones. De allí partimos a un almuerzo de celebración, en el comedor del Hospital "La Carlota", a poca distancia de la residencia de la familia Ramírez - Zabala, donde estábamos hospedados.

Previamente el 14 de febrero de este mismo año, Luqui disertó sobre una investigación titulada "Factores predictores de la satisfacción laboral, de las educadoras

beliceñas, al inicio del milenio" como requisito previo para optar su título profesional. La doctora Abigaíl Castro de Pérez, ex ministra de educación de El Salvador, muy amiga de mi hija, y actualmente directora regional de la OEA, fungió como asesora del interesante trabajo investigativo y participó como examinadora externa, juntamente con los Doctores Victor Kornierjczuk, Therlow Harper Jr. y Eduardo Gonzalez.

Al almuerzo, que fue ofrecido por Luqui y el doctor Quinteros, asistieron amistades íntimas de ellos, que me fueron presentadas. Los doctores Roger, Quiyono y Villegas, y las licenciadas Amiris Lombert, de la República Dominicana, y Albina Tomenko, sensitiva poetisa de Ucrania Oriental, Rusia, que tuvo la gentileza de obsequiarme un ejemplar de su colección, titulada "Mientras vivo, Amo. Mientras Amo, Vivo." La dedicatoria dice: "Con cariño dedico a Federico este libro, que expresa mi filosofía. Albina. Montemorelos, 3. VI. 2001".

Esa tarde fuimos de paseo a un zoológico. Pero no era un zoológico común y corriente. Subimos a una especie de carretón de motor, con techo de palma, y asientos laterales, que hizo un recorrido por los sinuosos caminos de la boscosa finca. Una jovencita rubia, micrófono en mano, ilustraba a los paseantes sobre las especies animales, que familiarmente se acercaban al transporte, cuando este detenía su marcha. Y cosa simpática, aquí no se prohíbe dar de comer a los animales, al contrario, en la entrada del auto safari, venden bolsas conteniendo comida alimenticia para ellos, que los turistas, especialmente los niños, gozan por ejemplo, cuando la enorme cabeza de un avestruz, se introduce por la ventanilla, en busca afanosa de su comida. Cuando se trata de un elefante, de una jirafa o de un bisonte, o una fiera, la cosa es diferente. Hay que tomar precauciones, tirándoles el alimento afuera del transporte. Ya han ocurrido penosos pero esporádicos incidentes, como cuando a una pobre gringa, ya entrada en

años, la larga cola de un mico la estaba asfixiando, al enrollarla en su garganta. La intervención del piloto, que también hace las veces de paramédico, al oír sus gritos, detuvo el vehículo, y acudió a prestarle los primeros auxilios, quitándole de encima al intruso visitante, que lo único que le provocó a la gringa, fue un tremendo susto. En otra área del zoo, hay una laguneta de aguas cristalinas, con lanchas de remos o motor, para diversión de los turistas.

En la noche visitamos una feria llamada Feria de la Naranja, que es un nombre simbólico, porque allí no hay naranjas, a pesar de ser la zona de las naranjas de mejor calidad del país. Lo que encontramos, fueron mariachis, o conjuntos con música norteña, al estilo del grupo "Límite" de Alicia Villarreal. En todo el espacio ocupado por la feria, tropezamos con salones de baile, comedores, polacas, un chorro de artículos típicos, comidas también típicas, un predio de automóviles modernos a precios rebajados, y un parque de diversiones de aparatos mecánicos, de lo más escalofriante, pero en los que la gente, sobretodo la gente joven se divertía a todo dar.

El sueño que me invadía esa noche, fue interrumpido por una serenata, que amigos de mi nieta menor, Mayana, le ofrecían en las afueras de la casa de la familia Ramírez. Voces y guitarras lanzaban al viento, románticas y nostálgicas canciones, que obligaron a la nerviosa festejada, a levantarse de la cama, colocarse su mejor bata de noche, y agradecer emocionadamente en persona, el homenaje musical de que era objeto.

En la ciudad de Montemorelos, funciona la terminal del norte, de transportes terrestres, que cubren gran parte del territorio de los Estados Unidos Mexicanos. En un edificio, amplio y cómodo, el usuario adquiere sus boletos para viajar. En la vez anterior que estuve aquí, abordé con mi familia un bus de la empresa "Tamaulipas", que nos transportó a Monterrey. Fue un recorrido de no-

venta minutos, cómodo y agradable, en asientos numerados. Una pantalla de televisión, colocada al frente del vehículo, proyectaba una película, con una duración equivalente a la hora y media que duraba el trayecto. En varias poblaciones intermedias, observé estaciones de espera para el usuario, que disponen de confortantes amueblados, oficina para la venta de boletos, y cafetería. Por medio de un altoparlante, se informa a los pasajeros, la llegada de un bus, y el lugar a donde se dirige. Me causó muy buena impresión, la eficiencia del servicio extraurbano, que se desplaza en hermosas carreteras, con un carril intermedio donde lucían en ese entonces, las flores celestes del árbol de matilisguate.

Como bien dicen "que no hay plazo que no se cumpla, ni fecha que no se llegue", los cinco inolvidables días que pasé en la floreciente Montemorelos, se habían esfumado de prisa como el viento. A las cinco de la mañana, en los albores del lunes 4 de junio, Luqui, Ximena, Maya y yo, estábamos ya de pie. Listos para el retorno. Migdalia, nos despidió en la antesala. Entonces, aun en la penumbra del amanecer, improvisé un verso que siempre me ha gustado: "Ojos que vais pasando, sin comprender mi pena, sin apagar mi llanto. Ojos dulces, morenos, llenos de incógnitas profundas, que sois para mí, como un imán de dudas y esperanzas. Cuando no miro tus ojos, se viste mi alma de luto, creyendo muerta la llama, de tu cariño profundo. Y se va hundiendo en la noche, mi ensueño que se hizo tuyo. Hojas del árbol de mi alma, caídas en el invierno..."

## Cierro Vivencias con un vistazo a Vivencias: Epílogo

Corren los últimos días primaverales del año 2001. Es una noche serena, fresca y apacible, después de una copiosa lluvia. Estoy de regreso. Me acomodo en una silla mecedora con forro de mimbre, en la privacidad de la pequeña ante sala, del segundo piso del chalet, que la lejanía del tiempo denominó una vez “la residencia del Coronel”. Y precisamente estoy donde funcionó su Despacho. Casi presidencial. Veo que todo esta igual, todo está en su mismo sitio, tal como lo dejé antes de emprender y remontarme, al largo y escabroso camino de mi existencia. Pero que si volviera a nacer, créame mi querida lectora y mi amable lector, gustosamente lo recorrería de nuevo...porque pienso que la vida, es una gran comedia, no sólo de lágrimas, sino también de risas...

Vuelvo la mirada a los frondosos árboles y arbustos, que envuelven la terraza, que se desprenden de las áreas lujuriosamente engramadas del piso de abajo. Están cubiertos por las sombras de la noche. Como silueta caprichosa, se dibuja la majestuosa presencia de los naranjales valencianos, ya no con naranjas, sino vestidos de blanco, con sus aromáticos azahares, que saludan nostálgicamente, los finales del equinoccio de la primavera.

Mi mirada se detiene en mi modesta y pequeña biblioteca. Distingo un libro de sugestivo empastado, intitulado “La caída de un régimen, Jorge Ubico, Federico Ponce, 20 Octubre 1944”, cuyo autor es mi dilecto amigo Oscar De León Aragón. Mi vista también se detiene en un voluminoso libro que se llama “Historia Betlemítica”, siendo su autor otro recordado amigo ya fallecido, José García Bauer, cuyo nombre aparece en las páginas de VIVENCIAS, como bien recordará el lector, pero que en su apasionante obra, figura con el nombre de “José García De La Concepción”. Imposible que estuviera ausente entre

mis lecturas favoritas, “El señor Presidente”, del eximio Miguel Angel Asturias, y “La Gringa”, y el “Autócrata”, del inolvidable don Carlos Wild Ospina, que asimismo figura entre los personajes de mis memorias. Y por fin los dos atentados contra Estrada Cabrera, “La bomba” y “Los Cadetes”, del ilustre don Clemente Marroquín Rojas.

Me invade un no sé que. Una especie de extraña sensación, al tomar otra vez en mis manos a “Juana de Arco”, de Jacques Cordier, su extraordinaria personalidad. El increíble papel histórico de la niña mártir. Nuevamente vuelvo a meditar en esa figura tan atractiva, tan digna de compasión y de admiración, que expulsó valientemente a los invasores de su amada Francia. Y que, como un sarcástico galardón del destino, se le condenó a morir en una hoguera en la ciudad francesa de Ruán, un desafortunado 30 de mayo de 1431. En las páginas de VIVENCIAS queda un bosquejo de la singular heroína francesa, en ocasión en que visité a mi particular amigo el Padre Sicker, como recordarán mis lectores. Y él, con la agudeza de su inteligencia, me ilustró bastante sobre el drama de Juana de Arco, que es una de las figuras más puras y esplendorosas de la historia de la humanidad.

Pero no quiero cerrar este último capítulo de VIVENCIAS, sin antes hacer mención, de las tres grandes Teresas, que han desfilado por este planeta, dejando tras sí, una estela luminosa de resplandeciente luz, como genuinas mensajeras del amor: Teresa de Avila, (Santa Teresa de Jesús), excelsa poetisa mística y, asimismo, una de las más nobles figuras que han desfilado por el mundo terrenal. Su infatigable actividad, como reformadora de la Orden del Carmelo, en la que profesó, la llevaron a recorrer a lomo de mula y en carreta, todos los caminos de España. Es autora de algunos de los más sublimes escritos de la literatura mística, de todos los tiempos. Algunos de sus biógrafos sostienen que en los últimos años de su vida, todas las facultades de Teresa, "parecen prodigiosamente

armonizadas, para formar un tipo síquico perfecto, delante del cual sentimos una admiración profunda, que despiertan los mas grandes genios de la humanidad. Sensibilidad fina, delicada, abierta a todas las emociones humanas, sostenida por una imaginación sobria y obediente a la razón". Murió en 1582, a la edad de 67 años.

Santa Teresita del Niño Jesús (en el siglo Teresa Martin), carmelita francesa, que en su paso por el mundo, dejó varias obras literarias, entre ellas "Historia de un Alma", que tiene un sello profundamente personal, pero que es una bella prosa, amplia, armoniosa, vibrante, de una fluida elegancia. Fue canonizada en 1925, a los 28 años de su muerte acaecida en 1897, a la edad de 24 años.

Y por fin, la Madre Teresa, que si bien nació en Albania, el 26 de agosto de 1910, se trasladó a la India y se radicó en la ciudad de Calcuta, hasta su fallecimiento, a principios del otoño de 1997, a la avanzada edad de 97 años, cinco días después del trágico fallecimiento de su amiga, la Princesa Diana, acaecido en París, a cuyos funerales tenía todo el deseo de asistir.

Cuantos años han pasado, después de la multitud impresionante de relatos, que han quedado registrados, como indelebles recuerdos, a lo largo de esta historia. Siento que todo para mí, a estas alturas, ha vuelto a una feliz normalidad. Las heridas dejadas en mi corazón por tantos desagradables sobresaltos, han sido restañadas con el correr de los años, y vuelve de nuevo a mi mente la imagen de la sensitiva Marina Padilla, que cuando yo era un patojo de nueve años, y a propósito del dolor que la embargaba por el trágico accidente del callejón de dolores, en que perdió la vida Chinto Rodríguez Díaz, le dije que había leído en un libro, la hermosa frase "dicen que el tiempo, es el dulce bálsamo de consuelo, que cicatriza las heridas del alma". Y muchos años después, cuando perdí para siempre a mi inolvidable Colomba Mendieta,

asimismo acudieron a mi mente, esos recuerdos de mi niñez, con la misma hermosa frase, que hoy evoco y asalta de nuevo mis sentidos, cinco años después de haber perdido a mi amada esposa Ana María, que me dejó sumido en el más profundo dolor y en la más inmensa soledad. Vuelvo de nuevo a la vida. A seguir bregando, por el difícil camino que el destino me deparó. Y al renacer, siento que estoy saturado, no solamente de las amargas experiencias vividas, sino también de los efímeros momentos, que no fueron pocos, pero pletóricos de encanto y felicidad, que me acompañaron en el decurso del tiempo, en aquellas épocas ya remotas.

Tengo confianza de que Dios, a través de la milagrosa "Morenita del Tepeyac", me dará en los años otoñales de mi vida, las fuerzas necesarias para subir los últimos peldaños, del corto camino, que aún me queda recorrer.

Y si es así. Si la Divina Providencia me prolonga la vida por un tiempo más, entonces, querida lectora y amable lector, pondría en manos tuyas, el tomo segundo de VIVENCIAS, que recogerá otros episodios y anécdotas del ayer, que se quedaron en el tintero del tiempo. Para cumplir con este propósito que tanto anhelo, me pongo de rodillas ante el altar de la vida, y pronuncio estas sencillas palabras: "Señor, de ser posible, retrásame la muerte"...

FIN